Giovanni Papini

El diablo

Este libro es una apasionada, vívida, intensísima participación en las dudas, los terrores y las esperanzas que la presencia del Diablo está destinada a suscitar. El autor nos presenta el enfrentamiento entre el creador y el destructor, y lo traslada a todas las facetas de la vida del hombre, con la intención fundamental de manifestar la bondad de Dios, aunque al hacerlo, para gran escándalo de muchos, ofrece una interpretación benevolente del orgullo satánico. Papini habla de relaciones entre Dios y el Diablo mucho más cordiales de lo que suele imaginarse.

Giovanni Papini

El diablo

ePub r1.0
Titivillus 15.08.15

Título original: *Il diavolo*
Giovanni Papini, 1954
Traducción: Vicente Fatone

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

ADVERTENCIA DE LA EDITORIAL

La aparición de El Diablo en Europa, en la edición original italiana, ha sido causa de ruidosos comentarios y polémicas. Emecé Editores, que tenía contratada su traducción al castellano antes de que esa situación se produjera, desea, por razones obvias, mantenerse ajena a toda discusión o controversia. Se limita a transcribir los párrafos siguientes del artículo aparecido con el título «Una condena superflua» en el núm. 119 de *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua castellana, que dice así:

> Sabido es que, conforme al can. 1993, un libro lleno de errores explícitos, es más, descarados y clamorosos, como éste de Papini, es ipso iure prohibitus. El magisterio de la Iglesia interviene solamente en el caso de engaños muy graves, que van contra la buena fe de los fieles; en el caso de los libros que tienen una importancia doctrinal. El magisterio de la Iglesia, aun siendo cosa más bien sencilla, es, sin embargo, una cosa seria. No se comprende qué debía hacer la Iglesia con semejante libro entre las manos. Es de lamentar que al viejo escritor toscano le haya ocurrido aventura semejante, pero en todo caso es en daño, a lo más, de su catolicismo, no del catolicismo.

Consecuente con lo que expresa esta publicación, hasta ahora, la Iglesia no se ha pronunciado en el caso con carácter general. En cuanto a si un libro debe o no considerarse *ipso iure prohibitus* según el can. 1399 —y no 1993— es indudable que se trata de materia de apreciación, mientras no exista una decisión expresa de las autoridades eclesiásticas competentes. La opinión del articulista de *L'Osservatore* —indudablemente autorizada— no comporta una resolución oficial de la Iglesia. Por lo demás, el propio Papini, en el libro que va a leerse, ha tenido buen cuidado de dejar establecido lo siguiente:

> Ante todo me he propuesto, guiado por un sentido de caridad y misericordia, estudiar, liberándome de prejuicios y de prevenciones, los siguientes problemas:

las verdaderas causas de la rebelión de Lucifer que no son las que comúnmente se cree,

las verdaderas relaciones entre Dios y el Diablo, mucho más cordiales de lo que suele imaginarse,

la posibilidad de la tentativa, por parte de los hombres, de hacer que Satanás vuelva a su condición primera y nos libere a todos de la tentación del mal.

En lo que se refiere a los dos primeros problemas, he tratado siempre de apoyar mis observaciones en textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, de Padres de la Iglesia, de filósofos y de escritores cristianos. En lo que se refiere al último problema me he contentado con insinuar conjeturas y esperanzas que, si bien no están confirmadas por pruebas dogmáticas, me parecen en perfecta armonía con la concepción de un Dios definido como Amor absoluto.

Y en la página 279 dice lo siguiente:

No pretendemos que estos sentimientos y estos pensamientos sean hoy aceptados por la doctrina oficial de la Iglesia docente; y mucho menos pretendemos hacer las veces de la Iglesia ni sustituirnos a ella. Pero lo que no es lícito enseñar como verdad cierta y segura puede y debe ser admitido como cristiana y humana esperanza. Los tratados de teología seguirán diciendo no a la doctrina de la reconciliación total y final; pero el corazón —que tiene sus razones que la razón no conoce— seguirá anhelando y esperando un sí. En la escuela de Cristo hemos aprendido que lo imposible, sobre todo, es creíble.

Con las transcripciones que anteceden Emecé Editores cumple con su obligación de advertir a los lectores católicos acerca de lo acontecido con respecto a la publicación de este libro.

EMECÉ EDITORES

Buenos Aires, abril de 1954

PRESENTACIÓN

Sobre el diablo se han escrito centenares de volúmenes. Yo no hubiera tenido la desfachatez de escribir otro si no me asistiese la seguridad de que éste es distinto de todos los demás. Distinto por su intención, distinto por su espíritu, distinto, al menos en gran parte, por su método y por su contenido.

Para decir desde un comienzo lo esencial, creo poder afirmar que éste es el primer libro sobre el Diablo escrito por un cristiano y de acuerdo con el más profundo sentido del cristianismo.

*

Este libro no es:

una historia de las opiniones y de las creencias acerca del Diablo;

una incursión más o menos erudita o más o menos divertida a través de las leyendas, antiguas y modernas, sobre el Diablo;

un árido tratado conceptual según el cartabón de la Escolástica tradicional;

un prontuario ascético para proteger a las almas de las acechanzas y de los asaltos del demonio;

una colección de santas invectivas o de andanadas oratorias sobre el antiguo Adversario;

una historia de los representantes terrestres del Diablo, es decir magos, ocultistas y cosas por el estilo;

una orgía romántica de literatura satanista, con sus correspondientes misas negras y otras brutales imbecilidades;

una lucubración metafísica sobre el problema del mal, como la que hizo el kantiano Ehrard;

y, en fin, tampoco es, como podría parecerle a algún lector apresurado, una defensa del Diablo.

*

Ante todo me he propuesto, guiado por un sentido de caridad y misericordia, estudiar, liberándome de prejuicios y de prevenciones, los siguientes problemas:

las verdaderas causas de la rebelión de Lucifer, que no son las que comúnmente se cree;

las verdaderas relaciones entre Dios y el Diablo, mucho más cordiales de lo que suele imaginarse;

la posibilidad de la tentativa, por parte de los hombres, de hacer que Satanás vuelva a su condición primera y nos libere a todos de la tentación del mal.

En lo que se refiere a los dos primeros problemas, he tratado siempre de apoyar mis observaciones en textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, de Padres de la Iglesia, de filósofos y de escritores cristianos. En lo que se refiere al último problema me he contentado con insinuar conjeturas y esperanzas que, si bien no están confirmadas por pruebas dogmáticas, me parecen en perfecta armonía con la concepción de un Dios definido como Amor absoluto.

*

Los lectores encontrarán en este libro muchas novedades. Debo advertir, sin embargo, que buen número de esas novedades les parecerán nuevas únicamente a quienes no conocen lo bastante la Patrística y la literatura cristiana.

Hasta el siglo XVI, la libertad de interpretación de los dogmas fue mucho mayor que hoy, y mucho mayor de lo que pueda imaginarse; y ha de advertirse que no todas las opiniones que no afectaban al núcleo del dogma fueron consideradas herejes por la Iglesia. Nótese, además, que tal libertad de especulación teológica y filosófica floreció precisamente en los siglos en que la Iglesia cristiana tenía más calor y más vigor en su fe que el que pueda tener hoy.

Espero que los honestos guardianes de la ortodoxia no se escandalicen excesivamente ante ciertas expresiones audaces de mi esperanza cristiana, y que atenderán más al espíritu y a la intención que a ciertas intemperancias de la letra.

*

Este libro es el resultado de lecturas y de búsquedas hechas a través de algunos años. Pero mi espíritu no se ha sentido tentado sólo ahora por el problema de las relaciones entre el Diablo y los hombres. Desde 1905 —es decir, cuando yo sólo contaba 24 años— escribí dos moralidades fantásticas tituladas *Il Demonio mi disse* y *Il Demonio Tentato*, que fueron publicadas en el volumen *Il Trágico Quotidiano*[1]. Esa idea no me abandonó nunca, tanto que en 1950 escribí un breve drama en tres tiempos —*Il Diavolo Tentato*—, que fue transmitido dos veces por la radio italiana y que ahora vuelvo a entregar al público en un apéndice a este libro.

De 1905 a 1953, mi concepción de Satanás ha cambiado, naturalmente, casi por completo. El cristianismo ha modificado los motivos de la atracción que sobre mí ejercía el Ángel Caído, pero mi simpatía juvenil por él tenía un sentido premonitorio. También el Demonio forma parte del mundo sobrenatural y cristiano.

También por el negro portal del pecado se puede entrar en el Reino de Dios.

Suscribo y hago mías estas valientes palabras de Graham Greene: “Allí donde Dios está más presente, allí también se halla su enemigo; y, a la

inversa, a veces desesperamos de hallar a Dios en el lugar donde el enemigo está ausente. Uno se siente tentado de creer que el Mal no es sino la sombra que el Bien, en su perfección, lleva consigo, y que un día llegaremos a comprender hasta la sombra.”

*

Este libro esta dedicado a todos mis amigos que no sean secretamente un poco enemigos y a todos aquellos enemigos que podrían llegar a ser, acaso mañana mismo, nuevos amigos.

Pero lo dedico sobre todo a los lectores, próximos o lejanos, que estén dotados a la vez de buena inteligencia y de buena fe.

G. P.

I

NECESIDAD DE CONOCER AL DIABLO

I

PROPÓSITO DEL AUTOR

En el mundo de las grandes religiones hay un Ser aparte, que no es bestia, ni hombre, ni, mucho menos, Dios. Sin embargo, ese Ser se sirve de las bestias, esclaviza a los hombres y se atreve a medirse con el mismo Dios. Según el dogma cristiano, es un ángel que manda una legión de ángeles; pero es un ángel caído, desfigurado, maldito.

Lo odian los mismos que han prometido amar a los enemigos; lo temen los santos, es decir quienes más difieren de él y más lejos están de él; lo obedecen e imitan los mismos que no creen en su existencia, o que dicen no creer en ella.

Los teólogos hace siglos que apenas cuchichean algo sobre él, como si se avergonzasen de creer en su "presencia real" o tuviesen miedo de mirarlo de frente, de sondear su esencia. Los Padres de la Iglesia y los Escolásticos hablaban mucho de él y le dedicaban tratados íntegros. Hoy, sus tímidos sucesores se contentan en cambio con hablar de él, al pasar, en el capítulo sobre los Ángeles y sobre el Pecado Original, y con discreción o pudor, como si temiesen escandalizar a los "espíritus libres" que han expulsado de la "buena sociedad" de la *intellighenzia* las "supersticiones medievales".

En efecto, los filósofos ya casi ni se dignan llamar con su verdadero nombre a ese ser, si bien no pueden dejar de hablar de él aplicándole nombres más abstractos y, por ende, más "decentes". Uno de ellos, el famoso Alain, escribía en 1921, con aire satisfecho: "El diablo ha corrido la misma suerte que todas las apariciones… Por lo que veo, ni siquiera la guerra ha conseguido hacer revivir al Diablo con sus cuernos."[2] Como para este jactancioso y decidido racionalista, el Diablo era "una aparición", es decir, algo visible a los sentidos, y como ya no asoma su hocico, ni

gruñe, ni muestra tampoco su pata cabruna, eso significa que ha dejado de existir. Bien sabemos que la imbecilidad de los filósofos “profundos” es tan inmensa que sólo la infinita misericordia de Dios consigue vencerla.

Pero los poetas y los novelistas, es decir, los artistas, mucho más sensibles a los efluvios espirituales, y que conocen la vida humana y sobrehumana más de cerca que los juglares del “concepto”, no son del mismo parecer. Hace ya algunos siglos que los poetas han ocupado el puesto del que desertaron teólogos y filósofos. Desde hace siglos les atrae la imagen terrible del gran Adversario, su tétrica grandeza, su tristeza atroz. Aún hoy, en los más divinos poemas, en las tragedias con más claroscuro, en las novelas más introspectivas, en las refinadas mitologías de los moralistas y de los inmoralistas, y hasta en las exquisitas o triviales películas cinematográficas, el Angel fulminado se halla presente y habla, en todas las poses y bajo todas las caracterizaciones. La gente lo recuerda de continuo, pronuncia todos los días su nombre, aun cuando no siempre tenga conciencia de vivir bajo su dominación.

Hace apenas 30 años, las llamadas “personas cultas”, los administradores de la *intellighenzia* burguesa, no se ocupaban de él o acogían su nombre con una mueca de desprecio, como si se tratase de un antiguo personaje del teatro de títeres. Hoy las cosas han cambiado mucho. Ya no sonríen ni los empresarios del “espíritu puro” ni los literatos al servicio del “mundo distinguido”. Hasta los teólogos empiezan a discurrir abiertamente, sin eufemismos precaucionales. El Demonio ha recuperado sus derechos de ciudadanía en la república de la cultura. Después del desencadenamiento de las dos guerras, después de las saturnales del odio y de la ferocidad, después de tantas confirmaciones y nuevas pruebas de su influencia y de su poder, se advierte que no sólo es una creación poética sino también uno de los protagonistas de la historia.

A pesar de ésta su reaparición en el ambiente de lo verdadero y de lo verosímil, el Diablo es aún poco conocido. Ese ser infame, y sin embargo famoso, invisible, y sin embargo omnipresente, unas veces negado y otras adorado, unas veces temido y otras vilipendiado, que tuvo sus cantores y sus sacerdotes, sus cortesanos y sus mártires, sigue siendo más popular que comprendido, más representado que desentrañado. Es preciso mirarlo con

ojos nuevos, acercarse a él con espíritu nuevo. No con el servilismo del mago que quiere sacarle provecho, ni con el tenor del devoto que quiere defenderse contra él, sino con los ojos y con el espíritu del cristiano que quiere ser cristiano hasta las últimas consecuencias —también las más temerarias— del Cristianismo.

Se llama, en hebreo, *Satan*, es decir, el Adversario, el Enemigo; se llama, a la manera griega, el Diablo, es decir el Acusador, el Calumniador. Pero ¿le es lícito a un cristiano odiar al enemigo? ¿Les es lícito, a los hombres honestos, calumniar al calumniador?

Hasta ahora, los cristianos no se han mostrado lo suficientemente cristianos hacia Satanás. Lo temen, lo rehuyen; o fingen ignorarlo. Pero el miedo, si bien a veces puede salvarlos de sus tentaciones, no es por cierto arma de salvación para el futuro y para el resto de los hombres. Cristo, ejemplar divino del cristiano, habló con Satanás durante cuarenta días, y recibió el beso de aquel en quien Satanás se había encarnado para llevarlo a la muerte.

Más peligroso aún que el miedo es la indiferencia, que las más de las veces termina por convertirse en culpable complicidad con las iniciativas diabólicas. Quien no se pone en guardia resulta derrotado y capturado más fácilmente. También esta vez fue un poeta quien adivinó la verdad: “La mejor treta del diablo —escribió Baudelaire— es la de convencernos de que no existe.”

Ni con el miedo ni con la ignorancia podremos suprimir el Príncipe de este mundo, que nos hace sentir cada vez más su espantosa dominación. Para liberar del Demonio, y para siempre, al pueblo cristiano, es mucho más aconsejable, y está mucho más de acuerdo con el mandamiento evangélico del amor, tratar de conocerlo más justa y profundamente, no ya para enredarse en sus lazos o participar en su actividad, sino para mejor cuidarse de él y para tratar de hacerlo volver a su primitiva naturaleza.

Comprender es disponerse a amar. El cristiano no puede ni debe amar en Satanás la rebelión, el mal y el pecado; pero puede y debe amar en él a la criatura más horriblemente desdichada de toda la creación, al jefe y al símbolo de todos los enemigos, al Arcángel que un día fue quien estuvo más próximo a Dios. Acaso únicamente nuestro amor pueda ayudarlo a

salvarse, a que vuelva a ser el que en un principio fue: el más perfecto de los espíritus celestes. Salvándolo del odio de todos los cristianos, todos los hombres quedarán para siempre salvados de su odio.

Cristo amó a los hombres —también a los rebeldes, y a los corrompidos, y a los bestiales— hasta el punto de asumir todos nuestros pecados; hasta el punto de morir por nosotros de una muerte infame. ¿No podría ser que £1 hubiese querido liberarnos de la esclavitud del Demonio, hasta con la esperanza de que los hombres, a su vez, pudiesen liberar de la condena al Demonio? ¿No podría ser que Cristo hubiese redimido a los hombres para que éstos, mediante el precepto de amar a los enemigos, fuesen dignos un día de soñar con la redención del más funesto y empedernido Enemigo?

Un verdadero cristiano no debe ser malvado ni siquiera con los malvados; no debe ser injusto ni siquiera con los injustos; no debe ser cruel ni siquiera con los crueles, sino que debe ser, con el tentador del mal, un tentador del bien. Tal vez el Diablo no espere sino un impulso de nuestra caridad para hallar en sí mismo fuerzas con que renegar de su odio: es decir, para liberar al mundo todo del señorío del mal.

Este libro no es ni quiere ser una defensa o una apología de Satanás. Nada me asquea ni me repugna tanto como los sucios, idiotas y perversos fantaseos del satanismo medieval o romántico. Detesto con toda el alma esos devaneos de súcubos, de obsesos y de decadentes.

Este libro sólo quiere ser una búsqueda más atenta, leal y serena, acerca del origen, del alma, de la suerte, de la esencia del Diablo, e igualmente alejada de las complacencias ocultistas y de la iracundia pietista. Quiere hacer conocer al Adversario en su verdad, para que la verdad prepare su redención y la nuestra.

Hasta hoy Satanás ha sido odiado, insultado, maldito; o, si no, imitado, loado y adorado. Este libro se propone, en cambio, un fin completamente distinto y completamente nuevo: hacer que los cristianos comprendan a Satanás cristianamente.

2

LA TRAGEDIA CRISTIANA

Hay una tragedia que tuvo comienzo en el comienzo del tiempo y que aún no ha llegado a su término. Una inmensa y misteriosa tragedia que cuenta, aún entre los cristianos, con pocos espectadores.

Tiene tres grandes únicos escenarios: el Empíreo, la Tierra, el Abismo. Tiene sólo tres protagonistas: Dios, Satanás, el hombre. Consta, como todas las tragedias, de cinco actos.

Acto Primero: Satanás se rebela contra el Creador.

Acto Segundo: Satanás es derrotado y precipitado en el Abismo.

Acto Tercero: Para vengarse, Satanás seduce al hombre y se convierte en su amo.

Acto Cuarto: El Hombre-Dios vence con su encarnación a Satanás y suministra a los hombres las armas para que, a su vez, lo derroten.

Acto Quinto: Al fin de los tiempos, Satanás intenta su desquite por medio del Anti-Cristo.

Todavía estamos en el Cuarto Acto, tal vez en las escenas finales. ¿Cuándo comenzará el Quinto? Ya se advierten los signos. ¿Y cómo habrá de concluir ese último acto?: ¿con una catástrofe o con una catarsis?

De los tres protagonistas, el hombre es el más débil y efímero. Y sin embargo es precisamente él, el Hombre, la suprema apuesta de estas larguísimas y múltiples vicisitudes de la guerra entre el Creador y el Destructor, entre el Amor y el Odio, entre la Afirmación y la Negación.

Satanás sustrae el hombre a Dios; Cristo se lo arrebata a Satanás; pero Satanás trata, por todos los medios, de recuperarlo, y por momentos parece que lo consigue; hará una última tentativa y quedará vencido, vencido para siempre. ¿Vencido por el hecho de quedar encadenado eternamente en su

abismo, o vencido por la omnipotencia del Amor que lo devolverá a su sitial en los cielos?

Nadie, en la tierra, puede decirlo. Pero el hombre, el más inerme de los protagonistas, habrá de decir su palabra antes de que la tragedia llegue a su fin.

3

EL DIABLO, AMO DE LOS HOMBRES

No quiero que se me acuse de exagerado. Copio, pues, textualmente, las palabras escritas por Matthias Joseph Scheeben, uno de los más famosos teólogos católicos modernos, en su conocidísimo libro sobre *Los Misterios del Cristianismo*.

"Es doctrina de fe —escribe Scheeben— que la humanidad se convirtió, por el pecado de Adán, en *prisionera y esclava* del Demonio. Como en su totalidad fue vencida por el Diablo —o, mejor, lo fue en su jefe Adán, que siguió sus sugestiones—, quedó separada de su unión con Dios; y ahora está sujeta a él, le *pertenece* y constituye su reino sobre la tierra. Y está tan estrechamente ligada a él que no puede de ningún modo recobrar por sí misma la perdida libertad de los hijos de Dios, ni volver a obtener la sublime perfección desde la cual se precipitó. Prescindiendo de la redención del Hombre-Dios, *su prisión es absoluta y total*…"[3]

Para confirmar sus afirmaciones Scheeben remite a varios pasajes del Nuevo Testamento que no dejan duda alguna acerca de nuestra terrible condición de prisioneros y esclavos del Diablo.[4]

A los espíritus simples les parecerá inaudito que un Padre, un Padre amoroso y misericordioso, entregue en poder de su peor enemigo a quienes sin embargo fueron creados por Él y destinados a la salvación. Se asombrarán de que el pecado "personal" de un padre y de una madre, aunque resulte enorme, haya de ser pagado colectivamente, por toda su posteridad y a través de generaciones y generaciones, durante millares de años. Y se escandalizarán aún más al pensar que el Rebelde, el Adversario, el Maligno, en vez de quedar confinado en el Abismo, haya recibido, en

propiedad absoluta, en calidad de siervos y de rehenes, a todos los hijos del hombre que por culpa de él y a su instigación cayó miserablemente.

Pero los textos sagrados y las enseñanzas de la dogmática no admiten tergiversaciones. El estupor de la gente ingenua carece de todo valor frente a los misterios de los inescrutables decretos divinos. M. J. Scheeben lo dice explícitamente: “es doctrina de fe que la humanidad… es prisionera y esclava del Demonio”. Todo católico, sometido a la Iglesia docente, debe creer que los hombres son prisioneros y esclavos del Diablo, que la tierra es el reino de Satanás. *Durus est hic sermo*; pero no hay escapatoria: quien no crea firmemente que es un súbdito y siervo del Demonio no puede llamarse católico.

Pues la Redención no ha suprimido de manera efectiva esta nuestra prisión y esclavitud. Antes de la venida de Cristo, todos los hombres eran, necesariamente, prisioneros y esclavos del Demonio. Después de la venida del Hombre-Dios sólo han sido redimidos, rescatados, liberados, los que están íntimamente ligados a Cristo, los que, por la fe y por las obras, han llegado a unirse íntimamente a Él. Pero los cristianos todavía constituyen en la tierra una minoría; y entre los mismos que se llaman cristianos ¿cuántos hay que sólo lo son de nombre o por algunas ceremonias exteriores? Merced al agua del bautismo, todo cristiano declara “renunciar a Satanás y a sus pompas”, y queda virtualmente lavado de la mancha del pecado original. Pero al llegar a la edad adulta la mayor parte de los bautizados dejan de mantener la promesa que en su nombre ha hecho el padrino en el bautismo, y cede en una u otra forma a los halagos y a las tentaciones de Satanás. Son muy pocos, muy raros, quienes, aun entre los cristianos, consiguen conservar intacta la virtud de la lavadura bautismal. Muy pocos, muy raros son quienes llegan a identificarse con su Salvador, a unirse a Él en los dolores de su Pasión y en el fuego de su Caridad y, con ello, a verse realmente liberados de la sumisión al Diablo.

De ello se sigue que aún hoy la casi totalidad del género humano —todos aquellos que no aceptan a Cristo, más la mayor parte de los llamados cristianos— es esclava y prisionera de Satanás. No lo ignora el mismo Scheeben: “ahora está sujeta a él, le pertenece”. Aún después de la redención, el espectáculo de la vida humana confirma, y espantosamente,

esta tremenda verdad de la teología católica. Lo sabía San Agustín cuando afirmaba que el mundo está *positus in Maligno*; lo confirma mil y mil veces lo que hoy sucede en la tierra, donde ya han aparecido los heraldos y los estafetas del Anti-Cristo.

Pero si eso es cierto —como que lo es, y muy cierto— ¿a qué se debe que los esclavos y los prisioneros del Diablo se preocupen tan poco por conocer y estudiar la naturaleza y la figura de su amo y carcelero? Nos parece que un estudio de ese tipo es esencial, improrrogable, de urgente necesidad, sobre todo para los cristianos. Para quienes aún se acuerdan de que tienen un alma, lo que importa es, ante todo, el amor de Dios. Pero en seguida de ello es necesario el conocimiento de quien por voluntad de Dios nos posee y nos domina: el Diablo.

4

DIABOLOGÍA Y DEMONOLOGÍA

En su *Carta a los teólogos*, el Papa Celestino VI —a quien se le puede hacer un único reproche: el de no haber existido jamás— exhortaba a los cultores de la ciencia de Dios a una renovación de la dogmática. No para abolir o cambiar los dogmas, pues eso sería una obra diabólica, sino para adentrarse más en el espíritu de la Revelación y de la Tradición, para configurarlo y demostrarlo en forma nueva, más adecuada a las mentes modernas, que no quieren ni pueden aceptar los esquemas de la Escolástica medieval.

Esta pequeña obra quisiera, aunque sólo fuese en un único punto de la teología, responder al deseo del Santo Pontífice Celestino.

La caída de los ángeles rebeldes y la influencia de Satanás en la vida humana no pueden en rigor ser considerados dogmas, pero son sin embargo verdades de fe conexas con el dogma del pecado original. Y como el Diablo tiene, según los mismos teólogos, una participación mucho mayor en las cosas del mundo y del espíritu humano que lo que suele creerse, no debería parecer incongruente ni impertinente la tentativa de crear, junto a la Teología, una Diabología. En las obras de dogmática —y especialmente en las de los Padres de la Iglesia y en las de los grandes Doctores de la Escolástica— se discurre también acerca del Diablo y de su guerra contra el hombre; pero, desde luego, no puede pretenderse que la ciencia de Dios abarque, bajo el mismo nombre, también la ciencia del Diablo. Sin embargo, y como ya lo hemos dicho, un estudio más diligente y más convincente del gran Enemigo, nuestro amo, se nos aparece como siendo cada vez más necesario, pues los efectos de su poder sobre la existencia de los individuos y de los pueblos son, día tras día, más manifiestos.

Hay, sí, volúmenes con el título de *Demonologia*; pero al abrirlos advertimos que esos libros se ocupan mucho más de los servidores infernales y terrestres del Diablo que de éste mismo. Esos tratados fueron primitivamente compuestos para uso de los jueces eclesiásticos y laicos encargados de los procesos de brujería; y por ello, en vez de escrutar la esencia, la naturaleza y la caída de Satanás, se dedican en buena parte a describir las artes de los magos y de los encantadores y, sobre todo, las prácticas y los crímenes de brujas, hechiceras, jorguinas y demás gentuza por el estilo. Se habla en ellos, ampliamente, de invocaciones y de sortilegios, de íncubos y de súcubos, de sábados y de misas negras, de posesiones diabólicas y de pactos con el Demonio, de los satanistas y de sus fámulos. Pero la figura poderosa y tremenda de Lucifer —en quien se origina todo ese pandemónium de misterios y de abyecciones— sólo aparece en el fondo, como uno de aquellos soberanos de Oriente que rara vez se mostraban en público y que reinaban únicamente por medio de sus servidores y ministros.

Por ello la Demonología, con su cúmulo de documentos y de anécdotas, atrae a los aficionados a la psicología humana y sobre todo a los diletantes del honor pintoresco; pero muy poco o nada nos dice acerca del problema de los orígenes y de la suerte de Satanás.

La Diabología, en cambio, deja deliberadamente de lado todas las curiosidades novelescas o noveladas sobre las artes mágicas y las obsesiones satánicas, para dirigir su atención al terrible protagonista que Dios hizo precipitarse del cielo a la tierra. La Diabología quiere averiguar en qué consiste el alma y la culpa de Satanás, cuáles fueron las causas de su caída, cuáles sus relaciones con el Creador y con el Hombre-Dios; cuáles han sido sus encarnaciones y sus operaciones; lo que se puede comprender de su actual poderío y de su suerte futura. La Diabología se diferencia de la Demonología en que se propone conocer a fondo a uno de los autores del pavoroso drama en que consiste la vida del hombre, y no las hazañas de sus comparsas subalternas.

Debo advertir que este pequeño libro no pretende ser propiamente un tratado de Diaboíogía, sino sólo un primer bosquejo necesariamente incompleto e imperfecto. Se trata de una colección de notas y de

sugestiones para esa futura Suma Diabológica que, un siglo u otro, habrá de componer un nuevo Santo Tomás.

II

ORIGEN Y NATURALEZA DEL DIABLO

5

EL DIABLO INTERIOR

Entre los refutadores modernos de la “hipótesis de Dios” es bastante frecuente —demasiado frecuente— la idea de que el Diablo sólo existe en el interior del alma humana. Esos hombres no pueden negar el conflicto perenne que ven y sienten entre lo que parece el Bien y lo que parece el Mal; pero se avergonzarían de creerlos personificados en seres que se hallan fuera de nosotros y por encima de nosotros. En homenaje a la claridad, se resignan a llamar a aquellos dos antagonistas con los viejos nombres de la “mitología popular”; pero con la advertencia y en el entendimiento de que se trata de facciones en pugna dentro del hombre.

He encontrado una de las afirmaciones más explícitas de semejante teoría en una carta juvenil de Paul Valéry, del 21 de diciembre de 1896, a su amigo Pierre Louys. “Creo, en dos palabras —y ésa es toda mi metafísica y mi moral—, que *Dios* existe y que también existe el *Diablo*, pero en nosotros. El culto que a esa divinidad latente debemos no es sino el *respeto* que nos debemos a nosotros mismos; quiero decir: la búsqueda, por parte de nuestro espíritu, y en el sentido de sus aptitudes innatas, de un *Mejor*. He aquí mi fórmula: Dios es nuestro ideal particular; Satanás, todo lo que tiende a apartarnos de él.”[5]

Probablemente el joven Valéry no había leído las obras de Feuerbach; pero no es difícil reconocer el tinte hegeliano de esta ingenua teoría. Así como Hegel había hecho que todo el ser se reabsorbiese en la idea —es decir, en definitiva, en el espíritu humano que la reconoce como su última y máxima encarnación—, del mismo modo Feuerbach había hecho que teda la teología se reabsorbiese en la psicología: Dios sería la proyección de los

deseos, de las voluntades, de los pensamientos de los hombres. Y lo mismo, naturalmente, puede decirse del Diablo.

En Valéry hay una tentativa —muy débil— por precisar el significado de los dos principios opuestos. Pero la palabra “mejor”, usada por el joven poeta, no tiene sentido si no se la refiere a un modelo superior que ha de ser imitado, a una escala de valores que ha de ser alcanzada. El ingenuo Valéry define a Dios como un “ideal particular”, o sea, individual, o sea, privado de todo carácter estable y universal. La búsqueda de ese “mejor”, de ese “ideal”, ha de entenderse en el sentido de las “aptitudes innatas”; y aquí la confusión mental del futuro cartesiano es en verdad escandalosa. Desarrollar en uno mismo las aptitudes innatas significa *aceptar* la propia naturaleza, sea cual fuere; en tanto que el fin de las religiones, y sobre todo del cristianismo, es el de reformar, enmendar, corregir, transformar la naturaleza humana en el sentido de una ley superior, divina.

Según la teoría de Paul Valéry, un hombre que tuviese en grado sumo la “aptitud innata” de suprimir las vidas ajenas —y por cierto que no faltan hombres de ese tipo— debería, por obediencia a aquella regla, desarrollar hacia un “mejor” su vocación de homicida.

Su “ideal particular” no podría ser sino el de la búsqueda de los mejores procedimientos para quitarle la vida al mayor número posible de personas; y, como todo lo que nos aparta del ideal particular no es sino Satanás mismo, se llegaría a la conclusión de que las tentaciones de no asesinar —la piedad, el escrúpulo, el remordimiento— que surgiesen en el espíritu de nuestro homicida serían nada menos que culpables tentaciones del Diablo.

Pero tomemos un caso más inocente y más común. Un artista que tuviese como pasión dominante la del arte debería considerar obstáculos satánicos todos los afectos y obligaciones que lo desvían de su “aptitud innata”: es decir, por ejemplo, el amor filial, sus deberes de padre, de amigo, de ciudadano.

En estos casos, que están muy lejos de ser imposibles, resultaría que el Diablo desempeña el papel de “persuasor” de cuanto todas las morales consideran “bien”, freno de cuanto universalmente es tenido por “mal”. Él, Satanás, vendría a desempeñar la función que se le atribuye a Dios. A estos

corolarios absurdos y disparatados conduce el más que ingenuo teorema de Valéry.

También los cristianos sienten y experimentan que el alma humana es el cotidiano campo de batalla entre Dios y Satanás; pero creen y saben que estos dos seres —el Emperador del universo y el Príncipe de este mundo— no pueden ser reducidos a elementos puramente humanos. Encuentran en nosotros aliados y cómplices, pero porque hacen irrupción en esa alma que es, a un tiempo, morada de la divinidad y blanco del maligno. Quien tenga alguna práctica en la introspección espiritual oye en sí mismo "voces" que no son la suya, y oye el murmullo de instigaciones y seducciones que un momento antes le eran desconocidas, imprevisibles e increíbles.

En los últimos años de su vida, Paul Valéry empezó a escribir un Fausto —*Mon Faust*— que no pudo terminar, pero en el cual hace hablar a Mefistófeles y a sus demoníacos cofrades en forma tal que obliga a creer que se trata de personalidades distintas del hombre. Acaso le forzaban a ello la razón poética y la tradición goetliiana; pero sucede, también, que, ya viejo, reconoció la frágil superficialidad de su teología juvenil.

Un sacerdote francés amigo mío me dijo que la viuda de Valéry le había hecho leer las últimas páginas del diario intelectual del poeta racionalista. Las últimas líneas decían: "Es preciso confesar que Jesús fue quien primero concibió a Dios como Amor." La muerte le impidió continuar su discurso.

6

¿SATANÁS CREADOR DE SÍ MISMO?

En una de las obras menos famosas del famoso poeta cristiano español Aurelio Prudencio Clemente —que vivió entre los siglos IV y V— hallamos una extrañísima teoría acerca de la inaudita presuntuosidad de Satanás.

En el pequeño poema *Hamartigenia*[6], dedicado al problema del origen del mal, Prudencio afirma —y que yo sepa es el primero en afirmarlo— que el Diablo trató de hacer creer a los demás Ángeles que él era el autor y creador de sí mismo y que, por lo tanto, no debía a Dios su existencia. Hasta agregó —siempre según Prudencio— que se gloriaba de haber, creado la materia sacándola de su propio cuerpo. Esta opinión fue retomada en el siglo XI por Ruperto de Deutz[7] en su tratado *De victoria Verbi Dei*, pero sólo en lo que se refiere a la primera parte —es decir, que Satanás era el creador de sí mismo.

Pero por el texto de Prudencio se entiende con claridad que Lucifer no creía realmente en sus jactancias; no era tan insensato y ofuscado como para no saber que, a semejanza de todos sus hermanos, era una criatura que el Creador había sacado de la nada.

Aquellas sus absurdas afirmaciones —si en verdad las hizo, como creía el poeta Prudencio— no eran sino mentiras impúdicas para aumentar el número de sus partidarios y para justificar ante éstos su ingratitud hacia Dios y su rebelión. En ese caso el Diablo hubiera demostrado una perspicacia mucho menor que la que la tradición le atribuye; habría confiado demasiado en la estupidez y en la credulidad de sus compañeros. ¿Es posible que los Ángeles, dotados de tanto poder espiritual, creyesen en

las orgullosas fábulas de Lucifer? ¿No sabían también ellos, con certeza, que había sido creado por Dios, lo mismo que ellos?

Si muchos Ángeles lo siguieron, eso no se debió seguramente a que aquellas jactancias los hubiesen convencido. Jactancias que probablemente son fruto de la férvida fantasía ibérica del antiguo rector Prudencio.

Ünicamente los Gnósticos que veían en el Demiurgo del Antiguo Testamento una potencia maligna y demoníaca hubieran podido creer que Satanás había sido el creador de la materia.

7

¿EL DIABLO ES HIJO DEL HOMBRE?

En uno de sus cuentos de la vida real, Máximo Gorki hace hablar así al viejo Stefan Ilich:

“El Diablo no existe. El Diablo es un invento de nuestra razón perversa. Lo han inventado los hombres para justificar su abyección, y también en interés de Dios, para no echarle la culpa de todo. Sólo existen Dios y el hombre y nadie más. Todo lo que se parece al Diablo —por ejemplo Caín, Judas, el zar Iván el Terrible— es siempre una invención de los hombres; lo han inventado para endilgar a una sola persona los pecados y las fechorías de la multitud. Créanme. Nosotros, picaros, nos hemos equivocado al imaginar que hay algo peor que nosotros, como el Diablo, etcétera.”

Esta opinión no es nueva, pero es escandalosamente simplista. Si sólo existen Dios y el hombre, y el hombre es corrompido y perverso, forzosamente ha de concluirse que Dios creó malo al hombre, que Dios es el primer responsable y responsable directo de los pecados de los hombres. Quien niega o ignora el Pecado original está obligado a hacer de Dios un sinónimo de Satanás.

8

UN REY TRANSFORMADO EN LUCIFER

En el libro del profeta Isaías (XIV, 12-15) se leen estos hermosísimos versos:

> ¿Cómo has caído del cielo
> astro matutino, hijo de la aurora,
> y fuiste arrojado a tierra,
> tú que pisoteabas a las naciones?
> Pues tú dijiste en tu corazón:
> Al cielo subiré,
> por encima de las estrellas de Dios
> elevaré mi trono
> me sentaré en el monte de la Asamblea,
> en lo más recóndito del septentrión;
> escalaré las alturas de las nubes,
> me igualaré al Altísimo.
> Por el contrario, al *seol* has sido precipitado,
> al hondón de la fosa.[8]

Isaías era no sólo un gran profeta sino también un gran poeta; y estos versos son, en su sarcástico vigor, hermosísimos. ¿Pero quién es el soberbio, caído y fracasado, a quien se refiere el terrible vaticinio?

Por los versos que preceden al pasaje citado —donde se cuenta que los reyes reciben a un gran rey que desciende al reino de los muertos— y por los que siguen —“Es éste el hombre que hacía temblar la tierra, que

conmovía los reinos"— está claro que se trata de un poderoso monarca: el último rey de Babilonia. Isaías tal vez pensase en alguno de los reyes babilónicos sus contemporáneos —acaso en Sargón—; pero quiso anunciar el fin del que sería el último rey de la proterva nación enemiga del pueblo de Dios; y, por lo tanto, la profecía podría referirse a Nabucodonosor o a Baltasar.

A despecho de esa evidencia, algunos Padres de la Iglesia —no pocos ni oscuros— quisieron interpretar esos versos en un sentido totalmente diferente: “astro matutino” —en la Vulgata *Lucifer*— no podía ser sino el Diablo.

El primero en proponer esta interpretación fue Orígenes (*De Principiis*, 1, 5, 5; 4, 22. *Homilías sobre el libro de los Números*, XII, 4), quien afirmó que Lucifer, espíritu celeste, había caído al abismo por haber querido equipararse a Dios. Tertuliano, San Cipriano, San Ambrosio y otros, menos ilustres, aceptaron la opinión de Orígenes; y así Satanás —el acusador— fue llamado, luego, también Lucifer, el que trae la luz, el refulgente.

Otros Padres —como San Jerónimo, Cirilo de Alejandría y Eusebio— siguieron viendo en el vaticinio de Isaías el fin del último rey de Babilonia; pero reconocieron *también* una clara alusión a la caída de Satanás. Y la mayor parte de los exégetas modernos se esfuerzan por justificar esa antigua interpretación, si bien reconocen que es “acomodaticia”.

Lo cierto es que el texto de Isaías está considerado como el más antiguo testimonio de la caída del Arcángel desde el esplendor del firmamento hasta las tinieblas del abismo. En el origen de nuestra figuración del Diablo se halla, pues, un rey babilónico no bien precisado. Lucifer habría sido, pues, un hombre convertido en ángel por la fantasía de algunos comentaristas ingeniosos.

Pero ¿se trata sólo de fantasía? Cuando están realmente inspiradas por Dios, las palabras de los profetas pueden tener más de un sentido, sin que el uno anule a los demás. Isaías podía creer que su vaticinio se refería a un hombre futuro, y Dios pudo haberlo hecho hablar de modo que figurase también la suerte pasada de un ángel. Los capítulos de Isaías (XIII-XIV) donde aparecen aquellos versos tienen como tema fundamental la guerra entre el Bien y el Mal; por eso no es en manera alguna imposible que allí se

aluda también al principio mismo del Mal. Tanto más cuanto que los reyes de Babilonia —como los otros reyes del antiguo Oriente— se creían de estirpe divina —o se hacían pasar por tales—, venidos del cielo para reinar en la tierra despóticamente. Por su doble pretensión eran, pues, en cierto sentido, semejantes a Satanás: “diabólicos”. El fin de uno de ellos bien podría evocar otra soberbia, otra caída: la del Príncipe que pisoteaba y pisotea a las naciones.

9

LA TRINIDAD DIABÓLICA

Como el Diablo quiere imitar en todo a su Hacedor, no hay por qué asombrarse de que también en él sea posible reconocer tres personas, unidas y sin embargo distintas, a semejanza de las de la Trinidad.

Tenemos, primero, el Rebelde, la criatura que quiere reemplazar al creador, es decir, al Padre.

Tenemos, luego, el Tentador, que, de acuerdo con lo que un día hará el Hijo, invita al hombre a imitar a Dios.

Y tenemos, por último, el Colaborador, que, con el consentimiento divino, atormenta a los hombres sobre la tierra y en el infierno, y se contrapone por lo tanto a la Tercera Persona, el Paracleto, el Consolador.

Estas tres personas coexisten en el Diablo porque la naturaleza de éste es una. Y aún hoy es a la vez rebelde, tentador y colaborador.

Y estas tres personas son, como es natural, el reverso de las divinas: el Padre crea, y Satanás destruye; el Hijo rescata, y Satanás esclaviza; el Espíritu Santo ilumina y consuela, en tanto que Satanás entenebrece y atormenta.

10

EL DIABLO, EN TODAS PARTES

Ubique daemon, escribió Salviano, discípulo de San Agustín. El Diablo está, pues, en todas partes.

Si esa afirmación es cierta, nos hallamos, un poco turbados y perplejos ante otra semejanza entre Satanás y Dios. ¿El catecismo católico no enseña acaso que Dios está en todas partes? “Deus est in coelo, in térra, et in ómnibus locis”, dice el *Catechismus Catholicus* del cardenal Gasparri[9].

En la Edad Media se creía firmemente que el Diablo estaba, como el mismo Dios, en todas partes. ¿Quién no recuerda el famoso pasaje del “satánico" Carducci? “¿Esa pobre monjita quiere un cesto de endibia? En ese cesto está Satanás. ¿Ese fraile se complace en el canto del pajarito que canta en su celda solitaria? En ese canto está Satanás”[10]. Hasta Manzoni, que por su formación iluminista tenía poca familiaridad con el mundo satánico, confiesa por boca del Innominado, que todo hombre alberga un demonio propio. “Y cada uno de ellos tendrá, sí, su propio Diablo que lo atormente. Pero nadie, nadie tendrá uno como el mío.”[11]

Esta omnipresencia de Satanás —que lo hacía tan semejante al Creador — tenía que inspirar a los cristianos un continuo terror. Si el Diablo está escondido y presente en todas partes, como pensaba Salviano y, con él, toda la Edad Media, ¿quién podrá salvar a los hombres de su contacto, de su contagio, de su aliento venenoso? Satanás puede anidar hasta en las miniaturas del libro de oraciones, hasta en la imagen pintada sobre el altar, hasta en la misma cuerda que ciñe el sayo del asceta.

Y puesto que Dios, con mayor razón que Satanás, está en todas partes ¿no corresponde pensar que Uno y otro se hallan juntos, siempre, en el

mismo sujeto, en la misma alma del hombre?

Cada uno de nosotros tendría, entonces, dos huéspedes invisibles: el Eterno Amor y el Eterno Odio; y todo corazón es campo de batalla entre estos dos Antagonistas. Pero ¿es concebible, es posible semejante cohabitación de opuestos en todos los lugares del universo?

III

LA REBELIÓN DE SATANÁS

11

LUCIFER SE REBELÓ PORQUE ESTABA CELOSO DEL HOMBRE

Ya todos creen que Lucifer —digámoslo con Dante— "contro il suo fattore alzó la ciglia"[12], movido por su insolente soberbia. Pero los antiguos Padres de la Iglesia, los primeros teólogos, no pensaron precisamente en el orgullo. Según muchos de ellos la causa de la caída del Arcángel fueron los celos, celos del hombre.

San Justino (*Diálogo con Trifón*, 124, 3) afirma, en efecto, que Satanás llegó a ser malvado sólo cuando incitó a Eva a la desobediencia. Y la misma opinión vuelve a encontrarse en San Ireneo, que fue el primero en denunciar el verdadero motivo de la insidia demoníaca contra la primera pareja: "El Diablo, que, como nos lo enseña San Pablo en la *Epístola a los Efesios* (II, 2), era uno de los ángeles prepósitos del airé, se hizo apóstata y rebelde a la ley divina cuando tuvo celos del hombre…"[13] Y lo mismo afirma Tertuliano (*De Patientia*, V): "El Diablo se dejó vencer por la impaciencia cuando vio que el Señor había sometido a su imagen —es decir, al hombre— la totalidad de los seres creados. Si hubiese tolerado eso, no habría sentido dolor alguno; y si no hubiese sentido dolor, no hubiera tenido celos del hombre. Tanto es así, que engañó al hombre porque tuvo celos de él."

También San Cipriano (*Los celos y la envidia*, IV) acepta la misma teoría. El texto más completo es el de San Gregorio de Nisa en su famoso *Discurso Catequístico*. Dada la autoridad de este padre de la Iglesia de Oriente vale la pena citarlo íntegro:

"El mundo inteligible existía antes que el otro, y cada una de las potencias angélicas había recibido de la autoridad que dirige todas las cosas una parte en el gobierno del universo; y a una de esas potencias se le había dado encargo de mantener y gobernar la esfera terrestre. Luego se había formado con tierra una figura que reproducía la potencia suprema; y ese ser era el hombre. En él estaba la belleza divina de la naturaleza inteligible, unida a cierta fuerza secreta. De ahí que aquel a quien le había sido confiado el gobierno de la tierra hallase extraño e intolerable que de la naturaleza dependiente de él saliese y se manifestase una sustancia hecha a imagen de la divinidad suprema”[14].

Sólo con Orígenes aparece y se afirma la teoría hoy imperante, que es la del orgullo; la idea de los celos o envidia reaparecerá —aunque en forma un poco diferente— sólo en el siglo XVI, con Catarino y Suárez. Pero valía la pena recordar que en los primeros siglos de la Iglesia no pocos escritores cristianos —todos santos y ortodoxos, menos Tertuliano— habían visto en los celos la verdadera causa de la rebelión de Lucifer.

Los celos y la envidia son, sin duda, sentimientos bajos e innobles, indignos de una criatura angélica; y en Lucifer llegaron a ser tan ardientes y fuertes que lo indujeron a la rebelión abierta contra el Creador. Ha de advertirse, sin embargo, que los celos de Lucifer por el hombre son menos atrabiliarios y sobre todo menos sacrilegos que aquellos otros celos por Dios, hoy implícitamente admitidos. Adán, aunque dotado de enormes gracias —y bastaría su semejanza con el Padre— era a pesar de todo una criatura, es decir, un ser que, bajo ese aspecto, podía ser considerado de la misma condición que los ángeles. Proponerse ser independiente de Dios, contraponerse a Dios, era un frenesí absurdo, una prueba de increíble demencia, en tanto que los celos por otra criatura pueden considerarse pecaminosos pero son más naturales y verosímiles. La distancia entre Dios y sus hijos es inconmensurable e insalvable, mientras que la diferencia entre los ángeles y los hombres sólo estriba en el grado de sus distintas perfecciones.

Los celos llevaron a Satanás a la rebelión —y este último es el pecado inexcusable—; pero el móvil primero de esa rebelión, tal como lo imaginan

los primeros Padres de la Iglesia, es mucho menos grave que lo que hoy enseña nuestra dogmática.

12

¿EL DIABLO QUERÍA SER CRISTO?

¿Fue en verdad la soberbia la única causa de la caída de Satanás? Durante muchos siglos, a partir de Orígenes, los teólogos cristianos aceptaron esa opinión, si bien en forma y grado diversos. Pero en el Quinientos surgió una teoría completamente nueva que no consiguió triunfar —a pesar de la gran autoridad de los primeros que la sostuvieron— y que, por su audacia y su singularidad, aún hoy merece ser conocida.

Según esta teoría, la culpa de Satanás no fue precisamente el orgullo, la pretensión de igualarse a Dios, sino el dolor por el hecho de que el Padre no lo hubiese designado para que fuese instrumento de la Encarnación del Verbo, es decir, el futuro Cristo. Según algunos teólogos, Dios habría revelado a los Ángeles, desde el comienzo de la existencia de éstos, el propósito de manifestar Su gloria y Su amor a los hombres mandando al Hijo a la tierra. Pero al mismo tiempo reveló que esa manifestación visible y tangible habría de producirse merced a la unión hipostática del Verbo con una criatura humana nacida del seno de una mujer.

Lucifer, que con derecho se consideraba la más alta y perfecta de las criaturas, sintió aflicción y desdén ante el anuncio de aquella elección que magnificaría al hombre, tan inferior a él. El dolor engendró resentimiento, el resentimiento se transmutó en odio, y del odio nació la idea de la rebelión. En la rebeldía de Satanás hubo, pues, un elemento de orgullo, el sentido de una ofensa hecha a su excelsa dignidad. Pero el verdadero principio de la caída fue el deseó de unirse a la esencia divina, al Verbo, no para suplantar a aquélla, como algunos creyeron, sino para aportar, mediante esa unión admirable, un beneficio a la humanidad. Satanás hubiera querido ser el Cristo, es decir, el Salvador, pero no Dios mismo:

sólo la criatura en la que el Hijo se mostraría a los hombres. No quería ser Dios sino estar *unido a Dios* en ese misterio de amor que nosotros hemos conocido en la Encarnación. Satanás habría sido precipitado del cielo no sólo por su protervia, pues, sino también, y sobre todo, por su amor a Dios y a los hombres, es decir, por su decepción al no haber sido elegido para unirse hipostáticamente al Verbo en la obra redentora.

Como se ve, esta teoría presenta a Satanás de manera muy diferente a la habitual: Satanás no aspira a ser Dios, sino a ligarse más íntimamente a £1, y sólo por poco tiempo; no se opone a los designios de Dios, sino que quisiera participar en ellos; no está inspirado por el odio sino por un espíritu de caridad.

La teoría parecerá absurda a quienes sólo conocen la doctrina hoy predominante acerca de la Redención. Según la dogmática «ortodoxa, la Encarnación tiene como presupuesto el pecado original, la caída de Adán, y esta caída es posterior a la de Satanás, que fue precisamente la causa primera de la desobediencia de nuestros proto-padres. ¿Cómo hubiera podido, Satanás, antes de la rebelión, convertirse en tentador, o imaginar que Adán caería aun cuando no se lo indujese a tentar?

Esa dificultad desaparece cuando nos enteramos de que los primeros fautores de la nueva teoría aceptaron, como premisas forzosas, las ideas de Ruperto acerca de la Redención, brillantemente desarrolladas por Duns Scoto. Como sabemos, Duns Scoto quiso demostrar que de cualquier modo la Encarnación se hubiera producido, aun sin la caída de Adán. Si sólo se hubiese debido al pecado del hombre, habría sido “ocasional'' y por lo tanto indigna del infinito amor divino, mientras que en el otro caso hubiera tenido por verdadero fin la glorificación del Verbo, en bien del género humano. La Encarnación, pues, fue pensada y querida por Dios *ab aeterno*, y pudo ser comunicada a las criaturas angélicas mucho antes de que el hombre, aún no creado, se manchase de culpa. Admitida la idea de Duns Scoto —que no carece de vigorosa y casi diría sublime, profundidad—, resulta también posible y creíble la teoría que hace de Satanás, más que un rebelde, un enamorado desilusionado y celoso porque, no obstante su elevada perfección, no ha sido elegido por Dios para ser la segunda naturaleza del Cristo.

La dificultad, en cambio, es otra. La Encarnación implica una manifestación corpórea, y Lucifer, como ángel, no era corpóreo. La Encarnación —tal como efectivamente se produjo— debía terminar en la Pasión, es decir, en la muerte del Mesías; y, a Lucifer, en cuanto espíritu puro, no se lo hubiera podido matar.

Pero, según parece, estas dificultades no les resultaron insuperables a quienes tuvieron el coraje de concebir la teoría del Satanás aspirante a la misión de futuro Cristo. Sin embargo, no se trataba de advenedizos; y no carecían ni de estudios rigurosos ni de sagacidad intelectual. El primero a quien se le ocurrió esa singularísima interpretación de la caída de Satanás fue un italiano, el senés Lancillotto Politi (1483-1553), que en 1535 se hizo dominico y cambió su primer nombre por el de Ambrosio Catarino. Gozó de la plena confianza de los pontífices de su época: León X lo nombró abogado consistorial; Julio III, que había sido su discípulo, lo eligió como arzobispo de Ponza, y lo hubiera hecho cardenal, si Catarino no hubiese muerto casi súbitamente. Su reputación de insuperable teólogo ortodoxo fue tan grande que en 1545 el Papa lo mandó al Concilio de Trento. No tenía ninguna simpatía por los herejes; al contrario: combatió en varios escritos los errores de Lutero y de Bernardino Ochino. La primera presentación de la teoría sobre la caída del Diablo se encuentra en su tratado *De gloria bonorum angelorum et lapsu malorum* (Lyon, 1552). De esa pequeña obra de Catarino, la tomó, probablemente, Francisco Suárez (1548-1617) —el teólogo más original y famoso de la Compañía de Jesús—, quien la desarrolló ampliamente, con argumentos nuevos y más apretados, en el tratado *De Angelis* (publicado póstumo en 1620). No obstante la audacia de algunas de sus ideas, también Suárez está, como teólogo, muy lejos de ser sospechoso: de 1574 a 1615 enseñó teología en las más famosas escuelas —en Segovia, en Valladolid, en Roma, en Alcalá, en Salamanca y en Coimbra—. En 1607, el Papa Pablo V lo llamó, en un breve, *doctor eximius et pius*.

Suárez se mostró en el *De Angelis* insatisfecho de todas las teorías escolásticas que atribuían al orgullo la caída de Satanás, y criticó sutil y severamente aun las opiniones de Santo Tomás. La idea de que Lucifer realmente hubiera podido pensar equipararse a Dios le resultaba a Suárez inverosímil y absurda, salvo que el ángel hubiese perdido todo asomo de

inteligencia y de razón. Aceptó por ello la hipótesis del docto Catarino y, por ende, también la teoría de Duns Scoto sobre la Redención.

La Iglesia no ha aceptado todavía ni la una ni la otra; pero conviene no olvidar que dos grandes teólogos católicos insospechados e insospechables —el dominico Catarino y el jesuíta Suárez— han creído y sostenido que el motivo real de la rebelión de Satanás no fue la soberbia sino el deseo —en sí mismo 110 pecaminoso— de obtener la unión hipostática con el Verbo, es decir, con Cristo.

13

¿LUCIFER CAYÓ POR IMPACIENCIA?

En la *Divina Comedia* —que después de seis siglos de logoscopia aún no ha sido descifrada totalmente— encontramos una opinión nueva sobre la caída de Lucifer.

En el *Paraíso* (XIX, 46-48) se lee:

> … il primo superbo
> che fu la somma d'ogni creatura,
> *per non aspettar lume cadde acerbo*.[15]

Aquí y en otras partes Dante acepta dos opiniones corrientes entre los teólogos católicos de todos los tiempos: que Satanás fue el más perfecto de los arcángeles y que su pecado fue la soberbia. A estas dos noticias, archiconocidas agrega sin embargo otra de la que en la escolástica medieval no hay rastros. Satanás no quiso "esperar luz" y por ello "cayó verde", es decir antes de tiempo. En Dante, *lume* significa siempre, en el sentido espiritual, la Gracia: Lucifer fue impaciente, pues; no supo esperar la plenitud de la Gracia y por ello cayó antes de tiempo como un fruto que cae "verde" de la planta que lo sostiene.

Hasta ahora los comentaristas no han atinado a dar con la fuente de esta singular teoría dantesca; y puede apostarse a que no han de dar nunca con ella, pues el mismo P. Mandonnet, que ha dedicado todo un volumen a Dante, el teólogo, y tiene, como pocos, familiaridad con el pensamiento escolástico, no dice de ello ni palabra.

Pero ¿qué significa en verdad ese “non aspettar lume”? ¿Es posible que el más perfecto de los ángeles necesitase una iluminación ulterior para comprender mejor la unicidad y la omnipotencia del Creador? ¿Es posible que Dios no haya dado a las criaturas angélicas, desde el primer momento, toda la luz con que quería iluminarlas? Y en caso contrario —caso al que el poeta alude— ¿habrá hecho saber Dios a sus Ángeles que sólo en el futuro, después de cierto tiempo, habría de concederles la parte de luz que todavía les faltaba para ser perfectos?

Y si a los Ángeles no se les hubiese advertido nada acerca de ese suplemento de Gracia que debían esperar con paciencia ¿se puede acusar a Lucifer porque no quisiese esperar y hubiese por ello caído "verde”? También podría pensarse que Dante tenía algún conocimiento de la hipótesis según la cual Lucifer hubiera deseado que se lo llamase a colaborar en la futura Redención de los hombres; y en este caso la “luz mayor” podría significar una mayor gloria y dignidad que el Padre hubiera podido concederle.

Éstas son preguntas a las que sólo los teólogos —convencidos de su capacidad para penetrar los más recónditos misterios divinos— podrán contestar. Pero hasta ahora parece que no se han dado cuenta del problema planteado por el divino poeta.

Si la hipótesis de Dante es acertada, los pecados de Lucifer serían dos: la soberbia y la impaciencia. Pero este último es el más grave, puesto que ha provocado el otro. Si hubiese sabido esperar, Lucifer se habría dado cuenta de que su soberbia hubiera sido simple locura.

14

LA PRIMERA CULPA DE SATANÁS

En su pequeño tratado *De Casu Diaboli*, San Anselmo de Canterbury atribuye la rebelión de Lucifer al deseo de tener una voluntad propia, independiente, es decir, libre.

He aquí el texto: “No solamente quiso ser igual a Dios por presumir tener voluntad propia, sino que también quiso ser mayor, queriendo lo que Dios no quería que quisiese y poniendo así su propia voluntad por encima de la voluntad de Dios.”[16]

Doble fue, pues, la culpa del Arcángel Rebelde, según el Santo teólogo: pretender que disponía de voluntad propia; poner esa voluntad por encima de la divina. Atendiendo al segundo punto, la culpa monstruosa, casi inconcebible para una mente humana, está clara. No así la primera: a los Ángeles les fue concedida, por lo que sabemos, la libertad del querer; y tal libertad presupone e implica, más aún, exige, el derecho a un querer personal propio. Una libertad que sólo consistiese en querer lo que quiere el superior ya no sería libertad.

Los teólogos nos han repetido mil y mil veces que Dios, si no hubiese hecho a sus criaturas el admirable don de la libertad y hubiera obligado a todas a pensar y hacer únicamente las cosas queridas por Él, habría creado títeres sin méritos y sin dignidad.

San Anselmo da una interpretación resueltamente satánica del libre arbitrio cuando afirma que por el solo hecho de tener voluntad propia Lucifer pretendía igualarse a Dios. Muchos defensores de la libertad humana sostienen efectivamente que nuestra semejanza con Dios consiste en verdad en ese don, y lo mismo puede decirse de los Ángeles. Lucifer no hacía más que demostrar que estaba hecho a imagen y semejanza de Dios; y

no puede llamarse culpa el hecho de atenerse a la propia naturaleza tal como la quiso quien la creó. Con perdón del autor del *Monologio*, Lucifer puede pedir que se lo absuelva de aquella primera culpa.

15

LA SOBERBIA DEL DIABLO

Muchísimos Padres y Doctores, aunque no todos, han enseñado siempre que, el pecado de Satanás fue la soberbia y que ésta constituye en los hombres el pecado diabólico por excelencia.

Pero ¿es en verdad únicamente el Diablo quien demuestra soberbia? Y los que quieren ser cristianos ¿ignoran realmente el orgullo?

Abramos la Biblia y leamos. En el Salmo LXXXII pueden encontrarse estas palabras dirigidas por Dios a los hombres: "Yo dije: Por cierto *sois dioses*; todos sois del Altísimo hijos" (v. 6). Cristo citó y retomó por su cuenta esa divina afirmación. Al dirigirse a los fariseos, los apostrofa diciendo: "¿No está escrito en vuestra ley que Yo dije: Sois dioses… Llamó dioses a aquéllos a quienes vino la Palabra de Dios, y la Escritura no puede fallar…"? (*Juan*, X, 34-35).

Nos hallamos, pues, con un doble testimonio de que Dios considera *dioses* a ciertos hombres y los llama tales. Pero ¿no es esto acaso una invitación a la soberbia? ¿Y qué otra cosa dijo la serpiente a los protopadres sino palabras bastante parecidas? "Seréis como dioses." Prometía, pues, lo que Dios mismo está dispuesto a mantener. Sin embaído, precisamente por ese deseo de ser semejante a Dios, Adán fue degradado, expulsado y condenado.

Y cuando Cristo imparte a los elegidos el precepto de la imitación divina —"Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre Celestial es perfecto." (*Mateo*, V, 48)— ¿no afirma que el hombre, simple criatura, puede conquistar uno de los atributos esenciales de Dios, es decir, la perfección? ¿Llegar a ser perfectos como Dios no es acaso convertirse en casi dioses?

San Pablo, en fin, aumenta la dosis: "¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles?” (I *Corintios*, VI, 3) Según San Pablo, los hombres son, pues, superiores a los mismos ángeles, seres perfectísimos, ya que sólo los superiores pueden juzgar a los inferiores.

En todos estos pasajes, el hombre —y digamos, si no, el cristiano— es magnificado y exaltado hasta el punto de ser casi equiparado con Dios. A mi juicio la doctrina cristiana de la “deificación” es profundamente sublime y cierta; pero ¿es posible disociarla por completo de lo que se llama orgullo o soberbia?

Y cuando los cristianos piensan que Dios sigue paso a paso sus pensamientos y sus actos, que sufre por sus pecados, que envía a sus elegidos inspiraciones y visiones celestes ¿no nos hallamos con algo que está bien próximo a la soberbia? Si la humildad, el convencimiento de la propia nada, forma parte de las virtudes cristianas ¿qué diremos de estas criaturas minúsculas que se creen objeto de una atención y protección especiales del Padre?

La soberbia del cristiano no es, desde luego, la de Satanás. El cristiano obedece e imita; el Diablo se rebela y quiere ser un rival. Pero hay, sin embargo, algo común, pues los extremos, como sabemos, se tocan. Cuando San Juan de la Cruz quiere anularse totalmente y hacer en si mismo el vacío, la *nada*, para que Dios pueda descender en su alma y llenarla, tenemos a un tiempo el colmo de la humildad (el anonadamiento) y el colmo del orgullo, ya que el Santo está seguro de poseer por ese camino a Dios, de unirse a Su Omnipotencia y Omnisapiencia.

16

LA DERROTA DE SATANÁS

El único relato auténtico —pues lo inspira Dios— de la batalla contra Satanás y de la caída de éste, se halla en el último libro canónico aceptado por la Iglesia, es decir en el Apocalipsis (XII, 7-9). Vale la pena releerlo:

"Y hubo una grande batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban con el dragón, y lidiaba él dragón y sus ángeles; y no prevalecieron éstos, y nunca más fue hallado su lugar en el cielo. Y fue lanzado fuera aquel grande dragón, aquella antigua serpiente, que se llama Diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo; y fue arrojado en tierra, y sus ángeles fueron lanzados con él."

Y más abajo se agrega que "es ya derribado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche".

A pesar de su sencillez, la narración no es tan clara como a primera vista podría parecer.

Cabe preguntar por qué misterio se necesitó de toda la fuerza de Miguel y de todos sus ángeles para derrotar al Diablo. El Omnipotente hubiera podido, con un simple acto de su voluntad, hacer en un instante que el rebelde se precipitase. ¿Por qué consideró necesario un combate real y efectivo entre las dos legiones angélicas opuestas? O Dios sabía que de cualquier manera los espíritus fieles habrían de vencer y arrollar a los espíritus del mal, y por lo tanto aquella batalla no tiene, por lo menos para nuestras inteligencias, justificación clara; o se trataba, en cambio, de un combate confiado, como los de los hombres, a la sola fuerza de los ejércitos rivales, a la suerte de las armas. ¿Y qué hubiera sucedido, entonces, si los rebeldes se hubiesen impuesto a las milicias fieles?

Eso no es todo. Siempre se ha oído decir que Lucifer fue precipitado al abismo, a las tinieblas, al lugar que luego se llamó Infierno. Pero el Apocalipsis afirma, en cambio, claramente, que el Dragón, es decir, el Diablo fue precipitado a la tierra, junto con sus secuaces. Es por todos bien sabido y para todos evidente que los demonios están presentes en la tierra. Pero ¿sólo de la tierra han hecho su morada? ¿Es sólo la tierra el lugar de exilio y la única sede de Satanás y de los suyos? ¿Es lícito, de acuerdo con el texto sagrado, identificar a la tierra —el mundo donde Satanás es príncipe— con el infierno?

Para explicar la derrota de Lucifer, el Apocalipsis atribuye a éste dos culpas: ser el que “engaña a todo el mundo" y “el acusador de los hermanos delante de Dios”. En cuanto a la primera, todos están de acuerdo: Satanás encarna el mal y su engaño no puede ser entonces sino incitación al mal; acrecentamiento de males.

Pero la segunda culpa nos deja perplejos. Sabemos, por el Libro de Job, y también por otros pasajes dé la Biblia, que Satanás recorría el mundo para observar la conducta de los hombres e informar de ella a Dios. Sin el permiso o el deseo de Dios, ya que Éste se dignaba escucharlo, no hubiera podido cumplir esa su misión de relator y de confidente. Acusaba, pues, a los hombres. Pero ese ingrato y sin embargo legítimo oficio ¿es suficiente para condenarlo? O las acusaciones correspondían a la verdad, y entonces Satanás habría cumplido honestamente la misión que Dios le había confiado; o las acusaciones eran falsas, y entonces el Diablo no fue herido por ser acusador, sino por ser un verdadero calumniador.

Pero aún en este segundo caso no podía, en modo alguno, hacerle mal a nadie. Dios, por definición, es omnividente y justo, y no es posible engañarlo. En las acusaciones de Satanás sabía discernir de manera infalible lo verdadero de lo falso; y jamás hubiera castigado a ningún hombre por el falso testimonio del Adversario. En éste podía darse la intención, pero no la capacidad, de perjudicar.

Pero tal vez la alusión a los "hermanos acusados" se refiera a los cristianos injustamente calumniados por el gran Calumniador. Pero en tal caso ya no se trata de la primera derrota —acaecida muchos milenios antes

de la Encarnación— sino de una segunda batalla de la que únicamente el Apocalipsis nos ha conservado el recuerdo.

17

EL “NON SERVIAM”

Universalmente se reprocha a Lucifer la famosa expresión: *Non serviam*.

Pero esas palabras ¿fueron realmente pronunciadas por el Príncipe de los Ángeles? Uno puede negarse a servir a un tirano, a un déspota, a un autócrata. Pero nada de eso era aquel Dios que concedió a sus criaturas, y ante todo a los Ángeles, la libertad del querer. Dios no es un amo terrestre que necesite que lo sirvan. Lo es todo y todo lo posee; de ahí que no desee esclavos, ni los tenga. Es, por excelencia. Amor; y de ahí que quiera ser amado. Y el Amor no es realmente amor si no es un libre y espontáneo movimiento del alma.

Cristo, es decir, el verdadero Dios ¿no dijo a los hombres: "La verdad os hará libres”? Y Lucifer, que ya disfrutaba de la Gracia divina ¿no era libre? Si no hubiese sido plenamente libre ¿cómo hubiera podido rebelarse contra el Creador?

El deseo de no servir, es decir, la libertad, ¿no ha sido siempre acaso uno de los signos de los espíritus altivos y generosos?

Pero en Lucifer, que había sido criado libre y que podía utilizar libremente, para amar a Dios o para odiarlo, la libertad que le había sido concedida, no podía existir un deseo así, que es vivo y generoso en los hombres envueltos en las servidumbres terrestres (recuérdese a Catón de Utica en Dante).

La causa de la caída de Satanás no fue, pues, el que se rehusase a servir sino el que hubiese elegido el odio, la envidia, los celos, la protervia.

18

¿QUIÉN ES EL VERDADERO RESPONSABLE DE LA CAÍDA DE SATANÁS?

¿Cuál fue la verdadera razón por la que Lucifer, precisamente Lucifer, resultó investido por el terrible pecado de la soberbia? Recurramos, para no equivocarnos, al príncipe de los teólogos católicos, a Santo Tomás. En su *Suma Teológica* el gran Doctor explica, de acuerdo con otros Doctores, que en Lucifer Dios creó al más alto y al más perfecto de sus ángeles (I, XXV, 6). Siguiendo a Santo Tomás, Dante llama a Lucifer "colui che fu nobil creato piü ch'altra criatura" (*Purg*. XII, 25-26) y "la somma d'ogni creatura"[17] (*Par*. XIX, 46).

Casi todos los teólogos admiten esa superioridad de Lucifer sobre los demás ángeles. Pero la causa primera de su soberbia y de su ruina fue precisamente su superioridad —querida por Dios—. Recurramos, también esta vez, a Santo Tomás, y, para no equivocarnos, reproduzcamos sus mismas palabras: "Si… se considera el motivo de pecar, hallamos que es mayor en los superiores que en los inferiores. En efecto… el pecado de los demonios fue el de soberbia, cuyo motivo es la excelencia, que poseyeron en mayor grado los superiores." (*Suma Teológica*, I, LXIII, 7) Y Santo Tomás cita también la autoridad de San Gregorio Magno: "Y por esto dice San Gregorio, que el que pecó fue el supremo entre todos."

Ese latín escolástico[18] es tan transparente que no necesita ser traducido al lenguaje vulgar. Las ilaciones que pueden derivarse de los textos de Santo Tomás son clarísimas.

Dios creó a Lucifer más alto que a todos los demás; pero quien más alto es, más expuesto está a la soberbia; de ahí que Lucifer fuese el primero que

incurriera en ése pecado y el primero que se rebelara contra Dios. El razonamiento es impecable, pero se presta a reflexiones que pueden desbaratar precisamente las concepciones tradicionales acerca de la caída de los ángeles rebeldes.

Dios es el único Creador de todas las criaturas; y sólo de Él recibieron y por Él tienen todas las cualidades y cumplen todos los requisitos. Fue Dios, pues, quien quiso hacer de Lucifer —digámoslo con Dante— la "somma d'ogni creatura". Pero Dios es además omnisapiente, omnividente, omniprevisor, y debía saber, pues, que Lucifer estaba expuesto a caer, a raíz de su misma superioridad, y que habría de caer. Como a todos los ángeles y a todos los hombres, hizo a su ángel predilecto el estimable don de la voluntad libre; pero este don —y Él no podía ignorarlo— habría de dar a Lucifer la posibilidad de pecar y de caer. La superioridad fue el móvil de la soberbia; la libertad fue la condición que hizo posible la caída.

Dios, autor del universo, ha creado un mundo en el que es posible el pecado, en el que es posible la rebelión, en el que es posible el mal, en el que es posible la perdición. Si en el mundo no se hubiese dado la posibilidad (más aún, la facilidad) del mal, la libertad angélica y la humana hubieran podido elegir, de todos modos, y elegir libremente, entre los diversos órdenes del bien, de las obras buenas, de las acciones justas. Lucifer no ha creado el mundo ni se ha creado a sí mismo; la culpa no es suya, pues, si el orden del mundo —establecido por Dios— permite el pecado y lo tolera; no es suya la culpa si la misma superioridad que le ha sido acordada lo dispone y lo inclina, como afirma Santo Tomás, al pecado de la soberbia.

Si Dios es autor y legislador del todo, si nada es posible ni concebible al margen de su voluntad y de su ley, uno puede sentirse tentado de concluir que a Él le corresponde su parte de responsabilidad por lo que le sucede a sus criaturas. Las ha creado de esa determinada manera, las ha puesto en una realidad, que Él creó, donde todo es posible; y por ello toda cosa, por admirable y terrible que sea, tiene sólo en Él causa y principio.

Si los razonamientos de Santo Tomás son exactos y ortodoxos ¿es justo atribuir toda la culpa a Satanás?

IV

LA CAÍDA DE SATANÁS Y EL DOLOR DE DIOS

19

LA CAÍDA DE SATANÁS Y EL DOLOR DE DIOS

Dios, si es Amor, ha de ser, también, necesariamente, dolor. Si el amor es una comunión perfecta entre el amado y la amante, de ello se sigue que cualquier pena y desventura del amado entenebrece e intoxica el alma de la amante. Si ama a sus criaturas como un padre ama a sus hijos, indeciblemente más que lo que un padre terrestre ama a los hijos de su sangre, Dios tiene qué sufrir y seguramente sufre por la desdicha de los seres a quienes su potencia sacó de la nada. Y si en Dios, por naturaleza, todo es infinito, podemos pensar que su dolor es infinito como infinito es su amor.

Nosotros no pensamos lo suficiente en ese infinito dolor de Dios. No tenemos ninguna piedad por ese tormento de Dios. La mayoría de quienes reconocen ser sus hijos no se preocupan por comprender y consolar la desmesurada aflicción de Dios. Pedimos al Padre dones, intervenciones, perdones, pero nadie participa en la perenne angustia de Dios con la ternura de un afecto filial consciente.

Hubo santos, y acaso todavía los haya, que quisieron sentir, acoger, repetir en ellos mismos las atroces torturas de la visible Pasión de Jerusalén. Pero el dolor de Cristo sólo fue un instante, aunque esencial y supremo, en el dolor de Dios. fue, si en tema tan sublime y sagrado es lícito emplear una expresión harto profana, la “fase espectacular” del divino dolor. Se manifestó en un punto de la tierra, en formas terriblemente humanas, y ha herido, conmovido y sacudido la demasiado humana fantasía de sus amantes. Pero la pasión de Cristo no fue sino la Epifanía física, circunscrita

en el tiempo y en el espacio, de una Pasión anterior y posterior a la Cruz. La Cruz no es sino el símbolo finito y tangible de una crucifixión que la precede y la sigue. "Cristo estará en agonía hasta el fin del mundo” ha escrito un hombre[19] que penetró el sentido trágico del cristianismo mucho más que los redactores de digestos dogmáticos. Pero hubiera podido agregar que Dios estuvo en agonía desde los primeros tiempos del mundo. Desde el principio, la vida del Creador ha sido Pasión, es decir, un "padecer”, un sufrimiento, un eterno espasmo y dolor. Quien no ama a Dios en su dolor, no merece su amor.

El gran Orígenes escribió admirablemente:

"El Salvador descendió a la tierra por piedad por el género humano. Ha soportado nuestras pasiones antes de sufrir la Cruz, aún antes de haberse dignado tomar nuestra carne. En efecto, si no las hubiese soportado antes, no habría venido a participar en nuestra vida humana. Pero ¿qué Pasión es esta que £1 ha soportado por nosotros…? Es la pasión del amor. Pero ¿no es cierto que el mismo Padre, Dios del universo, Él, que está lleno de longanimidad, de misericordia y de piedad, también de alguna manera sufre? ¿O es que ignoras que cuándo se ocupa de las cosas humanas sufre una pasión humana? ‘Porque el Señor tu Dios ha tomado sobre Sí su vida, como quien toma sobre sí a su hijo.' (*Deuteronomio*, I, 31) Dios, pues, toma sobre Sí nuestra vida, como el Hijo de Dios toma nuestras pasiones. Ni siquiera el Padre es impasible. Si se le ruega, tiene piedad y compasión. Sufre una pasión de amor…”[20]

La vida de Dios, como la del hombre, es, pues, tragedia. La creación que surgió por su amorosa voluntad de hacer que los otros seres participasen en la dicha de su perfección, fue causa y medio de perdición. Él quería levantar, alzar, elevar las criaturas hasta la cumbre donde el no-ser puede alcanzar al ser; y tuvo que presenciar los abandonos, las rebeliones, las deserciones, las caídas. Había creado un ángel más perfecto que los otros, más próximo y más semejante a Él que todos los demás, y ese ángel cayó. Había creado, en el jardín de la tierra, un ser milagroso, modelado por sus manos, animado por su soplo, dotado de conciencia y de ciencia; y también el hombre cayó. La más divina de las criaturas celestes se levantó contra Dios; la más divina de las criaturas terrestres desobedeció a Dios. Ni

a la una ni a la otra había podido negarles el privilegio de la libertad, sello de la deseada semejanza entre el artífice y sus obras maestras; pero una y otra criatura usaron de su libertad para estropear aquella semejanza y renegar de ella. La perfección da origen al pecado; la dicha tiene como consecuencia la condena; la luz recibe como respuesta la ofensa de las tinieblas. Pensándolo bien: ¿hubo jamás en el universo ni en el infinito una tragedia más espantosamente trágica que esta dialéctica de la libertad?

Todos hallaron que la condena de Satanás fue sumamente justa. Pero ¿ha habido hasta hoy alguien que haya pensado y sentido que al mismo tiempo esa condena condenó a Dios al dolor? El castigo de Lucifer se convirtió en seguida, bajo otra forma, en castigo de Dios.

Ni siquiera Dios puede sustraerse a una ley que Él mismo hizo inmanente en toda justicia: ningún juez puede aplicar una pena sin cargar sobre sí mismo otra, equivalente a la impuesta por su sentencia. El justo es totalmente justo sólo cuando acepta pagar, también él, por el culpable.

Lucifer fue condenado con justicia a la más atroz de las penas: la de no poder amar. Dios es condenado a una pena casi de la misma crueldad: ama sin que se lo ame, sufre pensando en aquella tortura que Él quiso.

Si tenéis algún asomo de imaginación, si tenéis un embrión de corazón, tratad de entender, de penetrar, de adivinar la desgarrante premisa de esa “divina tragedia”. Quien no accede a realizar tal esfuerzo e insiste en figurarse a Dios como un óptimo y plácido Anciano dedicado a la distribución de elixires y de premios a sus servidores, no ha llegado aún ni siquiera al peristilo del Cristianismo.

Pensad en esto: en razón de su justicia, Dios puede condenar, pero no puede odiar. Si por esencia es el Ser, no puede alimentar esa sed de aniquilación que es el odio. Si por esencia es Amor, íntegramente amor, en Él no puede subsistir lo opuesto del amor, esa negación del amor que es el odio. Ha condenado, necesariamente, a Lucifer, pero no puede odiarlo ni podrá jamás odiarlo. Lo ha precipitado al abismo, pero por encima de ese abismo de horror hay otro aún más profundo, que es el abismo de su amor. Amaba a Lucifer más que a los demás ángeles, porque Lucifer era el más alto, es decir el más semejante a Él. Y cuanto más fuerte y pleno era su primitivo amor por Lucifer, tanto más fuerte y plena ha de ser su

misericordiosa ansiedad por la caída. Lo amaba inmensamente, antes de la rebelión, cuando Lucifer era feliz entre los felices; ¿no habrá de amarlo aún más, ahora que ha llegado a ser el más desesperadamente infeliz de los infelices? El castigo de Lucifer es el más horrendo que una mente divina o humana pueda concebir: ya no ama; ya no es capaz de amar; está hundido y encajado en la oscuridad sin término de la ausencia y del odio. Ninguna condena puede compararse con la condena que oprime a Satanás. Él es en verdad "el más infeliz" en un sentido que trasciende pavorosamente el sentido en que Kierkegaard entendió la expresión. En la tierra no hay ningún malhechor desgraciado hasta el punto de que le sea imposible, siquiera por un instante, un impulso afectivo, un vago fulgor de esperanza. A Lucifer le está negado hasta el mezquino alivio de esos tragaluces. Dios lo sabe; pero Dios no puede menos que sufrir por esa infelicidad que es tan absoluta como Su misericordia. Hasta en el hombre, el amor, en sus impulsos más sublimes, tiende a amar a quien sufre, aun cuando éste sufra por su propia culpa. ¿Qué sucederá pues en el gran corazón de Dios, en Aquel que es fuente primera y suma de toda compasión y de toda piedad? Quizás ame ahora a Lucifer más que cuando el Ángel predilecto refulgía en el Empíreo a Su lado. Pero el amor que se le tiene a un infeliz, al más desesperado de los desesperados, es necesariamente un doloroso amor, un amor que gime y se angustia. Dios, que todo lo sabe y nada olvida, no puede sino sufrir infinitamente por la suerte de aquella criatura maravillosa a la que en los más amplios límites de lo finito concedió todos sus dones y en la cual vio reflejada, más que en las otras, su grandeza y su dicha. Lo había amado como sólo Dios puede amar; ¿y no tenía que experimentar un dolor inenarrable cuando vio que Lucifer se erguía contra Él? ¿Y no ha de sentir todavía una torturante nostalgia por aquella luz a la que tanto amó y que ahora se ha extinguido?; ¿no ha de sufrir indeciblemente al pensar que la criatura colocada por El en lo más alto está ahora caída y confinada, por debajo de toda bajeza concebible?

Sigue amándolo, pero Su amor es tanto más doloroso cuanto que Él sabe, con certeza, que Lucifer no puede corresponder a ese amor, precisamente porque la condena consiste en esa absoluta privación e incapacidad de amar. Ni siquiera Su infinita piedad puede superar esa

desolada incapacidad de afecto. Dios ama sabiendo que no es correspondido, que no puede ser correspondido. Dios sufre infinitamente, porque ama infinitamente a aquel que está condenado a no amar.

Él no puede devolverlo, por sí solo, a la anterior y altísima condición; no puede salvarlo sin la voluntaria cooperación de otra criatura. Y Lucifer tampoco puede redimirse solo. Le bastaría un único y puro impulso de amor para levantar nuevamente el vuelo desde el abismo de lo ínfimo hasta el abismo de lo supremo, para reaparecer, fulgurante de fulgor, a la cabeza de los Tronos y de las Dominaciones. Pero su condena consiste precisamente en ser incapaz de ese impulso. Es necesario que alguien le tienda la mano y reencienda su espíritu; y ese alguien no puede ser Dios. Pero ese "alguien", que en lenguaje humano se llama hombre, no sabe, no recuerda, no quiere. Tenía que ser el salvador de Satanás y se ha convertido, en cambio, en su siervo, es decir, en quien le ayuda a quedarse allí donde está, en el más profundo fondo de la Ausencia.

Una de las razones que indujeron a Dios a crear al hombre, después de la caída de Lucifer, tal vez haya sido la esperanza de la redención de Satanás. El hombre, hecho de barro, pero de naturaleza casi angélica, hubiera debido ser el intermediario entre Dios y el gran Ángel Negro. Satanás se hubiera acercado a la nueva criatura para hacer de ella el instrumento de su rencor contra el Padre, y el hombre hubiera podido hacer lo que Dios no podía hacer: hubiera podido, a su vez, tentarlo; conducirlo de vuelta a su primera destinación, con el ejemplo de su inocencia, de su obediencia, de su humildad. Adán hubiera debido ser el cebo para que Satanás regresase a la gloria. Ésta fue la esperanza de Aquel que es amor universal y sin confines; esperanza inmediatamente defraudada y traicionada.

Adán prefirió obedecer a Satanás y desobedecer a Dios; el intermediario se convirtió en esclavo, cómplice y víctima. Con su caída, el hombre no sólo se precipitó en la Desemejanza, sino que perpetuó al mismo tiempo la condena del Rebelde. Al dar fe a la palabra del Tentador, Adán tergiversó el amoroso propósito de Dios. El Exilado expulsado prolongó el exilio del Fulminado.

Esa traición, que permite explicar mejor la dureza de las sanciones del pecado original, fue la causa primera del segundo gran dolor de Dios. Dios había creado un ser destinado a la felicidad y tuvo que condenarlo a la infelicidad. Había sacado de la tierra una criatura bellísima y tuvo que verla desfigurada por el remordimiento, por la culpa, por el sufrimiento del trabajo. Había creado un ser iluminado totalmente por la luz de la sabiduría y tuvo que verlo a tientas en la calígine del error, en la noche de la ceguera. Había creado una criatura libre y tuvo que verla terminar —mono bajo el yugo— en manos del demonio. La había criado para la vida y tuvo que presenciar la imitación sin término del primer fratricidio. Dios creó al hombre por amor, y aun hoy, no obstante todo eso, a pesar de todo eso, ama a los hombres. Pero precisamente ese su obstinado amor por los hombres es la fuente de su segunda condena a dolor. ¿Cómo podría no sufrir al contemplar a cada instante la miseranda infelicidad de sus hijos? En su amor al hombre, llegó al punto de hacer por él lo que no ha hecho ni puede hacer por Lucifer: Él mismo se hizo hombre para rescatar a los hombres. Pero tampoco bastó ese inefable e inaudito sacrificio. Pocos hombres aceptaron de todo corazón los frutos bermejos del nuevo árbol. El holocausto de la Redención sólo fue aceptado por una minoría, y aun ésta lo aceptó casi siempre como fórmula de un credo más que como sustancia activa de una vida transformada. Aún después de la Crucifixión, los hombres siguieron traicionando, sufriendo, olvidando, matando, pudriéndose como antes.

Después de Su Pasión en la tierra, Dios siguió padeciendo Su eterna, infinita, divina pasión. Ama a los hombres y está obligado a ver que esos hijos a los que siempre amó se engañan, se ensucian, se asesinan, se odian, sé rebelan, gruñen, sollozan, lloran, se desesperan. La infelicidad del hombre reverbera, multiplicada por la misericordia paterna, en la infelicidad de Dios.

El, que todo lo sabe, sufre por quienes sufren al no conocerlo, al no seguirlo, al no obedecerlo, al no amarlo. Sufre atrozmente viendo cómo los mismos que lo invocan con los labios reniegan de Él con el alma y con la vida. Sufre indeciblemente cuando advierte que los mismos que se jactan de servirlo y de interpretarlo no son sino pozos de aguas muertas en vez de ser

fuentes borbotantes, no son sino roncos ecos de Su palabra en vez de ser chispas de Su fuego.

Sufre por todas las ruinas, por todas las miserias, por todas las imbecilidades y ferocidades de sus “hijos pródigos”, de sus fieles infieles, de sus deicidas suicidas. Sufre, en fin, al comprobar que toda Su sangre no ha conseguido impedir que la tierra siga empapada, ensopada, embebida de sangre de hermanos.

He ahí la doble raíz del dolor de Dios, del infinito dolor de Dios. Los cielos narran Su gloria, pero el universo espiritual narra Su desventura. Se parece a un artífice que viese deshacerse o deteriorarse sus obras más admirables, las más gratas a su espíritu. El celestial gigante se ha hundido; el emperador terrestre se ha herido y envilecido. Diríase que la predilección divina es un anticipo de consuelo ante las inminentes caídas. Parecería que su amor produce los mismos efectos que el rayo. Las torres que £1 levantó por encima del cielo y de la tierra son las primeras en desplomarse. La supremacía se convierte en la fatalidad de una maldición.

Lucifer nada puede para aliviar el dolor divino: su misma condena es a la vez la absolución de su pavorosa aridez. Pero el hombre aún puede hacer algo por ese su Dios que padeció y padece por él. A pesar de la hegemonía cainita, en los hombres no ha quedado suprimida toda capacidad de *caritas*. Nosotros podemos amar a Dios no sólo por Su amor, sino también compadecidos por Su Pasión, apiadados de Su tortura sobrenatural. Pero podemos hacer aún más, inauditamente más, con tal de que sepamos cómo hacerlo y queramos hacerlo. A los redimidos toca, cuando estén realmente redimidos todos, iniciar una segunda y por ahora inimaginable redención. El dolor de Dios es él último misterio de nuestra fe; pero acaso su solución, aunque remota, nos haya sido confiada a nosotros, únicamente a nosotros.

V

DIOS Y EL DIABLO

20

El DIABLO Y EL ATEÍSMO

El Diablo no es ateo; todo lo contrario. Está convencido, aún más que nosotros, de la existencia de Dios, porque lo ha contemplado de cerca, porque lo ha visto actuar. Hasta puede afirmarse que conoce algunos dogmas de la teología cristiana mucho mejor que los teólogos, quienes con frecuencia deben confiar en la fantasía silogística para desentrañar ciertos misterios.

Y hemos de decir más: el Diablo no es, de ningún modo, partidario del ateísmo; al contrario, es probable que sea enemigo de los ateos. Él sabe muy bien que su poder está estrechamente ligado al del Señor de los Cielos.

Los hombres que no creen en Dios no se proponen ofenderlo o desobedecerlo; no cometen sacrilegios, y, si son coherentes, no se preocupan siquiera por blasfemar. Ellos, pues, ofrecen menos asidero al Diablo: están destinados a su reino; pero sin combate, es decir, sin el sabor de la lucha y de la victoria.

Podría decirse en cambio que Dios es ateo. La fe, en efecto, presupone una relación entre el creyente y el objeto de la creencia. Pero Dios es Aquel que es, y ningún otro ser existe por encima de Él. Tiene conciencia de sí mismo, pero no tiene eso que nosotros llamamos fe o creencia. Sólo a Dios, precisamente porque es Dios, le está permitido ser ateo.

Por el contrario, Satanás, que es una criatura, está obligado a creer en Dios: en un teísta. Puede combatir a Dios; pero, precisamente por eso, lo conoce, y lo reconoce como tal.

21

¿SATANÁS, COMO DIOS?

En todo el Antiguo Testamento, la palabra *Satanás* se empica con artículo, es decir, como nombre común; y significa, según sabemos, Enemigo, Adversario. Pero hay una excepción que merece ser destacada, aun cuando los comentaristas se desembarazan de ella con pocas palabras.

En el libro de las Crónicas (XXI, 1) se lee: “Levantóse Satanás contra Israel e incitó a David a hacer el censo de los israelitas.” En ese pasaje —el único— *Satanás* no aparece precedido por el artículo y designa por lo tanto a una persona determinada, es decir, al jefe de los rebeldes, precisamente al insidiador del hombre, al Antidios.

Aparece, en efecto, como un ser dotado de poder sobrehumano, ya que no sólo se levanta contra todo el pueblo de Dios sino que consigue además dominar la voluntad del Rey, de aquel David a quien Dios mismo había elegido como soberano, y que siempre está presentado como fiel servidor e inspirado cantor de Yahveh.

Satanás, pues, muestra aquí un poder igual al de Dios, ya que consigue sobreponerse a la inspiración divina en el ánimo de David, obligando a éste a hacer lo que el pueblo de Dios consideraba ilícito: un censo. En este episodio, Satanás aparece, aunque se aluda a él muy de pasada, como un ser casi divino capaz de contrarrestar el poder de Yahveh: como un vencedor de Dios.

Podría averiguarse qué razones habrían inducido a los hebreos a considerar obra satánica el reconocimiento numérico del pueblo. Pero lo que a nosotros nos importa es la prueba de que, por lo menos una vez, la Biblia admite en Satanás un poder casi divino. David no adora a Satanás; pero le obedece, aun cuando está fuertemente ligado a Yahveh.

A propósito de esto recordamos un versículo del *Corán* (XIX, 45), donde Abrahán dice a su padre Tare: "Padre mío: no adores a Satanás. En verdad, Satanás se ha rebelado contra el Misericordioso.” ¿También en Ur, también en la familia dé Abrahán, de aquel que habría de ser el padre del pueblo elegido existía, pues, la adoración de Satanás como divinidad?

22

¿DIOS IMITA AL DIABLO?

El Padre Lacordaire, dominico, uno de los más copiosos y triunfantes predicadores del Ochocientos francés, pronunció un día desde la ciudadela de Notre Dame estas palabras: ''Hermanos míos: Dios emplea a veces medios diabólicos.”

Tomo la cita de un libro de Léon Bloy y no he ido a confirmarla en las *opera omnia* del famoso predicador. Pero esas palabras de Lacordaire merecen —aun cuando no fuesen de Lacordaire— su pertinente apostilla.

¿Es admisible que Dios, el omnipotente perfectísimo, se rebaje hasta el punto de imitar las artes y las estratagemas propias del Demonio? ¿También Él se propone, aun cuando sea para fines santos, recurrir a trampas y losetas?

A primera vista la cosa resulta blasfema e increíble. Pero si recurrimos a una parábola del Evangelio no es difícil dar sentido razonable a la temeraria afirmación de Lacordaire. Es la parábola del Mayordomo Infiel, donde el amo (que significa Dios) afirma que “los hijos de este siglo son más sagaces que los hijos de la luz en el trato con sus semejantes” (*Lucas*, XVI, 8) y aconseja que se los imite. Los “hijos del siglo”, contrapuestos a los “hijos de la luz”, no pueden ser sino los discípulos y los secuaces de Satanás (“Príncipe de este mundo”); y de ese modo tenemos la ratificación de que la Segunda Persona de la Trinidad —es decir, Cristo— aconseja a los “hijos de la luz” que sigan, en ciertas ocasiones, el ejemplo del “hijo de las tinieblas”.

Hallamos la confirmación de ello en una famosa exhortación de Cristo a los Apóstoles: “Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.” (*Mateo*, X, 16.) Conocido es el sentido simbólico que esos

animales tienen en la Biblia; la Paloma es el Espíritu Santo; la Serpiente es el Demonio. También en este caso Dios aconseja a sus fieles que imiten la prudencia (astucia) de Satanás.

Toda la diferencia se reduce a un único punto: las artes de la Serpiente (Diablo) han de ser puestas en práctica para salvar a las almas y no para perderlas. Y Dios (es decir, Cristo) no puede aconsejar a sus amigos lo que Él mismo jamás querría hacer. Como se ve, el Padre Lacordaire tenía sus buenas razones cuando desde el más famoso púlpito de Francia enseñaba que a veces Dios puede servirse hasta de los “medios diabólicos”.

23

LOS DOS TENTADORES

Se considera al Diablo el Tentador por antonomasia; y en esto todos están de acuerdo. Según Heine, si la misión de Dios es perdonar, la de Satanás es tentar.

Pero en verdad ¿es *sólo* él, es él el *único* que pone a prueba la debilidad de las criaturas humanas? ¿No será Satanás, también en este arte, únicamente *simia Dei*? El Edén nos ofrece desde el principio un aparejo de tentaciones. En aquel feliz jardín hay dos árboles, que son los más apetecibles, los más codiciables, los más admirables de todos: el árbol del Conocimiento y el árbol de la Vida. Pero precisamente ésos, y solamente ésos les están prohibidos a la primera pareja. El Hombre y la Mujer saben cuál es la naturaleza y la virtud de esos árboles; pueden ver, entre las hojas, los frutos que cuelgan y que están allí al alcance de sus manos y de sus ojos; pueden admirarlos y tocarlos; saben y presienten que son los más preciosos de todos, y, sin embargo, son precisamente ésos, y únicamente ésos, los que no pueden comer. ¿Esa doble prohibición no parece una verdadera tentación? Si no quería que Adán lograse el conocimiento y la inmortalidad ¿no hubiera podido Dios abstenerse de poner esos árboles en el Edén o de colocar al hombre cerca de ellos? El había formado a Adán con sus manos y debía saber cuán frágil era la arcilla con que lo había hedió; ¿por qué exponerlo, entonces, a una prueba tan ardua y difícil?

El Hombre y la Mujer no supieron resistir, efectivamente, a la avidez de aquellos frutos; y cayeron miserablemente. Cierto: la tentación fue obra de Satanás; pero ¿es posible que a la Antigua Serpiente le fuese dado penetrar en el jardín y dirigirse a Eva a ocultas del Amo del Jardín y contra su voluntad? De Dios Adán había recibido en don la libertad; pero también de

Dios había recibido cuanto poseía y, por ende, también la posibilidad de la concupiscencia y de la desobediencia; también la debilidad de la carne y de la voluntad.

Dios se nos aparece, pues, desde la primera hora de la vida humana como un tentador. Y este su atributo está reafirmado en el Pater Noster, esa inerrante plegaria que el mismo Hijo de Dios enseñó a sus discípulos.

Todos conocen los últimos versos de esa sublime plegaria: "Y no nos induzcas a tentar, mas líbranos del mal.” (*Mateo*, VI, 13)[21] Todos repiten esas misteriosas palabras, sin darse cuenta bien de su inaudito sentido.

La plegaria, dictada por Dios, acude directamente a Dios, y es precisamente a Él, pues, a quien debemos pedirle que no nos induzca a tentar; el mismo Dios se reconoce Tentador.

Esto pareció tan inverosímil que se intentó traducir con otras expresiones ese versículo revelador. Algunos propusieron: “No nos expongas a la tentación”; o, si no: "No nos dejes sucumbir a la tentación.” Pero el texto está claro y no puede ser alterado con interpretaciones acomodaticias. El texto semítico, que corre por debajo del griego actual, no admite estas variantes; en efecto, la Vulgata traduce honestamente “ne nos inducas in tentationem”. Y, por lo demás, “exponer a la tentación” o "no nos dejes sucumbir” no excluyen una intervención de Dios, sino que, por el contrario, la presuponen: Él puede exponernos al peligro; Él puede permitir nuestra derrota. La palabra *peirasmós* puede entenderse, a lo más, como "prueba”, y no como incitación directa al mal, a semejanza de la "prueba” de los dos árboles. Pero someter a prueba a alguien —y a una prueba casi siempre difícil— no dista mucho de tentar, en cuanto concepto y en cuanto hecho.

Es cierto, sí, que inmediatamente después el orante agrega "mas líbranos del mal”; y los más antiguos intérpretes —Orígenes, Crisóstomo, Tertuliano— seguidos por muchísimos modernos, identifican el “mal” con el Maligno, es decir, con el Diablo. Pero estas últimas palabras, que encontramos en el Evangelio de San Mateo, faltan en el de San Lucas.

De cualquier manera, la Oración Dominical se cierra con dos imploraciones: Que Dios no nos induzca a tentar y que nos libere de las tentaciones del Demonio. Parecería, pues, que los Tentadores son dos.

Y no se puede decir que las "tentaciones de Dios” tienen que ser, necesariamente, opuestas a las de Satanás y, por ello, benéficas y santas. ¿Qué sentido tendrían en ese caso las palabras de la plegaria que claramente piden a Dios que no nos induzca a tentar? ¿Sería concebible que Cristo hubiese exhortado a los fieles a rechazar las incitaciones al bien?

Queda, por ello, el enigma de la naturaleza de esas posibles tentaciones divinas. ¿Aluden, tal vez, a las tentaciones que tienen su raíz en nuestra misma naturaleza —obra, en definitiva, de Dios—? ¿Son el pedido de una más válida fuerza de resistencia a las tentaciones diabólicas? Pero el "inducir”, que implica una acción sobre la voluntad humana, se opone a toda hipótesis inteligible para nosotros. Me parece que a los demás misterios en torno a los cuales viene esforzándose desde hace siglos la teología cristiana hay que agregar el "misterio de la tentación de Dios”.

24

SATANÁS COMO AGENTE DE YAHVEH

Hoy la mayoría cree que Satanás, después de la caída, quedó relegado al abismo y que por lo tanto jamás habrá de ser admitido a la presencia del Creador.

La verdad es muy otra. El Libro de Job nos revela que aun después de la expulsión del cielo hubo relaciones cordiales entre el Señor y el Insurgente. ¿Lo recordáis?

“Y aconteció que un día vinieron los hijos de Dios (es decir los Ángeles) y comparecieron delante de Yahveh, y vino también Satanás entre ellos."[22] Y Dios sin preocuparse por los demás, por los fieles, dirige en seguida la palabra al Maldito: “Y Yahveh dijo a Satanás: ¿De dónde vienes? El cual respondiendo, dijo: He rodeado la tierra y la he recorrido toda. Y dijo Yahveh a Satanás: “¿Por ventura has reparado en mi siervo Job?” Es inútil relatar lo demás, porque todos conocen la proposición de Satanás, que quería someter a prueba al piadoso patriarca para hacerle renegar de Dios. Yahveh acepta el escéptico y protervo desafío del Enemigo: “Y dijo Yahveh a Satanás: Todo lo que es posible está en tu poder; solamente no extiendas tu mano contra Él. Y salió Satanás de la presencia de Yahveh.”[23]

Conocemos al dedillo lo que sucedió después de aquel amigable coloquio. A nosotros nos basta aquí poner de relieve tres importantes verdades que pueden deducirse del texto inspirado.

La primera es que a pesar de su rebelión —acaecida muchos siglos antes de la época en que vivió Job— Satanás podía mezclarse con los Ángeles fieles (los “hijos de Dios”) y presentarse junto con ellos ante Aquel a quien había intentado derribar. Eso demuestra que Dios, en su infinita misericordia, conservaba aún su paterna indulgencia hacia. Lucifer. Dios, en

efecto, es siempre más magnánimo y amoroso de cuanto hacen suponer ciertos teólogos rigorosos y rigoristas.

La segunda es que Satanás, en cierto sentido, ya actuaba como inspector, “revisor” de Dios, entre los hombres, y que Dios escuchaba con benevolencia sus informes, sus juicios, sus acusaciones. Eso está confirmado por el santo profeta Zacarías que vio al Sumo Sacerdote de Joshuá ante el Ángel de Yahveh “y Satanás estaba a su derecha para oponérsele” (III, 1). El Diablo es, pues, un agente de Dios, reconocido por Éste: algo parecido a un investigador y a un acusador público; se lo diría casi un “procurador del Rey del Cielo”.

La tercera verdad, no menos importante, es que el Señor estaba dispuesto, en ciertos y determinados casos, a conceder a Satanás poderes semejantes a los suyos: “Todo lo que es posible está en tu poder.” Es un privilegio enorme que el Padre concedió únicamente al Hijo cuando Éste se encarnó en la tierra.

El libro de Job nos presenta, pues, en forma totalmente imprevista las relaciones entre el Juez Supremo y el revoltoso condenado. Será preciso tenerlo en cuenta cuando se discurra acerca de un posible regreso de Lucifer a su primer sitial de ángel perfectísimo.

Y, como veremos, las relaciones entre Cristo y Satanás fueron igualmente amistosas.

25

EL ENGAÑADOR ENGAÑADO

Se presenta siempre al Diablo como al burlador fraudulento, al pérfido artífice de cepos y losetas. Pero no siempre es eso. Un observador honesto y sin prejuicios está obligado a reconocer que ese maestro de engaños fue traicionado y trufado más de una vez. ¿El colmo de la justicia no consiste acaso en mostrarse ecuánime con los inicuos?

El Papa San Gregorio Magno —a quien también Santo Tomás cita a menudo como autoridad teológica— expone en sus *Moralia* (XXXIII, 13-41) una extraña teoría de la Redención fundada sobre una engañifa en perjuicio del Diablo. San Gregorio escribe: "Viniendo nuestro Señor Dios a la redención del linaje humano hizo de si como un anzuelo para la muerte del diablo; tomó cuerpo humanal en que este Behemot (el Demonio) desease por manjar para sí la muerte de la carne, y, como la codició injustamente en el Señor, perdió a nosotros que casi justamente poseía. Así que en el anzuelo de la encarnación divina fue prendido, porque, codiciando en el manjar del cuerpo (de Cristo), fue traspasado con el aguijón de la divinidad. Allí estaba la humanidad para traer a sí el tragador y allí la divinidad que le traspasase… Así que en el anzuelo fue prendido, porque allí pereció donde tragó. Y cierto es que conocía este Behemot al Hijo de Dios encamado, pero el orden de nuestra redención no lo sabía… Este Leviatán (el Diablo) fue preso con anzuelo; porque, cuando por mano de sus satélites mordió en nuestro redentor el manjar del cuerpo, luego le horadó el aguijón de la divinidad… Prendió este anzuelo la garganta de su robador y mordió al mismo que le mordía… Así que como a ave le escarneció el Señor cuando en la pasión de su unigénito Hijo le mostró el manjar y le escondió el lazo… Convenía que la muerte del justo,

injustamente muriendo, desatase la muerte de los pecadores que justamente morían.”[24]

El pensamiento de San Gregorio Magno está clarísimo. El Príncipe de este mundo, el Demonio, era, de resultas del pecado original, el legítimo propietario de los hombres. Para rescatar al género humano, Dios debía proceder de modo que el Diablo cometiese una injusticia de tanta gravedad como para que se le quitase, con justicia, lo que poseía. Y Dios —según San Gregorio Magno— recurrió al engaño: se valió del cuerpo humano de Cristo como de un cebo apetecible, para inducir a Satanás a vejarlo y hacerlo morir. El deicidio, consumado por los fámulos del Diablo, fue el acto irreparable que quitó a éste, *de jure*, el dominio sobre los hombres. Por amor a los hijos de Adán, Dios engañó, pues, a Satanás. El cuerpo humano de Cristo fue el bocado que lo llevó a tentar: Satanás no se dio cuenta del amaño y perdió la partida. El rescate del hombre se obtuvo gracias a un ardid en perjuicio del Adversario.

Esta teoría de la Redención fue abandonada por los teólogos que vinieron después de Gregorio Magno; pero el hecho de que un Santo Pontífice la haya concebido y sostenido prueba que, para la conciencia cristiana, es lícito engañar al gran engañador. Más aún: es Dios mismo en este caso quien planea la engañifa y ofrece Su propio Hijo así como el pescador ofrece el gusano a la voracidad del pez.

Iblis, el Diablo del Islam, acusa abiertamente al Creador de que lo haya engañado —pero por una razón diferente, como veremos, de la que imaginó San Gregorio—.

En la literatura medieval hay muchas leyendas en que el Diablo aparece burlado por los Ángeles buenos que consiguen escamotearle las víctimas a las que ya había echado el guante. El episodio de Buonconte da Montefeltro, en la *Divina Comedia* (*Purg*., V, 104 y sig.), podría ser un eco del tema del Diablo desilusionado, que a último momento pierde un alma a la que ya consideraba su presa.

Ben Jonson, en su comedia *The Devil is an Ass* (representada en 1616 e impresa en 1631), desarrolla otro tema: el Diablo Pug, enviado a la tierra para que demuestre su maldad, resulta vencido y engañado por las artimañas de los embrollones humanos, y regresa descornado al infierno.

Motivos semejantes aparecen en otros poetas isabelinos: en William Haughton (*The Devil and his Dame*, 1600) y en Thomas Dekker (*The Devil is in it*, 1612).

Pero el ejemplo más famoso, en la literatura, del Diablo defraudado, es el Mefistófeles de Goethe. Durante largos años se ha esforzado por satisfacer todas las ansias, puras e impuras, de Fausto; y está seguro, cuando éste muere, de atrapar, como presa legítima, el cuerpo y el alma del viejo doctor. Pero, como sabemos, Goethe hace descender del cielo coros enteros de ángeles que deshacen a las milicias de Mefistófeles; y éste no puede menos que reconocer su derrota. A despecho del Diablo, y contra todo derecho de propiedad, Fausto se salva.

“Esa alma excelsa que yo tenía en mi poder pignorada, me la han quitado de las manos con la mayor frescura. ¿A quién iré ahora a quejarme? ¿Quién me hará justicia en mi legítimo derecho?"

Pero Mefistófeles atribuye la derrota a la estupidez del Diablo más que al engaño que Dios urde por medio de los ángeles.

“Y si el experto y cauto ha podido incurrir en tales locuras infantiles, no es en verdad poca la locura que a su final se apodera de él.”[25]

Mucho se ha hablado acerca de la refinada e inigualable astucia del Diablo. Gregorio Magno y Goethe —un gran santo y un gran poeta— nos llaman la atención, en cambio, sobre su imbecilidad, que le ha hecho perder tantas presas preciosas. Las potencias del cielo se aprovechan de esa su estupidez para engañarlo, o sea, en definitiva, para imitar sus artes. Y por ello sus derrotas podrían ser consideradas, en cierto modo, desquites: para vencerlo, es preciso proceder como él.

26

EL DIABLO, DEUDOR DE DIOS

Otto Weininger, el joven hebreo, misógino y suicida, autor de *Sexo y Carácter*, ha comprendido mejor que algunos teólogos uno de los caracteres esenciales del Diablo. En uno de sus últimos aforismos encontramos este profundo pensamiento: “Toda la potencia del Demonio no es sino prestada; lo sabe, y por eso reconoce que Dios es Quien le provee de capital; por ello se venga de Dios; todo mal es una destrucción del acreedor; el delincuente quiere matar a Dios[26].

El odio del Diablo no nace solamente de su primer impulso a prescindir de Él, de Su gracia, de Su soberanía. Ese odio se acrecienta paulatinamente por el sentimiento de su eterna dependencia —aún después de la calda— con respecto al Creador. Si todavía es Príncipe, si le queda algún poder, algún dominio, el Demonio se lo debe únicamente a la voluntad de Dios, quien, para sus fines inescrutables, no lo ha aniquilado sino que le ha confiado un reino y una misión. La convicción de esa dependencia lo exaspera. No es capaz de agradecimiento; y es aún menos capaz que los hombres —y con eso se lo dice todo— de tener reconocimiento.

En él se da, por eso, el odio secreto y profundo del beneficiado hacia su benefactor, del deudor nada su acreedor; y de ahí su ansia por suprimir, o al menos herir al acreedor y benefactor.' Y por esta razón se empeña en empujar a los hombres al deicidio, es decir, a esos pecados que según los teólogos constituyen formas o conato^ de deicidio. Por esa razón colaboró en la Crucifixión del Gólgota; por esa razón instiga al asesinato, que es destrucción violenta de una criatura de Dios, de un ser creado por Dios, hecho a imagen y semejanza de Dios: deicidio intencional.

El Diablo es el acreedor rencoroso y vengativo que se vale de los hombres en sus tentativas por despojar y herir a Aquel a quien, aún en su condena, se lo debe todo, salvo su odio implacable.

27

EL DIABLO, REVERSO DE DIOS

De resultas de su rebelión, el Arcángel llamado Lucifer llegó a ser lo contrario de Dios, el Antidiós.

Dios es Amor, y Satanás es odio. Dios es Creación perpetua, y Satanás es destrucción; Dios es Luz, y Satanás es tinieblas; Dios es promesa de eterna Beatitud, y Satanás es la puerta de la condena eterna.

Pero esta oposición no es total, como a primera vista parece. Dios es omnisapiente, pero Satanás no es del todo ignorante: Santo Tomás de Aquino ha limitado la ciencia de los demonios, pero reconociéndola[27].

Dios es omnipotente, pero el Diablo no es del todo impotente, como lo demuestra el mismo Doctor de la Iglesia[28].

Dios se ha definido a sí mismo: Yo soy Aquel que es. El Diablo debería ser idéntico a la Nada, si fuese el opuesto absoluto de Él. Pero si fuese la Nada no podría actuar como actúa sobre los vivos y los muertos. Y habría que sostener, por entretenimiento dialéctico, que el Creador, habiendo creado el mundo de la Nada, lo sacó del Demonio y que la sustancia misma del universo sensible es diabólica.

Esta ilación es absurda; pero aún cuando se quisiese contraponer el Demonio, entendido como la Nada, a Dios, Ser absoluto, no se llegaría tampoco a destruirlo. Desde Fridugiso —en su tratado *De Nihilo et Tenebris* — hasta Bergson y Heidegger, los filósofos se han esforzado por insinuar que también la Nada es “algo”.

Hegel va más lejos, y afirma que el ser mismo, es, en su indeterminación, algo inefable “cuya diferencia con la nada es una mera intención”.

El Diablo no es, pues, lo totalmente opuesto al Creador: también él participa del ser; también él tiene un resto de potencia y de ciencia que lo colocan por debajo de Dios, pero por encima de los hombres. Como a las criaturas angélicas y humanas, el Creador le concedió libertad; y él la empleó en la forma que conocemos. Dios no pudo, si bien es omnipotente, impedirle usar en esa forma terrible la libertad que le había concedido: en el momento de la elección fatal, Satanás fue, en cierto sentido, un igual de Dios, ya que Éste no hubiera podido, aun cuando lo hubiese querido, oponerse a la libre decisión del Rebelde. Al menos por un instante —en aquel instante— la voluntad de Lucifer prevaleció sobre la potencia y sobre el amor del Padre.

VI

CRISTO Y SATANÁS

28

CRISTO Y SATANÁS

Las relaciones entre el Salvador del mundo y el Príncipe de este mundo no terminan con la tentación. Y vale la pena recordarlas porque demuestran que entre ellos no existió la absoluta enemistad que todos los cristianos imaginan.

Cuando Jesús desembarcó en el país de Gerasení, un hombre extraño salió desnudo de una tumba y en cuanto lo vio se adelantó a Él. Estaba poseído, como dice Marcos, de un espíritu impuro o, como resulta de Lucas, por muchos demonios que lo atormentaban. Se postró a los pies de Jesús, lanzó un gran alarido, y por su boca el demonio dijo así: “¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús, hijo del Dios Altísimo? Te conjuro, por Dios, no me atormentes." (*Marcos*, V, 7) Como sabemos por lo que en la narración sigue, Jesús no accedió a la imploración del demonio, y lo expulsó, con todos sus compañeros, del cuerpo de aquel desdichado. Pero las palabras más significativas de todo el episodio son las de la invocación del demonio, donde Jesús es llamado abiertamente “hijo de Dios Altísimo”.

Hasta ese momento, ni los mismos Apóstoles habían reconocido en Jesús al Hijo de Dios; la primera proclamación abierta de la divinidad de Cristo se hace, pues, por la voz de un hijo de Satanás.

Y en el Evangelio hay, además, otra prueba de que Cristo tuvo otros coloquios con Satanás. Un día, dirigiéndose a Pedro, le dice: “Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo; mas yo he rogado por ti que no falte tu fe.” (*Lucas*, XXII, 31-32)

Estas misteriosas palabras, pronunciadas en un momento solemne, no han sido suficientemente aclaradas por los comentaristas. ¿A quién ha pedido Satanás el zarandeo de los apóstoles? ¿Al Padre o —como sería más

natural— al mismo Cristo? ¿Y por qué le interesa tanto a Satanás, al Enemigo, que los Apóstoles sean zarandeados como se zarandea el grano, para desechar a los que no tienen fe suficiente en el Mesías? ¿Satanás los venía tentando, quizás, para que abandonasen al Maestro, y había tentado también al más ferviente de ellos, a Simón, llamado Pedro? No nos olvidemos de que una vez Jesús apostrofó precisamente a Pedro con el mismo nombre del tentador: “Quítateme de delante, Satanás.” (*Marcos*, VIII, 53)

Pero ¿en qué forma se había enterado Jesús del pedido de Satanás? ¿Por intuición divina o más bien porque Satanás le había hecho a Él mismo esa invitación?

De cualquier manera, Jesús no descuida ni desprecia esa sugestión del Diablo. Por el contrario, la toma en cuenta, pues Él mismo se resuelve a rogar al Padre para que la fe de Pedro, a despecho de toda vacilación, se mantenga firme. ¿No hubiera podido ignorar o rechazar, sin más, aquel pedido satánico del zarandeo?

Cristo no puede ser amigo de Satanás y, al contrario, dará a los discípulos el poder de aplastar a las serpientes y de expulsar a los demonios. Sin embargo, no se muestra enemigo acérrimo del Enemigo, aun cuando Satanás es su más decidido adversario. Hay, en el lenguaje y en la actitud, una diferencia que es preciso advertir. En Cristo, que es Amor absoluto, puede haber desdén, pero no odio.

29

¿EL DIABLO, HERMANO DEL VERBO?

El númida Lucio Cecilio Firmiano —famoso bajo el sobrenombre de Lactancio—, que vivió en la segunda mitad del siglo ni y a comienzos del IV, no tiene gran autoridad como teólogo; pero Tixéront, en su *Patrología*, dice de él que fue “un temperamento tranquilo, ponderado, amigo de la paz; un cristiano sincero que cumplió sin estruendo su deber".

En su gran obra apologética (*Divinae Institutiones*, II, 9) hallamos una noticia en verdad asombrosa y cuyo origen no conocemos bien. Según Lactancio, Lucifer habría sido nada menos que el hermano del Logos, del Verbo, es decir, de la Segunda Persona de la Trinidad. He aquí sus sorprendentes palabras; “Antes de crear el mundo, Dios produjo un espíritu semejante a Él, colmado de las virtudes del Padre. En seguida hizo otro, en el que se borró el sello del origen divino, emporcado por el veneno de los celos; y debido a ello pasó del bien al mal… Tuvo celos del Hermano mayor que, al seguir unido al Padre, se aseguró su afecto. Los griegos llaman Diablo a ese ser que de bueno que era se convirtió en malo.”

En el espíritu primogénito, colmado de todas las virtudes y a quien Dios amó por encima de todos los demás, es fácil reconocer al Verbo, es decir, al Hijo por excelencia. Pero el relato de Lactancio hace pensar que el otro Espíritu, también dotado de todas las gracias, era el segundogénito del Padre: el futuro Satanás sería nada menos que el hermano menor del futuro Cristo. Y Satanás no habría tenido celos del hombre —como sostuvieron San Cipriano, San Ireneo y San Gregorio de Nisa— sino del propio hermano. Los celos de Caín por Abel habrían sido prefigurados en el cielo, al comienzo de los tiempos, en los de Lucifer por el Logos.

Esta inaudita opinión de Lactancio no ha sido, que yo sepa, aceptada y repetida por ningún teólogo cristiano. Acaso haya nacido en él como exageración de una doctrina muy difundida entonces y también más tarde: la de que Lucifer fue el más luminoso y perfecto de los ángeles y, por lo tanto, el más próximo a Dios y acaso el que fue creado primero. Pero el más alto de los ángeles está siempre lejísimos, por naturaleza y por esencia, del Dios Uno y Trino.

Sea como fuere, es curioso que un cristiano docto y sincero pudiese enseñar en el siglo IV que Satanás era no sólo el primero de los Arcángeles, sino, sin más, el hermano de Dios.

30

JESÚS, MANO A MANO CON EL DIABLO

Los textos de Mateo y de Lucas concuerdan y son clarísimos. Jesús fue tentado por el Diablo durante cuarenta días, es decir, durante todo el tiempo que Él permaneció en el desierto. Las tentaciones especiales que los Evangelistas refieren —y que en seguida trataremos de comprender— sólo fueron las últimas, las tentaciones finales, las tentaciones de la penúltima hora.

El Diablo tentó al Hijo de Dios por espacio de cuarenta días. ¿Cómo podemos entender esas tentaciones? ¿Fueron carnales o espirituales? ¿Fueron ataques furiosos al solitario, o disputas intelectuales? Jesús no quiso revelarnos su naturaleza y nosotros no podemos, sin temor de cometer una irreverencia, arriesgamos a adivinarla. Pero de esa larga y empecinada persecución diabólica surge, patente, una verdad: Jesús no quiso rechazar al Diablo; Jesús toleró y soportó las repetidas tentaciones del Enemigo; Jesús aceptó en su soledad una sola y única compañía: la del Diablo. Era Dios, aunque en forma humana; y con una sola palabra hubiera podido ahuyentar de su lado al tenaz tentador. No lo hizo; no quiso hacerlo. Eso demuestra, me parece, que no desdeñaba aquella compañía, que 110 aborrecía la presencia del Arcángel Rebelde, que accedía a hablar con él, a escucharlo, a contestarle. Hay más. Jesús se había dirigido al desierto precisamente con ese objeto, precisamente para someterse a esa prueba. Lo afirma explícitamente el Evangelista. San Mateo: “Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado del Diablo.” (IV, 1) ¿En qué sentido debemos entender ese Espíritu que llevó a Jesús a la árida soledad y con ese preciso objeto? ¿Se trata del Espíritu del Padre? ¿O, más bien, del Espíritu Santo?

Pero, de todos modos, podemos sacar de esas palabras de Mateo una consecuencia que los comentaristas no han visto. Jesús había recibido el bautismo y estaba por dar comienzo a su misión pública. Antes de empezar su obra de Maestro, era necesario, sin embargo, que lo tentase el Diablo. Esa tentación era una prueba a la cual el Redentor no podía, pues, sustraerse. Era una condición de su tarea divina y una preparación a ella. Él es como una hoja que no ha de cortar perfectamente si antes no ha sido sometida al ardor de la llama.

Según los Evangelistas, pues, la tentación se nos aparece como una necesidad, como una vela de armas antes de proceder a la conquista de las almas. Por ello se considera al Diablo personaje necesario —aunque sea en el sentido de antagonista— de la tragedia de la Pasión. Sus tentaciones constituyen el insuprimible preámbulo de los suplicios futuros. Bajo, ese aspecto, el Diablo se nos aparece como un colaborador de Cristo.

31

LA PRIMERA TENTACIÓN DE JESÚS

La primera tentación que conocemos es la del pan. “Y no comió nada durante aquellos días —dice Lucas—; y acabados ellos sintió hambre. Díjole el Diablo: si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan.” (IV, 3-4) Corrientemente se dice que el tentador quiso aprovechar el hambre de Jesús para desafiarlo. Pero el pensamiento de Satanás es más sutil y complejo. Tal vez no estuviese completamente seguro de que Jesús era Hijo de Dios, y quiso pedirle un prodigio, una transmutación material; si Jesús lo hubiese cumplido, el Diablo habría disipado su duda. Pero Cristo no quiso realizar aquel milagro que para un Dios era una nadería. Hubiera podido transmutar en pan aquella piedra: pero no quiso hacerlo. Satanás demostraba tener un concepto completamente materialista de la divinidad, como si ésta consistiese esencialmente en el dominio de las cosas exteriores y visibles. Cristo quiso darle una lección. Para las hambrientas turbas del desierto multiplicará de buen grado los panes; para los convidados de Canaán transmutará el agua en vino; pero en cambio no quiere satisfacer al Diablo. Y le contesta con las famosas palabras: “Escrito está que ‘No de solo pan vivirá el hombre’.” Estas palabras figuran en el Deuteronomio (VIII, 3): “No sólo de pan vive el hombre, pues el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Yahveh.” El verdadero alimento del hombre es, pues, espiritual; las palabras que salen de la boca de Dios, es decir, de la Verdad, sustentan su vida. La réplica no podía ser más adecuada: el Diablo está sumido en la materia y es padre de la mentira; Jesús le contrapone el Espíritu y la Verdad. La primera prueba ha sido divinamente superada. Para cumplir su función hasta el fin, el Diablo ha de escogitar otras insidias.

32

LA SEGUNDA TENTACIÓN DE JESÚS

“Y le llevó a Jerusalén, y le puso sobre el alero del Templo y le dijo: si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque escrito está: ‘A sus ángeles ordenará acerca de ti que te guarden’; y que ‘en las manos te tomarán, no sea que tropieces con tu pie en alguna piedra’.” (*Lucas*, IV, 9-11) En esta segunda tentación hay dos cosas notables. Si el Diablo condujo a Jesús con tanta rapidez a Jerusalén y pudo colocarlo en la más alta cima del Templo, tiene que haberlo llevado en vuelo: el Diablo aun disponía, pues, de sus alas de Arcángel.

La segunda es que para adaptarse al estilo de Jesús, el Diablo cita las palabras de la Escritura. Da pruebas, pues, de que conoce de memoria el texto sagrado, ya que su cita está tomada literalmente de un salmo (XCI, 11-12).

Satanás, siempre en dudas, pide otro prodigio. Después de la prueba de la transmutación, la prueba de la levitación. Jesús tiene que dejarse caer de la más alta cima del Templo y llegar a tierra sin dañarse. Satanás sigue no entendiendo: como los rudos judíos, pide una señal, un milagro material.

Pero también en esta segunda tentación se revela la verdadera naturaleza del Diablo, que tiende a arrastrar hacia abajo. No le pide a Jesús que se eleve en el cielo —como Él hará luego en la Ascensión— sino que se precipite de arriba abajo, es decir que *descienda* y no que *suba*. Quería que lo imitase.

Tampoco esta vez quiso Jesús acceder a aquella prueba ridícula y humillante y se limitó a contestar con otra expresión de la escritura: “No tentarás al Señor Dios tuyo.” (*Deuteronomio*, VI, 16) Con estas palabras Jesús confirma que Satanás puede tentar hasta a Dios, reconocimiento cuyo

significado e importancia veremos en otra ocasión. Y al mismo tiempo le revela al tentador Su verdadero ser, es decir Su naturaleza divina, aplicándose a sí mismo las palabras que el Deuteronomio atribuye a Yahveh. Creo que nadie ha notado que Cristo hizo la *primera* confesión de su propia divinidad al Diablo, precisamente a quien osó desafiar a Dios, a quien “alzó las cejas contra su Hacedor”, como con estupenda imagen dijo Dante. En el momento del bautismo, una voz había proclamado a Jesús verdadero Hijo de Dios; pero era una voz que había descendido del cielo, y no la misma voz de Jesús. Aquí, en cambio, es el mismo Cristo quien afirma que es Dios; y se lo afirma, antes que a los demás, al Adversario vencido. Más tarde se lo dirá también a los hombres; pero no debemos olvidar que se lo dijo, y con las mismas palabras de Dios, al Adversario que dudaba de ello.

33

LA TERCERA TENTACIÓN DE JESÚS

La tentación más reveladora es la tercera. El Diablo lleva en vuelo otra vez, quizás en hombros, al anacoreta hambriento y lo transporta a la cúspide de un monte. “Y habiéndole llevado a un sitio alto, le mostró todos los reinos de la tierra en un instante, y díjole el Diablo: ‘Te daré toda esta potencia y la gloria de ellos, puesto que a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy: si, pues, Tú te postrares delante de mí, será tuya toda’.” (*Lucas*, IV, 5-8) Aquí se manifiesta con luz franca el fondo más hondo del ánimo de Satanás. Aquí no es un jactancioso ni un usurpador. En verdad, Dios lo ha hecho “príncipe de este Mundo”; y es cierto que esos reinos que se extienden entre montañas y mares son suyos, pues, bien suyos. Puede, pues, entregárselos a quien quiera, cederlos o darlos en trueque. Pero ese universal dominio terreno no le basta, no lo consuela lo suficiente del arrogante y fracasado sueño de otra dominación muy distinta. No quiere reinar, sino ser adorado; no le basta ser el monarca de la tierra: quiere ser un Dios ante el cual hasta el Hijo de Dios haya de postrarse. Y por ello está dispuesto a abandonarle a Jesús el imperio del mundo, con tal de que Él reconozca su divinidad, lo adore de rodillas, le acuerde, en fin, lo que viene deseando desde el lejanísimo día de la rebelión contra el Creador. Si Jesús es en verdad Hijo de Dios y accede a prosternarse en acto de adoración, Satanás obtendrá por fin su desquite. Renuncia al Principado, pero para lograr paridad con Dios. Ese es el trueque que le propone a Jesús, y al mismo tiempo la prueba de que su antiguo anhelo subsiste tercamente, y la confirmación de su ciega e insolente estupidez. ¿Cómo podía ocurrírsele que Cristo, el Primogénito del Padre, que había descendido a la tierra para rescatar a los hombres convertidos en vasallos de Satanás, habría de dejarse

tentar por el ofrecimiento de esos reinos y habría de poder adorar, genuflexo, al enemigo de Dios y del género humano?

También esta vez Jesús replica con una cita del antiguo testamento: “Y respondiendo Jesús, le dijo: —Escrito está: ‘adorarás al Señor Dios y a Él solo darás culto’.” (*Deuteronomio*, VI, I3) Es una de las afirmaciones del monoteísmo judaico, que se contrapone netamente al dualismo iránico. Ni siquiera Satanás admitiría ser un Dios junto a otro Dios; quisiera estar solo; y el viejo Dios, desposeído, debería ser el primero que se postrase ante él.

Después de esa tercera repulsa, el Diablo dejó solo a Jesús; pero no para siempre. Habría de regresar una vez más, en hora más propicia. “Y habiendo dado fin a toda tentación, el Diablo se retiró de Él hasta otro tiempo oportuno.” (*Lucas*, IV, 13)

34

DEL MODO EN QUE CRISTO SUBLIMÓ LAS TENTACIONES DEL DIABLO

Jesús rechazó, pues, las tentaciones del Diablo: pruebas que eran, además, el prólogo necesario —impuesto por el Espíritu— de su actividad liberadora. Pero es bueno advertir que Jesús no da señal alguna de animosidad o de cólera contra el Tentador. Le contesta con frases breves, serenas; no con frases suyas, sino con aquellas con que el Padre ya había inspirado a sus amanuenses terrestres. En la actitud de Jesús no hay nada que haga pensar en repugnancia, en repulsión, en horror. Cristo no es un amigo de Satanás, ni podía serlo. Rebate seca y resueltamente sus proposiciones, pero después de haberse confiado dócilmente al enemigo que lo lleva en vuelo a la cima de la montaña y a la cima del Templo. Hubiera podido huir, hubiera podido injuriarlo —como hará más tarde con los fariseos y con los mercaderes—; hubiera podido fulminarlo con un solo movimiento de su mano. El Hombre-Dios se comporta de modo más humano y divino. Tolera pacientemente, durante cuarenta largos días, su compañía; escucha, sereno, sus propósitos; replica a sus palabras, con otras precisas. Eso confirma que las relaciones entre Dios y Satanás no han quedado totalmente interrumpidas luego de la caída, y que Cristo está dispuesto a impartirle Su enseñanza como se la imparte a los hombres.

Se podría ir más lejos. Se podría pensar que Cristo no olvidó las tentaciones de Satanás, y que quiso, en seguida, hacerlas efectivas por su propia cuenta, si bien en forma muy distinta e infinitamente más sublime. Piénsese en la primera tentación. El Diablo pide una transmutación, un milagro: que las piedras se conviertan en pan. Cristo no quiso realizar ese

milagro; pero después, cuando se halló en la vigilia de la muerte, anunció y efectuó, por los siglos de los siglos, una doble transmutación: esa misma a la que asistimos todos los días. Hizo que el pan se convirtiese en Su carne; hizo que el vino se convirtiese en Su sangre. ¿La transustanciación no es acaso una respuesta —divina respuesta— al primer pedido de Satanás?

La segunda tentación fue, como hemos visto, una invitación a precipitarse desde lo alto. Jesús no se dignó realizar aquel fácil portento; pero más tarde, cuando hubo dado a los Discípulos la prueba de su resurrección de entre los muertos, quiso levantarse en el aire. Pero en vez de volar, como se lo había pedido Satanás, de arriba abajo, hizo lo contrario: se elevó de la tierra al cielo. Al descendimiento que le propuso el Tentador contestó triunfalmente con la Ascensión.

En la tercera tentación, el Diablo ofrece a Jesús todos los reinos de la tierra "y su esplendor". Jesús no ha querido nunca ser monarca. Una vez que quisieron hacerlo rey —cuenta Juan (VI, 15)— se escondió y huyó. Y a Pilatos, que lo interroga, contestará con las famosas palabras: "Mi reino no es de este mundo."

Sin embargo, Jesús ha querido igualmente ser emperador de todos los pueblos. Ordenará a los Apóstoles y a los Discípulos que vayan a todos los países de la tierra llevando Su mensaje. Quería —y aún lo quiere— apoderarse de todas las almas de los hombres, ser reconocido y adorado en todas partes como Señor. Nada le importan los cetros, las coronas y las riquezas de los Príncipes; pero quiere conquistar ese "esplendor" más real y más cierto que aparece o puede aparecer en los espíritus humanos. Cuando sea el Dominador de todas las almas, de los habitantes de todos los reinos de la tierra ¿no habrá llegado a ser, en verdad, más rey que los reyes, más emperador que los emperadores? Éstos sólo poseen las tierras, las casas, las vestiduras, los cuerpos de los súbditos; pero cuando la Ciudad de Dios llegue a ser tan grande como el mundo, Cristo será más poderoso que los poderosos, porque poseerá las almas, a las cuales todas las formas de vida obedecen.

Una tras otra, las tentaciones del Diablo quedan o quedarán sublimadas y transfiguradas por Cristo, con un sentido nuevo, en un orden inefablemente más excelso. Las burdas trampas de Satanás se convierten,

para vergüenza y a despecho de éste, en realidades divinas. Pero quizás la torpeza materialista de las tres tentaciones no sea totalmente ingenua y sí signo de refinada malicia. Según el testimonio divino y humano, Satanás es un espíritu astuto, y no hubiera propuesto aquellos prodigios, más dignos de un mago que de un Dios, si no hubiese tenido una intención más pérfida. No estaba totalmente seguro de que el Hijo de María fuese el Hijo de Dios; y pensó qué Éste, si hubiese realizado los prodigios que él le sugería, habría revelado su naturaleza inferior, demasiado humana, y habría quedado disminuido ante sus ojos y le habría dado la prueba de que en aquel solitario famélico no se hospedaba la Segunda Persona Divina. Jesús dio a Satanás la prueba de Su divinidad, al rehusarse a cumplir aquellos milagros; y, como hemos visto, sólo más tarde se inspiró en aquellas tentaciones, pero respondiendo a ellas en forma totalmente distinta, con esa elevación de estilo propia de un verdadero Dios.

35

¿LOS DEMONIOS CRUCIFICARON A CRISTO POR IGNORANCIA?

En la Primera Epístola de San Pablo a los Corintios (II, 7-8), leemos una noticia sorprendente, digna de que se la medite: “Hablamos sabiduría de Dios, encerrado en el misterio, la escondida, la que predestinó Dios antes de los siglos para gloria nuestra; la cual ninguno de los príncipes[29] de este mundo conoció, que, si la conocieran, jamás al Señor de la gloria crucificaran.”

En el lenguaje de San Pablo los “príncipes de este mundo” son, desde luego, los Demonios; éstos, pues, habrían hecho crucificar a Jesús; pero si hubiesen conocido el secreto designio de Dios, anterior a los siglos, es decir, al tiempo, no lo hubieran hecho crucificar. Y aquí surgen las dificultades.

Los Demonios, antes de ser tales fueron Ángeles; y sabemos que, según muchos teólogos, a esos primeros seres, íntegramente espíritu, les fueron comunicados los más profundos misterios de la idea divina. Esto es tan cierto que, según algunos, la rebelión de Satanás fue provocada por los celos —cuando supo que sería creado el hombre y que Dios habría amado a esa criatura hasta el punto de transformarse en víctima para salvarla—.

Pero, según San Pablo, los Demonios no habrían conocido los otros misterios de la Mesianidad y de la Encarnación, ni hubieran podido conocerlos; y sólo en razón de tal ignorancia habrían hecho crucificar al Hijo de María.

Pero si eso es cierto ¿no podría repetirse para los demonios la plegaria del mismo Cristo en el Calvario: “Padre, perdónalos, porque no saben lo

que hacen”? La ignorancia, cuando se debe a voluntad divina, como para el caso de los demonios lo afirma el Apóstol, no puede ser ni pecado ni culpa. ¿Habrá que llegar entonces a la suprema paradoja de afirmar que en la tragedia de la Pasión el único inocente fue el Diablo?

36

EL BESO DE JUDAS

Un poeta italiano, todavía mal conocido, o desconocido, Ferdinando Tirinnanzi, el autor de *Catilina* y de *Canossa*, fue el primero en plantearse, hace muchos años, el problema del beso de Judas. ¿Por qué el traidor eligió ese procedimiento inaudito para indicar la víctima a los hombres armados que irrumpieron de noche en el huerto de Getsemaní? ¿No había otros procedimientos más simples y naturales para obtener el mismo fin? Los Evangelistas dicen concordantemente que la noche de la Cena, Satanás entró en Judas. Judas estaba, pues, poseído por Satanás: era, en ese momento, la piel y la forma humana de Satanás. Judas que besa a Cristo, es Satanás que besa a Dios. En la tragedia de la Pasión hay entonces otro encuentro entre el Redentor y el Adversario: un contacto físico, pero no sólo físico.

¿Cuál es, pues, el verdadero sentido de ese beso, de ese último beso que Jesús recibió? Jesús sabía que en Judas estaba Satanás; sin embargo, cuando lo vió adelantarse en la sombra, lo llamó con el dulce nombre de “amigo”: “¿Amigo, a qué has venido?” (*Mateo*, XVI, 50)

Ferdinando Tirinnanzi intentó resolver el misterio. Dirán que se trata de una fantasía de poeta; pero ¿acaso los poetas no supieron penetrar con frecuencia en los secretos divinos más profundamente que los doctos escribas? Y ahora le cedo la palabra:

“El momento supremo de la Pasión sufrida por Cristo, el fin a que tendió el Eterno con sus angustias en el Tiempo, fue el beso de Judas. Sobre todo por ese beso descendió Dios y se encamó en la tierra.

“Releamos al Evangelista (*Juan*, XIII, 26-27). Era la última Cena: Jesús estaba sentado a la mesa con los suyos: ‘Y mojando el pan, se lo dio a

Judas, hijo de Simón Iscariote. Y tras el bocado, entró en él Satanás. Y Jesús le dijo: Lo que haces, hazlo presto.’

"¿Qué potencia superior a la humana y a la diabólica había en aquel bocado y en aquella orden? Nosotros sólo sabemos que Satanás estaba allí, aprisionando una carne que habría de hacerse traidora con un beso; y él, que aprisionaba, estaba, allí, aprisionado. La orden divina estuvo dirigida a él, al Adversario, no a Judas; y ésa, no otra, fue la forma de la traición. Era necesario que así fuese: sólo por eso el Infinito se había arrojado en la artesa de lo Finito. No había otra manera de que los labios de la tiniebla tocasen los labios de la luz; para que el odio besase al amor. Y el odio se adelantó, como lo representa el Giotto en la figuración de los Scrovegni. Recordémosla: la pupila del Redentor son dos rayos quietos, inflexibles, que se dirigen, para perforarla, a la sombra de piedra; y esa piedra, viva, en forma de hombre, es atraída por una fuerza invencible; pero no lo sabe. Los rayos han llegado hasta ella, pero la piedra sigue resistiendo y los rayos permanecen fijos, seguros de que un día la sombra y la piedra, gozosamente, se sentirán traspasadas.

…….

"Así fue como Satanás tuvo que besar a Dios. En cuanto tocó, con los labios de aquel en quien estaba, la Esencia divina, un estremecimiento insospechado le recorrió hasta las últimas fibras. ¿Terror? ¿Desesperación? ¿Desmayo? No hay palabra humana que pueda decirlo. ¿Protervia titánica? ¿Nostálgica e inalcanzable beatitud? Y, si se la alcanzaba, ¿anonadamiento del yo?… ¡Era preciso huir! Tiró, como se tira un trapo, el cuerpo en que se había escondido; y como un trapo quedó colgado de una rama. Enloquecido, el Traidor, amorosísimamente traicionado, irrumpió: oscureció los cielos, hizo estremecer la tierra; con espinas, con lanzas, con hiel, escarneció en la cruz el Cuerpo que tenía aquel rostro y aquellos labios. ¿Qué demencia más ciega que ésa? Las formas, los sentidos, el cuerpo, ¿no son su reino? ¿No venía a enfurecerse, pues, consigo mismo?; ¿no venía a abatirse contra sí mismo?… Pero ¿qué más se puede hacer cuando ya no es posible nada más? Volverse en seguida contra sí mismo; desgarrarse, despedazarse… ¿Y después? Después, sucumbir. Pero en los miembros lasos, entre los amargos grumos de sangre, hay aún un poco de

carne intacta donde con Judas puso su beso: la desgarrada noche tiene una estrella, un signo indeleble. De pronto/esa estrella se agranda desmesuradamente, inunda, triunfa; y, desde el abismo, un llanto, un grito: '¡Padre!, ¡perdóname! ¡Bésame, Padre!' "Entonces, en lo alto, los brazos que el odio había clavado dejándolos abiertos como para el abrazo, se desprenderán en claridad radiosa de la cándida cruz, descenderán para envolver al suplicante exánime, al desalmado mundo: 'Ven. ¡Te he esperado tanto, como el padre al hijo pródigo! ¡Lloré tanto por ti! Sólo te pido esto: mírame, olvida. Y ahora, ahora que has vuelto adonde antes estuviste, a la Luz y al Amor, ahora verás y sabrás todo lo que el pensamiento quiso saber y nunca supo.'

"'Y en la creación que por un instante se ha detenido, otra vez un canto, un canto imperecedero'."[30]

VII

EL DIABLO Y LOS SIERVOS DE DIOS

37

EL DIABLO Y MIGUEL ÁNGEL

En la Epístola Católica de San Judas hallamos un relato que ilumina con luz insospechada las relaciones entre Satanás y las jerarquías angélicas.

“Cuando el Arcángel Miguel, disputando con el Diablo altercaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a fulminarle sentencia de blasfemo; mas dijo: Te castigue el Señor." (*Judas*, XX)[31]

Ante todo sorprende la noticia de que el Diablo pudiese invocar derechos sobre el cadáver de Moisés, nada menos que sobre Aquel a quien Dios mismo le había hablado cara a cara. Pero más aún asombra la respetuosa actitud del ángel que heroicamente había abatido al rebelde Satanás.

Miguel era el vencedor, el capitán de los ángeles fieles; sin embargo, no se atreve a insultar al Diablo, que ya ha sido condenado por Dios y precipitado en el abismo. "¡Oh gran bondad de los Antiguos Arcángeles!" Podía fulminarlo con palabras como ya lo había herido con su espada flamígera; y, en cambio, se limita a decir que el Señor lo castigará.

Esa suavidad, por parte del gran Adversario del Adversario, ha de deberse sin embargo a alguna razón; y merece que se medite en ella. Podría ser la confirmación de una hipótesis —fundada en no pocos indicios—, según la cual las relaciones entre los Ángeles y Satanás, aún después de la caída, no fueron tan malas como muchos creen.

38

SATANÁS Y MOISÉS

El médico lombardo Giovanni Rajberti —fino y no olvidado escritor— quiso exponer, en su *Viaggio di un ignorante* (1857), sus impresiones sobre el Moisés de Miguel Ángel, y entre, otras cosas observó: “Ese coloso tiene majestad; lo admito: pero esa *orrida maestà nel fero aspetto*[32] con que el poeta se propuso describir a Satanás.”

La comparación de Rajberti no es, por extraña que resulte, un simple capricho, y puede ser desarrollada más allá de la alusión al Pluto de Tasso y a la obra de Miguel Ángel.

Buonarroti representó al liberador del pueblo hebreo en actitud de tal desdén y enojo que la estatua tiene realmente reflejos demoníacos.

El escultor no se olvidó de los cuernos, atributo común a Moisés y al Diablo. Pero hay, entre el Profeta y el Rebelde, otra semejanza y otras relaciones posibles.

El primer rasgo de Moisés fue, como cuenta el Éxodo (II, 11-15), el de matar a un egipcio y sepultar su cadáver en la arena del desierto. En su disputa con los magos egipcios, Moisés se nos aparece como un taumaturgo dotado de poderes infernales. Cuando los' hebreos fueron atacados en el desierto por las serpientes furiosas, el enemigo de la idolatría levantó, para curarlos, una serpiente de bronce. Se trataba de un acto de caridad, ordenado por Dios; pero es preciso no olvidar que desde las primeras páginas de la Escritura la serpiente es símbolo y encarnación de Satanás. Además, Moisés puede, a semejanza de Satanás, sumergirse, incólume, en el fuego: recuérdese la Zarza Ardiente.

Pero se puede ir aún más lejos. San Pablo Apóstol escribió: “Yo no conocí el pecado sino por la Ley… porque sin la Ley el pecado estaba

muerto.” (*Romanos*, VII, 7-8) Si, como dice San Pablo, el pecado está muerto sin la ley, quien promulgó la ley —es decir Moisés— contribuyó a introducir el pecado en el alma de los hombres.

Se dirá que el gran Salvador y Legislador de los hebreos no fue, en todo esto, sino el mandatario y el instrumento de Yahveh. Pero eso no quita que en la figura y en la acción de Moisés haya rasgos que forzosamente nos recuerdan a Satanás: la sangre de la venganza, los cuernos en la frente, la serpiente, la familiaridad con el fuego, el sentido del pecado. Ahora se entiende mejor el relato de Judas que hemos recordado, y del que resulta con claridad que a Satanás le asistían derechos al cuerpo de Moisés muerto, que le disputaba al Arcángel Miguel. Las innegables afinidades entre el enviado de Dios y el Adversario de Dios podrían constituir una prueba más de que las relaciones entre el Creador y el Tentador no son siempre tan netamente antagónicas como hace creer una tradición demasiado simplista.

39

EL DIABLO Y LOS SANTOS

"En una de las más famosas obras de San Juan de la Cruz —la *Noche oscura del alma*— nos encontramos (libro II, cap. XXI) con una teoría que ilumina con luz insospechada e inquietante las relaciones entre el Diablo y los Santos.

El místico supremo —proclamado Doctor por la Iglesia— enseña que la Fe, cuando es plena y perfecta, envuelve al alma con una túnica tan cándida y resplandeciente que el Demonio no consigue siquiera verla y nada puede, por eso, contra ella. Esa vestidura, afirma el doctor místico, es de tal naturaleza que al Demonio le resulta más que tiniebla. Por ello quien posee esa fe no puede hallarse expuesto jamás a las insidias y a las agresiones del Diablo.

Pero entonces ¿por qué todas las vidas de Santos están llenas de relatos sobre las tentaciones del Demonio? Algunos han llegado hasta a creer que Satanás se encarniza sobre todo contra los Santos, y que los hombres comunes no sufren tantas tentaciones como quienes viven únicamente en Dios.

Aquí hay una contradicción que sólo los teólogos podrían, a fuerza de sutiles silogismos, suprimir. O la opinión de San Juan de la Cruz es falsa, y entonces se acusaría de error doctrinal nada menos que a un Doctor de la Iglesia; o es cierta, y entonces deberemos concluir que ningún cristiano, ni siquiera los Santos más famosos, tuvo jamás una fe tan blanca, es decir, tan íntegra y segura, como para pasar inadvertido a las miradas del Diablo. Ni al mismo Juan de la Cruz le faltaron las tentaciones sensibles del Demonio, como lo muestran algunos episodios de su vida. Así, pues, ni siquiera el que

quiso enseñar la unión perfecta con Dios llegó a poseer esa alba túnica de la fe que nos hace invisibles a los ojos del Diablo.

40

EL DIABLO EN HÁBITOS SAGRADOS

El burgo de Montfort-l'Amaury —a diecinueve kilómetros del famoso castillo de Rambouillet en Seine-et-Oise— es célebre sobre todo por su catedral, erigida entre el Cuatrocientos y el Quinientos. Una de las vidrieras de colores de esa catedral representa la tentación de Jesús en el desierto; para asombro de quienes lo miran, el Diablo aparece con ropas de santo ermitaño, con sayal y capucho, y con aspecto de viandante devoto más que de tentador. La única alusión a su naturaleza infernal se advierte en el color rojo de las calzas. La vidriera es obra del siglo XVI, y contemporánea, tal vez, de las primeras escaramuzas herejes. ¿Quiso el anónimo pintor vidrierista insinuar maliciosamente que en aquellos tiempos inquietos y corrompidos el Diablo se ocultaba gustoso bajo las ropas de los monjes y de los frailes?

Es cierto que a través de toda la historia cristiana —desde los eremitas de la Tebaida al cura de Ars— el demonio tuvo siempre comercio con los hombres de Dios, con religiosos y con ascetas, ya fuese como persecutor y tentador, ya fuese como molesto huésped de sus almas.

Dejando la Edad Media, que nos ofrece documentos numerosísimos pero no siempre irrefutables, vayamos, sin salir de Francia al "Gran Siglo". Uno de los más famosos casos de posesión demoníaca es el del Padre Jean Joseph Surin, docto jesuíta, nacido en Burdeos, en 1600, a quien debemos obras de profunda piedad como el *Cathechisme spiritual* (1661) y los *Fondements de la vie spirituelle* (1669).

Este pío jesuíta era un excelente exorcista y por ello se lo llamó para exorcizar a las famosas ursulinas de Loudun, implacablemente perseguidas por obsesiones diabólicas. El P. Surin cumplió su tarea y consiguió liberar a

algunas monjas obsesas; pero entonces el Diablo la emprendió con él, vengándose cruelmente.

Disponemos, en una carta escrita el 3 de mayo de 1635 al P. D'Atticliy, jesuíta de Rennes, del testimonio precioso del mismo P. Surin. El pobre exorcista le cuenta a su cofrade que se ve continuamente acompañado y dominado por varios diablos, y sobre todo por el tremendo Leviatán que, con Lucifer y con Belcebú, constituye la trinidad infernal.

"Pocos de mis actos son libres —cuenta el pobre jesuíta—; cuando quiero hablar me cortan la palabra; en la misa me interrumpo de golpe; en la mesa no puedo llevar el bocado a la boca; en la confesión olvido de pronto mis pecados; y siento que el Diablo va y viene en mí como en su casa. En cuanto me despierto, ya está ahí; en la oración, anula mi pensamiento cuando se le antoja; si mi corazón comienza a dilatarse, lo inunda de cólera; me duerme cuando quiero permanecer despierto; y, públicamente, por boca de su poseído, *se jacta de ser mi amo, cosa que de ningún modo puedo contradecir*…"

Se trata, pues, de una "posesión" diabólica en toda regla. El Diablo ocupaba el alma y dominaba la vida del desdichado exorcista, casi sin oposición. Y la posesión no fue breve: duró nada menos que veinte años, con rarísimas y efímeras pausas. El Demonio era amo del alma y del cuerpo del P. Surin hasta el punto de que una vez lo obligó a arrojarse por una ventana haciendo que se rompiera una pierna.

Como sabemos, el P. Surin no tenía nada de satanista, y el ocultismo lo horrorizaba. Era, por el contrario, un enemigo acérrimo de Satanás a quien se esforzaba por expulsar con fórmulas sagradas; y no podía sentir complacencia alguna hacia el Enemigo de Dios y de los hombres. A pesar de eso, Satanás residió en él durante veinte años; y únicamente la vejez pudo, al llegar, liberar de aquella horrible dominación al desventurado jesuíta. Porque el Demonio no se limitó a perseguir y tentar al P. Surin, como con frecuencia sucede entre la gente de Iglesia y entre los enamorados de Dios, sino que realmente lo "poseyó", es decir, habitó en él.

La primera causa que se nos ocurre para explicar semejante caso es la venganza: el Diablo quiere desquitarse del exorcista que es su declarado adversario. Pero acaso no se trate solamente de venganza.

Es preciso no olvidar que Satanás es, ante todo, el enemigo de Dios, y que es su odio lo que lo lleva a esforzarse por quitarle a Dios sus más fieles servidores* Su obra maestra consiste precisamente en ocupar el lugar de Dios en el alma de quienes en la tierra siguen y aman a Dios. Es su gran triunfo, la más anhelada compensación por su caída. Y como por naturaleza es maligno y escarnecedor ha de saborear una intensa y profunda voluptuosidad cuando consigue enseñorearse de un religioso, cuando logra pavonearse por los caminos de la tierra bajo el sayo de un cenobita, o bajo la vestidura talar de un sacerdote de Cristo.

41

¿DOS PAPAS EN RELACIONES CON EL DIABLO?

En todas las épocas el Diablo contó entre los hombres con muchos amigos. Y entre esos hombres figuraron, si hemos de dar crédito a antiguos testimonios, nada menos que dos pontífices de la Iglesia Católica.

El primero es Juan XII —hijo de Alberico II y nieto de la afamada Marozia—, papa de 954 a 964. Subió a la sede de Pedro cuando aún era muy joven, y su vida estuvo bien lejos de ser ejemplar. En la *intimatio* que el Sínodo romano de 963 convocado por el Emperador Otón le hizo para que compareciese a justificarse, se leen, entre otras, estas palabras: "Sabed, por tanto, que no algunos sino *todos, laicos y sacerdotes*, os han acusado de asesinato, de perjurio, de profanación de iglesias, de incesto con vuestros padres y con dos hermanas. Otras cosas declararon, que repugna oír: a saber, que *habéis hecho, al beber, brindis al Diablo* (diaboli in amorem), y que, mientras jugábais, habéis invocado a Júpiter, a Venus y a otros demonios (ceterorumque daemonorum)[33].

Las acusaciones son graves y proceden de enemigos de Juan XII; pero es preciso reconocer que no todo podía haber sido inventado del principio hasta el fin, tratándose de un documento que había sido redactado por un Sínodo del que formaban parte Cardenales y Obispos, y que trae Liutprando, hombre docto y Obispo de Cremona. Lo que sabemos de las costumbres de la Roma del siglo x —y en modo especial del padre de Juan XII, Alberico II, y de la abuela Marozia— hace bastante verosímil que Juan XII estuviese bien lejos de ser un santo. Y» también es posible que alguna vez, víctima del vino, haya brindado a la salud del Diablo y que haya

invocado a aquellos dioses paganos que en la Edad Media se habían convertido en demonios.

De otro Papa, posterior y más célebre, Silvestre II, se dijo que tenía comercio con Satanás. Gerberto d'Aurillac había residido y estudiado en España mucho tiempo; y durante la Edad Media en Toledo las ciencias mágicas florecían. Silvestre II, Papa de 999 a 1003, fue desde luego un hombre doctísimo, no sólo en teología; y probablemente su pericia en muchas ciencias, aun en las profanas, le procuró fama de mago. Había sido discípulo de Teofilacto —después Papa Benedicto IX— que según se decía adoraba a los demonios y con su ayuda seducía a las mujeres. Ya en el poema —escrito en 1006— de un contemporáneo suyo —el famoso Adalberón, Obispo de León— se alude a la magia de Silvestre II. Pero el primero que trata ampliamente de las relaciones de Gerberto con el Diablo es Beño, o Benón, a quien Esteban IX hizo Cardenal en 1058. Este Benón, que había desertado del partido de Gregorio VII, escribió, poco después de 1088, dos violentos opúsculos luego reunidos, bajo el título *Gesta Romanae Ecclesiae contra Hildebrandum*, en los que también se habla de Silvestre II y se cuenta su muerte de este modo: "Uno de sus diablos le había dicho que no moriría hasta que no celebrase misa en Jerusalén*" Naturalmente, el papa creyó que se trataba de la ciudad de Jerusalén; y un día se dirigió a celebrar misa en una iglesia de Roma llamada precisamente Santa Cruz de Jerusalén —antiquísima iglesia fundada, según parece, por la Emperatriz Elena y que todavía existe—, y allí se descompuso y sintió que se moría. "Viendo que le llegaba la muerte —continúa Benón— suplicó que le cortasen las manos y la lengua, con las que había deshonrado a Dios haciendo sacrificios a los diablos."[34] ¿También en este caso se trata de una leyenda? Benón era enemigo acérrimo de Gregorio VII; pero no hay duda de que había nacido después de la muerte de Silvestre II, y no podía tener motivos de odio hacia éste. Lo cierto es que el relato de los poderes mágicos del papa Gerberto —y, por ende, de sus relaciones con el demonio — fue retomado y confirmado, por muchos escritores, hasta el siglo XIII.

Tanto en el caso de Juan XII como en el dé Silvestre II, se trata, probablemente, de leyendas. Pero el hecho importante y significativo es que*esas acusaciones se pueden leer no en colecciones de pequeñas fábulas

y de ingeniosidades, sino en textos de carácter histórico y que, adviértase bien, no se deben a laicos sospechosos o a herejes declarados sino a altos dignatarios de la Iglesia. A nosotros los modernos eso nos puede resultar harto extraño; pero es así. Un obispo como Liutprando, un cardenal como Benón creían, y lo afirmaban públicamente, que un papa había brindado por el Diablo y que otro papa sacrificaba a los demonios. Hechos tales provocaban su indignación; pero los consideraban, de cualquier modo, reales y posibles, y no vacilaban en referirlos en obras destinadas a ser leídas principalmente por el clero. Entre los siglos X y XIII no parecía ni increíble ni inverosímil, pues, que un vicario de Cristo tuviese relaciones amistosas con el antiguo Adversario.

VIII

EL DIABLO Y LOS HOMBRES

42

LA TENTACIÓN DE ADÁN

Algunos espíritus extravagantes, dedicados a la pesca de “porqués” se han asombrado de que la serpiente del Edén, tan astuta, tan ladina, y, agreguemos, también, de tanto coraje, haya querido tentar a la Mujer —presa demasiado fácil, como luego se vio— y no al Hombre. A esos espíritus les parecía inconcebible que el gran Rebelde, el que desafiaba la Potestad suprema, hubiese elegido la presa más cómoda y dirigiese sus engañosas palabras a la cándida Eva que, como sabemos, no ofreció ninguna dificultad ni opuso resistencia. ¿No hubiera sido mucho más digno de Lucifer enfrentarse directamente con Adán, a quien Dios había constituido en Señor y Rey de la tierra?

Por eso se ha llegado a pensar que el Diablo tentó a Adán antes que a Eva, y que, no habiendo conseguido convencer al varón, se resignó a seducir a la mujer. Pero esta suposición ha cobrado forma, poética, sólo en una tragedia latina compuesta por un joven de menos de dieciocho años, e impresa en 1601: *Adamus exul*.

El poeta adolescente era Hugo van Groot —conocido por nosotros como Hugo Grocio—, uno de los más grandes genios que ha producido la genial Holanda. Antes de dedicarse por entero a la jurisprudencia, y de echar, con su famosa obra *De Jure Belli et Pacis*, los fundamentos del derecho internacional, Hugo Grocio fue un humanista muy precoz. A los nueve años componía versos latinos; a los doce se lo declaró digno de ingresar en la Universidad. Entre los dieciséis y dieciocho años compuso tres tragedias latinas: *Christus patiens*, *Sophomphaneas* (sobre José Hebreo) y *Adamus exul*. Y es en esta última tragedia donde el adolescente humanista cristiano describe, en elegantes versos latinos, la tentación de Adán. Y no se

crea que esa tragedia, aunque escrita por un jovencito, permaneció ignorada. En 1638 Mil ton quijo ir a conocer a Grocio, ya famoso; y los críticos ingleses consideran que *Adamus exul* es una de las obras que inspiraron *El Paraíso Perdido*, al poeta puritano.

En el tercer acto de esa tragedia se asiste a un dramático diálogo entre Satanás y Adán, admirable por el ingenio y por la agudeza de ciertos pasajes que muy bien podrían figurar en algún drama del contemporáneo Shakespeare.

Precede al coloquio un monólogo del Ángel caído que revela al lector sus propósitos pérfidamente disimulados. Adán tiene, ni bien descubre al Adversario, presentimientos del peligro; se turba y vuelve la cabeza. Satanás trata entonces de tranquilizarlo y de calmarlo con hipócritas protestas de amistad. Es cierto, le dice, que yo he perdido la amistad de Dios, en tanto que tú sigues contando con ella; pero ¿estás seguro de conservarla siempre? No rechaces la mano que te tiendo; júrame fidelidad eterna.

Adán, indignado por tal desfachatez, lo embiste violentamente: Rebelde, perjuro, que tu sucia mano no toque mi carne pura. No quiero tener más amigo que Dios. Has merecido la condena eterna. ¡Apártate de mí, que temo a Dios!

Satanás se aguanta, sin pestañear, los latigazos de esa repulsa; pero hace al hombre un reproche no del todo infundado: El desdén y el rencor no cuadran a los justos, a los fuertes, a los amigos de Dios. No debes odiarme, no debes desechar la paz que un desdichado suplicante te ofrece. Adán contesta orgullosamente: No creo que merezcas mi odio, y mucho menos mi amor.

Satanás pasa entonces a las amenazas veladas. No se ilusione Adán creyendo que a él ya no le queda poder alguno. “Tú eres el señor de la tierra y del mar; pero también a mí se me dio un reino y un dominio. Los dos somos reyes, y ningún rey puede prescindir de aliados.” “Pero la tierra —contesta Adán— es la morada de Dios; y sólo con Él he hecho pacto y alianza. No busco otros aliados, ni los quiero.”

“Nadie debe rechazar un don —insiste Satanás—. La guerra no beneficia a nadie”. "Quien nada teme —contesta el hombre— no puede ser

tentado por ninguna esperanza.”

La contienda entre el Tentador y el fiel prosigue; se hace más y más ardua. Satanás insiste en sus proposiciones: “Cuanto me pertenece será tuyo.” “Pero tú —replica Adán— no tienes nada que sea tuyo, salvo el mal; y eso es lo único que puedes dar.”

El demonio lleva su impudicia hasta el extremo de querer jurar en nombre de Dios; pero Adán le recuerda que al Ángel caído y maldito no le está permitido jurar en el nombre de Aquel a quien ofendió y traicionó.

Por último, Lucifer, ante la inutilidad de sus insidias y mentiras, arroja la máscara y anuncia al hombre su próxima venganza y su perpetua persecución.

He condensado de la mejor manera posible el dramático diálogo que por su sutileza dialéctica no parecería salido en verdad de la pluma de un poeta que apenas tenía diecisiete años. Pero más que el precoz genio de Grocio lo que aquí importa es el tema de la tentación, que difiere del relato del Génesis. Al hablarle a Eva, Satanás promete la deificación de la criatura humana —(“seréis como Dioses”)—; mientras que en esta primera tentación fracasada propone al hombre, en vez de la desobediencia a Dios, algo muy distinto: su amistad y su alianza.

Sabía, tal vez, que Adán sería menos crédulo que Eva y no daría fe a la promesa de verse transformado en ser divino, semejante o igual al Creador. Pero al ofrecerle una estrecha alianza con el gran rebelde, con el condenado, con el príncipe y principio del mal ¿no intentaba acaso asociarlo a su rebelión, convertirlo en enemigo de Dios?

Según el joven poeta de Delft, Adán rechazó tenazmente la artera propuesta de infame alianza; pero los descendientes de Adán —los hijos de la caída— no siempre la rechazaron. Aún hoy son muchos en la tierra los hombres que han aceptado esa alianza, o que la solicitaron, y que muestran por la amistad de Satanás una fidelidad mucho mayor que la que los cristianos de escasa talla muestran hacia Dios.

43

El premio de Adán

No hay ningún punto de la doctrina y la tradición católicas capaz de sorprender y confundir tanto a una inteligencia que razone, como el destino de Adán después de la muerte.

Fijaos bien: Adán fue el primero en ceder a la tentación de Satanás; y su caída fue, por las razones que todos conocen, harto grave y culpable. Ante todo, porque Adán estaba dotado de virtudes sobrenaturales que hubieran debido dar más agudeza a su inteligencia y más fortaleza a su voluntad; luego, porque, al menos según los textos revelados, no ofreció ninguna resistencia al ofrecimiento de la serpiente; finalmente, porque su caída no abatió, no vulneró, no corrompió tan sólo su persona, sino que además involucró a todos sus descendientes y, de acuerdo con las palabras de San Pablo, a la naturaleza íntegra. Quienquiera esté habituado al uso de su razón natural, esperaría que este culpable —que no fue sólo el primero sino, además, el mayor de todos— haya sido castigado por la justicia divina en forma drástica e inusitada. Pero vemos, con asombro infinito, todo lo contrario. El mismo Creador, una vez que Adán hubo cometido el mayor de los pecados posibles, se abandonó a una indulgencia increíble y conmutó la pena de muerte por la de exilio. Efectivamente, al poner al hombre en el jardín, Dios le dijo: “De todo árbol del Paraíso comerás. Mas del árbol de ciencia de bien y de mal no comas; porque en cualquier día que comieres de él, morir morirás.” (*Génesis*, II, 16-17.)

El Creador, pues, movido a piedad hacia Adán, o por otras razones que nos resultan oscuras, llegó al extremo de anular su perentoria decisión de la víspera.

Pero eso no es todo. Adán vivió sobre la tierra 930 años; y, cuando murió, su cuerpo fue depositado —según viejas leyendas— en las entrañas del Monte que luego habría de ser el Gólgota. Y Adán durmió silencioso en la tierra milenio tras milenio. Pero la primera preocupación de Cristo, cuando hubo resucitado después de la crucifixión, fue, como lo atestiguan San Pedro y San Pablo, descender en seguida al reino de los muertos, para retirar de allí las almas de los Patriarcas y de los Justos —y el primero que entre éstos figuraba fue Adán—, para llevarlos consigo al cielo, al lugar de la salvación y de la beatitud.

Esa liberación del Limbo nos ha sido narrada difusamente en el *Descensus Christi ad Inferos*, que por lo general aparece unido al Evangelio de Nicodemo; fue aceptada por la Iglesia, por la piedad popular y por la escolástica. El mismo Dante hace que Virgilio narre el triunfal descenso de Cristo al Limbo:

> … ci vidi venire un possente
> con segno di vittoria coronato
> Trasseci l'ombra del primo párente,
> d'Abel suo figlio…[35]

Adán, aunque el primero de los pecadores, fue el primero en ser premiado, después de la Resurrección del Redentor, con la ascensión al Paraíso. Y Dante lo encuentra precisamente en el Paraíso, en el mismo cielo estrellado, donde participa del triunfo de Cristo. Es precisamente en el coloquio entre Dante y Adán donde el primero de los hombres ensaya una explicación de su culpa:

> Or, figliuol mió, non il gustar del legno
> fu per me la cagion di tanto assillo
> ma solamente il trapassar del segno[36]

En esos tres versos, Dante no hace más que resumir una opinión del Doctor Angélico, para quien el pecado de Adán no fue la gula sino la soberbia, lo

cual hace aun más grave la culpa[37].

Y esta culpa que Adán no trata de disminuir no le impide resplandecer junto a los santos más gloriosos en las alturas de las esferas celestes.

La fama de la salvación de Adán estaba tan arraigada en el mundo cristiano que la Iglesia griega instituyó una fiesta, para San Adán y Santa Eva, que se celebraba el 19 de diciembre. Según parece, esa fiesta fue aprobada por la Iglesia Occidental, pues la registran también los bolandistas y los diccionarios hagiográficos aprobados por Roma. Un martirologio romanó fija la fiesta de San Adán el 29 de abril en vez del 19 de diciembre; otros, en fin, la recuerdan en la semana de septuagésima, del 18 al 23 de enero.

En las faldas del Calvario existía en Jerusalén un oratorio dedicado a San Adán, a cargo de sacerdotes griegos; pero éstos no empleaban incienso en su culto, pues por un resto de pudor lógico no lo consideraban igual a los grandes santos. Esa capilla fue visitada por el Padre Francesco Quaresmio, famoso franciscano lombardo que vivió muchos años en Oriente en los primeros decenios del Seiscientos y que la describió en su famosa obra sobre Tierra Santa[38].

A los pies del Calvario existe aún hoy un lugar llamado Capilla de Adán; pero en él no se celebra ningún culto[39].

La glorificación póstuma del Gran Pecador es ya perfecta: el que, por haber cedido a la tentación del Diablo, arrastró en su ruina al género humano, fue premiado por la indulgencia del Creador, que después de haberlo condenado a muerte lo hizo sobrevivir más de nueve siglos; fue premiado por Cristo, que lo sacó de las tinieblas inferiores para elevarlo hasta el Paraíso; fue premiado por la piedad cristiana que lo inscribió entre los santos y le dedicó, por lo menos durante algunos siglos, un verdadero culto. Estas altísimas recompensas concedidas por Dios y por los hombres a quien según la teología es el primer responsable de nuestra sujeción a Satanás, son en verdad como para dejar pasmada a cualquier alma pía no privada del uso de la razón. Y lo más extraño de todo eso es que ningún teólogo ha sabido justificar en forma convincente la inverosímil paradoja.

Queda en pie, pues, el misterio de esa apoteosis del primero y mayor de los culpables; misterio que deja entrever otros aún más misteriosos.

Efectivamente, podría deducirse que obedecer a una loca tentación de Satanás no es pecado tan grave como la mayoría afirma y cree, desde el momento que Adán comenzó por ser castigado con una pena menor a la que era de prever, y salvado luego por el mismo Salvador y, por último, exaltado a los altares. Y de ello podría deducirse otra verdad: que la misericordia divina es tan ilimitada que, aún más que perdonar, premia al que cae víctima de una tentación diabólica.

44

EL CALCAÑAR DE EVA

El texto más antiguo acerca de las relaciones entre el Diablo y la mujer es el del Génesis (III, 15). Después de la caída de la pareja, el Señor dirige a la serpiente estas palabras: “Enemistades pondré entre ti y la mujer y entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás asechanzas a su calcañar.”

Este versículo fue llamado Protoevangelio, porque contendría la oscura profecía de la Redención: el hijo de la mujer —es decir, María— quebrantará la cabeza de Satanás.

En verdad, las palabras divinas son mucho más misteriosas de lo que a primera lectura podría parecer. Resulta ante todo muy extraña la amenaza con que comienza la frase. Es Dios mismo quien suscita, es decir, interpone y fomenta, la enemistad entre la mujer y la serpiente. Podría pensarse, por lo tanto, que esa enemistad no existió antes, y que la mujer modelada por las manos mismas del Creador se hubiese convertido en seguida en amiga del Diablo. La inmediata condescendencia de Eva a la proposición de Satanás induce a creer que esa amistad existió desde los primeros momentos de su vida. Lo que en los milenios siguientes sucedió en la tierra haría pensar que entre las hijas de Eva y los hijos de Lucifer no ha existido jamás una verdadera enemistad, a despecho de lo que ordenó el Señor, ni aun después de la venida de Cristo.

Recuérdese que casi toda la literatura cristiana de la Edad Media da por sobreentendida una colaboración estrecha entre el Diablo y la mujer. Según muchísimos clásicos del ascetismo, la mujer es el instrumento de perdición preferido por el gran Adversario. A menudo se la define como la trampa y el lazo de que Satanás se sirve para procurarse almas a través del pecado de

la carne. En las tentaciones más comunes que de los grandes anacoretas y penitentes se narran, o se representan, son las mujeres quienes tratan de inducir a los santos a que traicionen a Dios. Según el testimonio de Santos y de Doctores, las mujeres son, pues, las más activas proveedoras de carnuza infecta para los fuegos del infierno. Según los teólogos, el pecado mayor de Satanás era la soberbia; pero según los moralistas, los predicadores y los místicos de la alta Edad Media, los hombres se convirtieron en presa de Satanás por la lujuria.

Fué necesaria la revolución poética de las cortes trovadorescas y del *Dolce Stil Nuovo* para contraponer la mujer hecha ángel, capaz de hacer que las almas se remonten a Dios, a la desnuda tentadora de los yermos. La infame Circe de los legendarios medievales se transformó, merced a la poesía, en la Beatriz de Dante, que sonríe a su poeta hasta en el fulgor del Empíreo. Pero esa revolución sólo triunfó en el mundo de la literatura, porque los moralistas cristianos han seguido denunciando, hasta nuestros días, en la sensualidad provocada por la mujer, una de las primeras causas de la putrefacción y muerte del alma. La guerra entre el Diablo y la mujer no ha sido tan continua y encarnizada como podrían hacerlo suponer las palabras del Génesis. En el mundo cristiano ha habido más brujas que brujos, más jorguinas que nigromantes, más endemoniadas que obsesos. Ninguna criatura se ha jactado cuanto la mujer de la amistad y de la protección de Satanás; ninguna se ha convertido en su esclava ni se ha prostituido a él cuanto las descendientes de Eva. No todos saben que junto a la leyenda de Fausto existe también la leyenda de la dama que aceptó complacida vivir durante muchos años con el Diablo y obtuvo de éste placeres y favores de toda clase. Esa leyenda ha dado origen a una de las obras maestras de la antigua literatura holandesa, la famosa *Marieken van Nimwegen*, compuesta al parecer en torno al mil quinientos y que termina, como el Fausto goethiano, con la salvación final de la heroína.

Pero como ninguna palabra de Dios pudo haber sido articulada en vano, aún seguimos esperando la verificación de aquella oscura profecía. Y acaso los hombres terminen por darse cuenta de que la mujer los salvará de Satanás, pero en forma totalmente distinta de la insinuada en las palabras

del Génesis, palabras que aparecerán, por fin, en todo su significado divino: también con un exceso de amor se puede aplastar a un enemigo.

Es preciso no olvidar que en» la mujer, ser más simple pero de reacciones espirituales más violentas y resueltas, se dan, en efecto, los más ruidosos ejemplos de las actitudes extremas. Los santos más apasionados, los extáticos más iluminados, los místicos más próximos a la unión divina, fueron mujeres, como mujeres fueron las brujas más obscenas y las pecadoras más exasperadas. En las mujeres que se elevan por encima de las exigencias del sexo hay una temperatura interior que el hombre desconoce casi siempre. En ellas coexisten los dos postulados opuestos: aquel fuego puede ser llama que nos acucie hacia el cielo como una lengua sedienta de amor, o puede convertirse en llama devoradora destinada al infierno.

Pero volvamos a la profecía del Génesis. No se ve cómo es posible afirmar que la mujer ha aplastado la cabeza de la antigua serpiente. La serpiente se ha arrojado y se arroja a su calcañar; pero Eva no ha conseguido aún quebrantar esa cabeza chata, rebosante de veneno, ni aun después del parto de María.

Tal vez con la esperanza de conseguir que a Eva le fuese perdonado más fácilmente su pecado, los antiguos hebreos contaban que Adán había tenido antes que ella otra esposa: Lilith. Ésta dio a Adán muchos hijos; pero en cierto momento lo abandonó y se convirtió en esposa del demonio Samael. Fue, de ese modo, el primer demonio-mujer de la historia humana, y, según afirma la literatura rabínica, odia por celos a todos los hijos de Eva y de sus descendientes, tanto que, en vísperas del nacimiento de un hijo, los hebreos supersticiosos colgaban dentro y fuera de las casas cartelas con la inscripción: “Quédense Adán y Eva. Salga Lilith.”

No sabemos qué sucedió con los hijos que Adán tuvo de la demoníaca Lilith y con los que ésta dio, según parece, a su nuevo marido Samael. Pero la demoníaca prole atribuida a Lilith por parte de Adán y por parte de Samael no explica las dos dinastías humanas de los buenos y de los malos, porque Caín, el primer fratricida, fue, como el cándido Abel, hijo de Eva.

La leyenda de Lilith no nos ayuda, pues, a resolver el misterio de las mujeres diabólicas y de las que en su libelo *Il peccato impossibile* Giordani llamó las “mancebas infernales”[40].

Hasta el siglo XIX algunos teólogos han creído, o por lo menos lo han enseñado, que las mujeres pueden ser a veces súcubos de demonios en forma humana[41]; pero supongo que esa opinión no es doctrina de fe y que ha sido abandonada por los teólogos modernos, pues en verdad no es necesario recurrir a demonios encarnados y a lo que Giordani llama “coito diablesco” para explicarse las caídas y las traiciones de las mujeres.

Una teoría que corre bajo el nombre del médico Beverland[42], pero que es muy anterior a él, interpreta la primera falta del hombre en el sentido de la unión de los sexos; si eso fuese cierto, habría sido Eva, en cuanto mujer, quien introdujo el pecado, es decir, la victoria de Satanás en el mundo. Sus relaciones con el Demonio son viejas y evidentes; no obstante ello, siguen siendo oscuras en su esencia; y sólo nos asiste el pensamiento, sugerido por las palabras mismas de Dios, de que la mujer, que fue la primera en obedecer a Satanás, habrá de ser, antes del fin de los tiempos, quien nos libere de ese vasallaje. No nos es dado saber cómo podrá operarse esa doble redención; pero bástenos esa esperanza, que podría pronto convertirse en certeza.

45

DEL MODO EN QUE EL DIABLO TIENTA A LOS HOMBRES

Demetrio Merejovski demuestra en forma aguda, siguiendo el pensamiento del Gran Inquisidor de Dostoyevski, que el Diablo tienta a los hombres del mismo modo en que tentó a Jesús en el desierto.

“El Gran Inquisidor tiene razón. En las Tres Tentaciones ya sé adivinan os destinos de la humanidad desde el comienzo hasta el fin de los tiempos; y, si no fuésemos ciegos, los veríamos ahora con una claridad con que nadie los ha visto jamás en dos mil años de cristianismo.”

Merejovski trata de mostrarnos bajo qué formas vuelven a ser propuestas al hombre aquellas tentaciones, especialmente en nuestros días. Algunas de sus interpretaciones convencen; otras, no.

La primera tentación, la del pan, es ciertamente, como él lo dice, "el poder del hombre sobre la naturaleza, la ciencia, la mecánica y la magia, el milagro del No-Yo; el fin de los sufrimientos físicos en el mundo”.

Pero la segunda, la del vuelo, no es solamente la que cree Merejovski, o sea “el poder del hombre sobre su propio cuerpo, la libertad”; y la tercera, la de los reinos, no puede en verdad interpretarse como "el amor que une a cada individuo con todos los demás, el milagro en el Yo y en el No-Yo”. La receta filosófica de tipo germano ha hecho olvidar a Merejovski que el Diablo no podía proponerse como fines la libertad, la unidad, el amor, el término de los sufrimientos humanos.

Satanás ha renegado del espíritu; es sólo materia, y no puede tener como objetivo sino triunfos materiales. Según el autor del *Jesús desconocido*, Satanás resultaría, en las tentaciones que todavía hoy nos renueva, un

benefactor, alguien que viene a Salvar a los hombres de la separación y del dolor.

A mi juicio, también la segunda tentación es francamente material. Satanás es profeta. Y así como en la primera —la de la transmutación de las piedras en panes— ha adivinado los prodigios de la física y de la química modernas —que hasta llegan a obtener de la materia inerte síntesis de sustancias orgánicas—, del mismo modo el Diablo ha profetizado, en la segunda, el actual dominio del hombre sobre la gravedad. El sueño del hombre desde Icaro hasta Simón Mago ha sido siempre el del vuelo, el de poder desplazarse libremente en el aire a su antojo sin el riesgo de la caída. Uno de nuestros sueños más comunes es efectivamente el de volar, el de lanzar seguros nuestro cuerpo por encima de la tierra. La conquista del cielo material es uno de los símbolos de poderío que más atraen y más embriagan a los hombres; y, cediendo a la tentación diabólica, los hombres han logrado por fin en este siglo esa conquista. Los aviones a reacción y de velocidad supersónica, y, sobre todo, los paracaídas, no son sino resultado de la obediencia del hombre a la segunda tentación diabólica. Y, en el hecho de que sirvan y han de servir cada vez más para acarrear inmensas ruinas e innumerables muertes, tenemos la prueba de que los recursos que nos permiten vencer la gravedad, navegar por el cielo y descender, sin peligro, desde grandes alturas, derivan de una inspiración satánica. El vuelo no conduce a la libertad, como creía Merejovski, sino al avasallamiento y al estrago. Como lo anunciaba el Apocalipsis, el fuego destructor desciende ya del cielo, porque los hombres han aprendido a volar.

La tercera tentación, la de los reinos, tiene también un evidente carácter no espiritual sino político. Se trata de reunir a todas las naciones de la tierra bajo un solo dominador, bajo una única dictadura. En la época de Jesús, existía un imperio, el de Roma, que a los pueblos de la cuenca mediterránea les parecía inmenso y casi universal. Pero nosotros sabemos que abarcaba apenas una pequeña parte de la tierra habitada; vastísimos imperios, como los de Oriente y continentes enteros aún no descubiertos, como América y Australia, se hallaban fuera de él. Hoy todos sentimos, en cambio, que es posible un imperio realmente universal. Todas las tierras han sido descubiertas y habitadas, y el mundo está ya dividido en dos poderosísimas

confederaciones de estados. Esos dos gigantes armados se miran como perros rivales y contienden entre sí en todos los países de los dos hemisferios, a la espera del momento de la Armagedón final, que habrá de dar el dominio del mundo a uno solo de ellos o habrá de poner fin para siempre a la vida en la tierra. Los dos antagonistas hegemónicos ambicionan ahora la posesión de todos los reinos e imperios que Cristo rechazó en la montaña.

Pero adviértase que la unión de todos los hombres en un único imperio no es en sí mismo un programa demoníaco, y que con él soñaron, entre otros, Dante y Campanella, Ixibniz y Kant, que no fueron espíritus demoníacos. Pero sí son francamente demoníacos los medios, la forma y los instrumentos con que los dos actuales protagonistas se proponen lograrlo y realizarlo, a saber, la mentira, la violencia, la rebelión y la guerra.

Ante el género humano se abren dos imperios: el eterno Reino del cielo, de Cristo, y el universal Reino sobre la tierra, de Satanás. Hasta ahora el género humano ha elegido casi siempre el segundo: hoy más que ayer; acaso mañana ni siquiera sepa que se puede elegir: no conocerá sino la invitación del Diablo.

El Gran Inquisidor de Dostoyevski no se equivoco, pues, cuando dijo que las tres tentaciones de Cristo se le reiteran eternamente, en la historia, al hombre. Pero el Demonio no recurre, contra nosotros, únicamente a ellas. Hay otras, igualmente terribles, que le fueron ahorradas al Hijo del Hombre.

46

LAS ENCARNACIONES DE SATANÁS

Dios se encarnó una sola vez, en Cristo, para convertirse en víctima de los hombres y para eterno beneficio de éstos. El Diablo se encarnó innumerables veces en diversas formas y personas y siempre en perjuicio de los hombres y para vergüenza de éstos.

De esa su costumbre de hospedarse en las almas tenemos muy cierto testimonio en el Evangelio, allí donde de Judas se dice “que Satanás entró en él”. Aún más: Judas es la primera encarnación segura del Diablo en la tierra. Pero en el transcurso de los siglos se afirmó la naturaleza diabólica de muchos hombres famosos —sobre todo de hombres reinantes—. Uno de los primeros a quien se creyó encarnación de Satanás fue Nerón; y después de él, Atila, Teodorico, Ezzelino da Romano, Federico II de Suabia, Iván el Terrible, Napoleón, Hitler. Según Lutero, el mismo pontífice romano no era sino el demonio en manto papal; y los católicos, de rechazo, dijeron que el fraile rebelde era hijo de Satanás. Se creyó encamaciones de Satanás o hijos suyos a los príncipes o jefes de estado entregados a feroces perversiones contra sus súbditos, y que eran adversarios o persecutores de la Iglesia y de Cristo. A los ojos de la plebe, todo despiadado ordenador de matanzas es una encarnación del Diablo.

Pero ¿cómo ha de interpretarse esa encarnación? ¿Se trata de una posesión diabólica transitoria e intermitente o, más bien, del hecho de descender directa y carnalmente del Maligno?

Jornandes, en el siglo VI, afirmaba que los hunos estaban engendrados por demonios que se habían acoplado, como íncubos, con jorguinas bárbaras. Ezzelino da Romano, el afamado y sanguinario tirano de Venecia, era, por confesión de su madre Adelinda, hijo de Lucifer.

También se creyó hijo del Diablo a Roberto el Diablo, duque de Normandía a partir de 1027, si bien murió en Nicea al regresar de una piadosa peregrinación a Jerusalén. Pero parece que envenenó a su hermano el duque Ricardo III, y que debía su sobrenombre a la crueldad que demostró en la guerra.

Está claro que estas filiaciones son pura leyenda; pero no son legendarias las posesiones diabólicas, de las cuales tenemos pruebas y constancias seguras aun en los tiempos modernos.

Según la teología, al Diablo no le es imposible apoderarse de un alma, sustituirse a ella en las decisiones y en las palabras con el fin de acarrear muerte y perdición al mayor número posible de seres humanos; y algunos poderosos, si se los mide con el patrón cristiano, actúan y piensan *como* si Lucifer se hubiese alojado de manera estable en sus cuerpos.

El "Príncipe de este mundo" —que desde hace algún tiempo no quiere presentarse con su propia apariencia, como a menudo hacía en la Edad Media— bien puede, para aumentar en la tierra la apostasía y el terror, utilizar como súcubos y mandatarios a los seres humanos. La historia universal anterior y posterior a Cristo confirma, en vez de desmentirlas, estas satánicas infestaciones y encarnaciones. Pero eso no quiere decir que Lucifer sólo pueda y deba morar en los grandes de la tierra. Hubo, y aún los hay, ciertos hombres —malhechores, astutos y sádicos, o espíritus exaltados y extraviados— en quienes puede muy bien sospecharse la presencia del Diablo. Todos nosotros podemos haber dado con alguno de esos seres secretos y trágicos, antes de que los hayan recibido como huéspedes las cárceles y los manicomios. Algunos de ellos consiguen, a través de toda la vida, y con artería infernal, rehuir cualquier clase de sanción. Y tal vez alguno de nosotros ha estado hablando hoy mismo, sin darse cuenta, sin saberlo, con uno de esos demonios clandestinos: o sea, que ha estado hablando con el Diablo en forma humana.

47

EL DIABLO Y DON JUAN

A quienes le venden el alma, Satanás les promete cuanto desean; y como entre los bienes más deseables figura, para los hombres, el amor de las mujeres, no hay que asombrarse de que Fausto, por ejemplo, consiga por medio de Mefistófeles la virginidad de Margarita. Pero Fausto, al igual que los demás firmantes del contrato demoníaco, no se limita a pedir al Diablo la voluptuosidad del amor triunfante. Le pide mucho más, y eso que le pide es de otra índole, como lo sabemos por su leyenda y por el poema goethiano. La posesión de la mujer no es sino Una de las cláusulas del pacto demoníaco, y no siempre la más importante; a veces es un simple agregado al trato.

La historia de las almas vendidas nos ofrece, que yo sepa, una sola excepción: la de Louis Gaufridi (o Gofridi) —sacerdote francés que nació hacia el mil quinientos—, quien, gracias a un libro mágico que había heredado de un tío —también sacerdote—, entró en relaciones con el Diablo, al que según parece le pidió un único don: “seducir a todas las mujeres a las que soplase”. “No ha de sorprender, pues —agrega un malicioso biógrafo—, que soplase sobre muchas mujeres.” Denunciado por la familia de una de sus víctimas más famosas —Madeleine de la Palud—, fue procesado por la Inquisición y quemado vivo en Aix, en 1611.

Este sátiro con vestidura talar no le pidió al Diablo más poder o privilegio que el de poder “soplar” a las mujeres y conseguir de ese modo, sin pérdida de tiempo, el supremo favor. En este episodio histórico —y bien documentado por el mismo Inquisidor que condenó a Gaufridi—, Satanás se nos aparece como un “proveedor” de mujeres a un insaciable Don Juan tonsurado. Y realmente hay que creer en su poder sobrenatural, porque

hasta cuando tenía sesenta años cumplidos consiguió esclavizar a una mujer joven.

Tirso de Molina publicó *El burlador de Sevilla, o el Convidado de piedra* —que es la primera forma de la leyenda donjuanesca— en 1630, es decir, pocos años antes de la quema de Gaufridi. ¿No será que el fraile español tuvo alguna noticia de las heroicas gestas del sacerdote provenzal, castigadas con horrible muerte?

¿Y es arriesgada la hipótesis de que el verdadero original del Don Juan español —ya se trate de Don Juan Tenorio o de Miguel de Mañara— había obtenido del Diablo un don semejante al que le fuera concedido al mandril cura francés?

48

EL DIABLO Y EL PARAÍSO EN LA TIERRA

Cristo dijo: “Mi reino no es de este mundo." Para combatir al Cristianismo que promete la dicha eterna sólo para después de la muerte, el Diablo debía recurrir, pues, entre otras añagazas, a la de hacerles creer a los hombres, o por lo menos a cuantos hombres pudiera, que es posible preparar y obtener, en el futuro, una especie de paraíso en la tierra, un reino de la dicha terrestre.

Está claro, por lo tanto, que cuantos imaginan y prometen una convivencia perfecta y feliz en esta vida, aunque sólo sea para un porvenir remoto —es decir, los utopistas, los visionarios, los materialistas mesiánicos, los soñadores de un edén social, todos los que anuncian, en vez del Reino de los Cielos, un Reino humano y terreno, y aspiran a él—, están inspirados, lo sepamos o no, por Satanás. Y es Satanás quien ha escogitado también esas fantasías para que los hombres dejen de preocuparse por su verdadero destino ultramundano y sean llevados, por ende, a abandonar el Cristianismo.

49

HABLAR CON EL DIABLO

"Cuando no hablamos con Dios o para Dios, es con el Diablo con quien hablamos; y éste nos escucha en tremendo silencio…”

Esas palabras fueron escritas por Léon Bloy y no podían haber sido escritas sino por *El Peregrino de lo Absoluto*. Son terriblemente ciertas. Para el Cristianismo hay una sola esencia y una sola existencia: la de Dios, la de Aquel que es. Por ello no se puede si no hablarle a Él, hablar acerca de Él o al servicio de Él. Todo otro discurso, todo discurso que no tenga por tema al Creador y a su Creación y a su Redención, es sólo un discurso acerca de lo que se contrapone a Dios, es decir, acerca del mal y acerca del Príncipe del mal. Hay quienes hablan de la nada y acerca de la nada —cosa que les sucede, con más frecuencia de lo que suele creerse, a los oradores políticos y a los charlatanes metafísicos—; pero, en definitiva, la Nada es uno de los nombres del Demonio, por cuanto éste es el espíritu que niega y la fuerza que destruye.

Esta tremenda verdad ilumina con tremenda luz la vida de nuestros tiempos. En todas las partes del mundo hay aún sacerdotes que hablan de Dios, solitarios que tratan de unirse a Dios, infelices que se dirigen a Dios; pero comparados con la multitud parlante son a manera de alciones perdidos sobre la furia y el mugido del océano. Los discursos de los hombres —en los hogares, en las plazas, en los parlamentos, en los teatros, en las escuelas, en los periódicos— son de índole y naturaleza totalmente distintos. La generalidad habla de negocios y de placeres, del dinero que hay que ganar y que hay que gastar, de maquinarias y de precios, de sueldos y de dividendos, de armas y de guerras, de medios para dominar el espacio y de medios para destruir cuanto existe. Se habla para engañar a las mujeres

y para engañar a los pueblos, para aumentar la propia fortuna o el propio poder, para aplacar a los rivales o para amenazar a los enemigos, para hacer reír a los ociosos o para deleitar a los refinados. Las palabras humanas, pronunciadas o impresas, colaboran en los fines más comunes de los hombres modernos: goce y posesión, sojuzgamiento y aniquilación.

Léon Bloy tiene razón, entonces. Todos esos discursos son en realidad discursos en torno al mal, discursos enderezados al Diablo o que se refieren a él, aun cuando sus inconscientes servidores no pronuncien nunca su nombre. Y Satanás escucha en silencio esos innumerables, reiterados discursos cotidianos. ¿Qué podría, si no, contestar? Los hombres hablan su lenguaje, parafrasean sus principios, obedecen a su voluntad. El Diablo no tiene nada que decir, nada que replicar. Han aprendido bien su lección, se ocupan de él y únicamente de él, aun sin nombrarlo. El Diablo escucha en silencio, para no perturbar la disciplina de sus discípulos. Ya le llegará la hora de hablar.

50

EL DIABLO Y LOS IMBÉCILES

Paul Valéry, que era cartesiano pero también poeta, fue uno de los más sutiles expertos modernos en psicología diabólica.

“El Diablo dijo: Ese hombre no tenía inteligencia suficiente para que yo diese cuenta de él. No tenía bastante espíritu. Era tan bruto que me derrotó. ¡Qué problema, seducir a un imbécil! No entendía ni pizca de mis tentaciones”[43].

La observación es sagaz; pero es, sobre todo, maliciosa. En primer lugar, Valéry rebaja al Diablo, que, a pesar de su tan mentada astucia, se declara impotente ante los imbéciles. Las ineficaces tentaciones a que alude el autor de *Ébauche d’un serpent* son probablemente las intelectuales, esas que hacen sucumbir a los espíritus más elevados. Pero para los imbéciles hay otras, más burdas y brutales, a las que el Diablo puede recurrir siempre, Quizás en forma menos divertida, pero con la certeza de la victoria.

El pensamiento de Valéry es en cambio mucho más diabólico de lo que a primera vista parece. Valéry quiere insinuar que quienes son obtusos a las tentaciones, es decir los “pobres de espíritu” que creen con “sancta simplicitas” y conservan intacta su fe, son imbéciles que se han salvado de las insidias de Satanás simplemente porque son imbéciles.

51

EL DIABLO LAPIDADO

Aquellos a quienes Satanás molesta tienen la antigua costumbre de arrojarle, además de palabras de conjuro, cuanto encuentran a mano: piedras filosas y macizos volúmenes. Reacción pueril —a menudo sin eficacia—, pero natural hasta en los Santos de índole más suave.

Martín Lutero, que durante su estada en Wartburgo fue tentado, atacado y asediado —como lo contó él mismo— por millares de Diablos, no era santo. Una vez que Satanás en persona lo fastidiaba sobremanera, el iracundo agustiniano aferró el tintero y lo arrojó contra el Maligno. Dicen que en una de las paredes del cuarto aún se ve la mancha de tinta.

Los modernos teólogos luteranos no han olvidado, parece, ese lapidario ejemplo. Thomas Mann cuenta en el *Doktor Faustus* que un profesor de teología de la Universidad de Halle, Elirenfried Kumpf, tenía por costumbre invitar a cenar a alguno de sus discípulos y, luego de haber comido y bebido todo lo que puede comer y beber un profesor germano, empezaba a cantar acompañándose con un pizzicato en la guitarra. Pero al antiguo Adversario esa alegría teológica no le sentaba. Cedo la palabra a Thomas Mann: “Miren —gritó—. Ahí está, en el rincón, ese demonio de Berlicche, ese tipo agrio y triste que no quiere vernos contentos en Dios, entre manjares y canciones. ¡Pero ese maldito no nos va a alcanzar con sus dardos puntiagudos y encendidos! *Agape*! —Y después de gritar así tomó un pancito y lo arrojó al rincón oscuro.”

Según Thomas Mann, ese episodio corresponde a los primeros años de este iluminadísimo siglo XX. Los modales se han refinado: Lulero le lanzaba al ángel negro el negro líquido que le servía para escribir sus tratados. El profesor Kumpf, más, bonachón, le tiraba a Berliche un lindo pancito rubio

y crocante: el mismo que se le arroja, para que se vaya, a un perrito importuno. Tal vez el profesor de teología luterana creyese que el Diablo tenía hambre ‘'sólo de pan”.

52

LA REBELIÓN CONTRA SATANÁS

Según la escritura, la fe y la teología, el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. Pero el espectáculo de la vida humana y el *curriculum* de la historia humana, demuestran hasta a los más fieles discípulos del doctor Pangloss que esa semejanza divina ya se ha borrado casi por completo. Y eso se ha debido, de acuerdo con lo que enseña la Iglesia, a la caída de Adán; y el primer autor de esa caída fue Satanás. A partir de entonces, y a pesar de los Profetas y de los Santos, el hombre se pareció cada vez menos a Dios y cada vez más al Diablo. El Cristianismo, de acuerdo con su misión fundamental, debería consistir en la testación progresiva de la semejanza con el Adversario y en la progresiva recuperación de su semejanza con Dios. A casi dos mil años de la Encarnación, seguimos siendo mucho más semejantes al Rebelde que al Salvador.

La experiencia cotidiana y el recuerdo del pasado nos enseñan con tremenda coincidencia que casi todos los hombres viven en forma radicalmente opuesta a los mandamientos del Decálogo y a las exhortaciones del Evangelio. También los cristianos adoran, más o menos abiertamente, a otras divinidades (Mammón, la Materia, la Idea, la Ciencia, el Sexo, etc.); blasfeman con frecuencia; soportan a los padres, los amargan, los mortifican, en ve^ de honrarlos; matan, en la paz y en la guerra, a sus enemigos; se apoderan, por la fuerza o con engaños, de los bienes ajenos; desean la mujer y las cosas de los demás; practican, sin escrúpulo, la fornicación y cosas peores.

Jesús enseñó que debemos amar a los enemigos, y nosotros, en cambio, estamos dispuestos a odiar, o por lo menos a envidiar, a los mismos amigos.

Jesús enseñó que no hay que hacer a los demás lo que no queremos que nos hagan, y nosotros seguimos la norma opuesta, y la mayoría de nosotros no le da casi nunca a los demás lo que quisiéramos que nos diesen.

El pecado satánico por excelencia es la soberbia, la presunción, la protervia. Y hoy vemos hombres que pretenden dar fundamento al universo con cuatro conceptos o con cuatro fórmulas; hombres que declaran haber conquistado, gracias a las máquinas, los atributos divinos; hombres de escasa inteligencia y de espíritu mediocre que se arrogan el derecho de dominar y guiar pueblos y naciones, y que los llevan, con senil altanería, a la esclavitud y al exterminio; hombres sin sentimientos generosos ni pensamientos profundos, que se colocan en actitud de maestros de la poesía, de la filosofía, de la moral y de la política. Si el Diablo es orgullo, todos somos más o menos diabólicos.

De resultas de esa empecinada desobediencia, la vida humana vacila casi siempre entre la locura y el delito; a veces la locura es una rémora para la delincuencia, pero más frecuentemente la delincuencia está al servicio de la locura, y la locura incita a la delincuencia y la justifica. La tercera protagonista de la vida humana es la imbecilidad, que, aun cuando parece inocente, tolera y favorece, por su debilidad, la locura y la delincuencia.

Está claro, pues, que los hombres se inclinan más bien a la imitación de Satanás que a la imitación de Dios. También Satanás tiene sus mandamientos: mata a Dios «1 ti, mata a cuantos hombres puedas, desahoga tu voluptuosidad todo lo puedas, acumula todo el dinero que puedas. Y los grandes y los pequeños de la tierra cumplen estrictamente estos terribles mandamientos, como lo atestigua la historia de todos los pueblos y como todas las mañanas nos lo recuerdan los periódicos. Pero esa obediencia hace que la vida de todos sea cada vez más triste, más dura, más peligrosa, más atroz. Las carnicerías y las catástrofes de este último medio siglo demuestran cuáles son las terribles consecuencias a que conduce la imitación del Diablo.

Es preciso, pues, desvincularse de Satanás. Es necesario suprimir nuestra semejanza con Satanás. Debemos rebelarnos, sin tardanza, contra Satanás.

Él no ha podido destruir por completo nuestra semejanza con Dios. Hubo adversarios humanos del Adversario, y todavía los hay: son los Santos y los Sabios. Hasta en el último de los dementes subsiste un resto de razón; hasta en el último de los delincuentes subsiste un débil reflejo de bondad. Pero los Santos y los Sabios son raros, cada vez más raros; y con frecuencia se los persigue más que se los escucha. Y rara vez los mismos que los respetan y honran son capaces de seguirlos.

¿De qué manera podemos emprender, entonces, nuestra rebelión contra Satanás? Con el transcurso del tiempo, los métodos enseñados por moralistas y por ascetas han demostrado ser poco eficaces, pues la imitación y el dominio del Enemigo han ido creciendo constantemente. En la vida tal como hoy es, huir de las tentaciones ha llegado a ser casi imposible; la misma plegaria, que en otros siglos fue un arma eficaz, ha descendido hasta ser, para la mayoría, un ejercicio puramente vocal y por lo tanto inoperante.

No basta detestar al Demonio. La defensa contra el Demonio se muestra cada vez más vana y débil. ¿Qué hacer?

La rebelión universal contra el Demonio reduciría a éste a la impotencia; y eso sería el cumplimiento de nuestra redención. Pero ¿puede concebirse y esperarse que a despecho de las aterradoras lecciones de esta época los hombres consigan liberarse de la inveterada obediencia a la ley de Satanás?

Y sin embargo el fin de nuestra servidumbre hacia el Príncipe de este mundo nos resulta improrrogable y urgente, aun para nuestra misma subsistencia en la tierra.

Si los hombres no son capaces de llegar a ser ángeles, es necesario que Lucifer vuelva a serlo. Si los hombres son incapaces de una conversión total y efectiva, no podemos contar sino con la conversión de Satanás.

Pero ¿es concebible semejante conversión? ¿El que es íntegramente odio podrá, con sus solas fuerzas, volver a encontrar en sí mismo un deseo de amor, un principio de recuperación? ¿Y Dios querrá, por otra parte, perdonar al primer Rebelde, a quien indujo a los ángeles y a los hombres a que se rebelasen? Su omnipotencia no tiene límites —ni siquiera en eso que nosotros llamamos justicia—; y San Pablo nos enseñó a considerar que a

los ojos de Dios es sabiduría lo que a los ojos de los hombres parece locura. Dios podría obtener esa conversión; pero una conversión impuesta desde lo alto estaría en contradicción con la libertad que Dios concedió a sus criaturas.

Pero ¿no podrían los hombres, a quienes Dios mismo invitó para que fuesen sus colaboradores en la redención, hacer algo para redimir a Satanás? Todos los días los cristianos se dirigen al Señor para pedirle que los “libere del Mal”; pero nadie piensa que esta liberación no puede proceder únicamente de Dios. ¿Será acaso necesario que el cuerpo místico de Cristo se ofrezca como víctima para la salvación de Satanás y —consecuencia natural de ello— para salvar a todos?

IX

LOS AMIGOS DEL DIABLO

53

MAGOS Y BRUJAS

No quiero caer en la vulgar tentación a que cedieron muchos de los que han escrito sobre el Diablo: es decir, la tentación de dedicar a los servidores más espacio y tiempo que al amo. Muchas de esas obras son incursiones eruditas o periodísticas por el mundo infame y nocturno de los aquelarres y los jorguineríos, más bien que retratos de tamaño natural de quien es uno de los verdaderos protagonistas de la historia divina y humana. En vez de sondear los problemas que pueden iluminar ante nuestros ojos la gigantesca figura del Antagonista de Dios, esos autores se entretienen contándonos las ambiciones y las proezas de los magos, las locuras y las suciedades de las brujas.

Ese fantocherío romántico sólo tiene importancia para la historia de las costumbres y para el conocimiento de algunas extravagantes singularidades del espíritu humano; pero poco o nada nos dicen de la auténtica esencia del Príncipe de este mundo. Aun cuando considerásemos verídicas las jactancias de los magos, las pretensiones de los ocultistas, las hazañas de las brujas y las eructaciones de los obsesos, poco podríamos sacar en limpio, y que valga la pena, acerca de su amo e inspirador. Se trata, como es fácil verlo, de parásitos abyectos o de aprovechados explotadores.

Los magos no pueden figurar entre los amigos de Satanás, porque no lo aman ni lo sirven, sino que sueñan, únicamente, con poder obligarle, mediante la ayuda de ciertas fórmulas y de ciertos ritos, a que se convierta en su esclavo y les permita realizar prodigios que a las simples fuerzas humanas les resultan imposibles. El ideal del mago consiste en capturar uno o varios demonios y en hacer de ellos, por lo menos durante algún tiempo, otros tantos esclavos sumisos. Esta ambiciosa concepción, que acaso tenga

más de ingenua que de fatua, es un residuo de la magia de los primitivos y del llamado shamanismo que aún florece en algunos pueblos salvajes.

El formidable Rebelde se halla muy por encima de esas prácticas pueriles, burdas y mezquinas. Ninguno de esos cuentos de círculos mágicos y de diablos “para todo servicio” merecen otro epílogo que el no muy bien oliente que Cellini nos cuenta en una famosa página de su *Vida*, allí donde recuerda una invocación demoníaca que presenció en el Coliseo.

El caso de las brujas y de las obsesas es muy diferente. Aquí no hay ni rastros de las teorías que tratan de convertir a Satanás en valet del hombre. Aquellas mujeres se imaginaban que estaban poseídas por el Diablo o que eran sus maritornes. Eran, en su mayoría, histéricas alucinadas, naturalezas perversas que en sus visionarias tragicomedias buscaban, inconscientemente, un desahogo a sus instintos sádicos o a sus fantasías morbosas —sobre todo de carácter sexual—; y de ahí que poco o nada puedan enseñarnos acerca del ser sobrenatural al que se hacían la ilusión de galantear y obedecer.

En algunos países, aun en los llamados “civilizados”, las brujas fueron condenadas y quemadas hasta el siglo XVIII; y se trataba en verdad de una pena atroz e inmerecida, por una alteración mental que hubiera necesitado, más bien, inteligentes cuidados. Pero aquellas desdichadas se sentían tan orgullosas de formar parte de la grey diabólica, de jactarse de poderes milagrosos que las hacían superiores a todas las demás mujeres, y estaban tan profundamente alteradas por ese mismo delirio fantástico, que se hacían cómplices, alegremente, de la crueldad de los jueces, confesando obscenidades y torpezas cometidas en el llamado sábado a las órdenes de su repugnante déspota infernal.

Tanto los magos cuanto las brujas pertenecen, pues, a la patología de la inteligencia, del sentimiento, de la fantasía y de la pasión. Pueden contribuir al estudio de la naturaleza humana; pero nada pueden enseñarnos sobre la Diabología en sentido estricto y justo. Pero los hombres, aun los cultos, prefieren casi siempre el entretenimiento de las anécdotas pintorescas, macabras, puercas, que tan a menudo se dan en la historia de sus semejantes, a la severa meditación en torno al más terrible héroe del poema cósmico, de esa obra en la que han intervenido el cielo y el infierno.

54

EL PACTO CON EL DIABLO

No hay Demonología científica o histórica en que no se hable, con complacencia erudita y prolija, de los hombres, oscuros o famosos, que se han vendido al Diablo mediante un pacto formal. En todas las obras de teatro donde Satanás figura como uno de los protagonistas, desde *El esclavo del Demonio* (1612) de Mira de Amescua hasta el Fausto de Goethe, se asiste a la estipulación de ese contrato.

Cristóbal Marlowe figura entre quienes dan, en su *Tragical History of Doctor Faustus*, el texto del pacto;

“Con las siguientes condiciones: Primero: que Fausto podrá ser un espíritu, en forma y en sustancia.

“Segundo: que Mefistófeles será su servidor y se pondrá a sus órdenes.

“Tercero: que Mefistófeles hará todo por él y le procurará lo que necesite.

“Cuarto: que será, en el cuarto o en la casa, invisible.

“Último: que se le aparecerá a dicho John Faust, en cualquier momento, bajo las formas y con el aspecto que él quiera.

”Yo, John Faust, de Wittenberg, doctor, cedo por el presente acto, cuerpo y alma a Lucifer, príncipe de Oriente, y a su ministro Mefistófeles; y les concedo además plenos derechos, una vez transcurridos veinticuatro años y si no ha habido violación de los artículos arriba fijados, para que transporten al susodicho John Faust, en cuerpo y alma, en carne y sangre y con todos sus bienes, adonde quiera que tengan su morada. De mi puño y letra: John

No he transcripto ese fantástico documento por simple hijo literario, sino para demostrar cuál es el grado de estupidez e inverosimilitud de los

famosos pactos. A pesar de ser un poeta de recursos geniales, Marlowe no encuentra nada mejor que este ingenuo arreglo: un hombre tendrá durante veinticuatro años a su servicio un demonio, y al final lo recompensará con su propio encarcelamiento, atroz y eterno, en las llamas infernales. No obstante la sed de saber y de poder que atormentaba al doctor Fausto ¿no es éste, aun para la inteligencia más mediocre, un *marché de dupes*?

A pesar de los testimonios y de las leyendas yo tengo la seguridad de que jamás hubo pactos de ninguna clase entre los hombres y Satanás. Serían una prueba más de la locura del hombre y de la imbecilidad del Diablo. Si Mefistófeles no es un idiota y si el doctor Fausto no es un insensato, no se ve ni se entiende cómo aceptan tales convenios.

En primer lugar ¿cuál puede ser la ganancia del Diablo? Con las tentaciones más burdas, se apodera de innumerables almas; otras almas igualmente innumerables caen en sus manos sin que necesite hacer un solo ademán ni dar un solo paso. ¿Por qué habría de hacer tal derroche de favores y de servicios para procurarse una que otra alma supernumeraria?

Se dirá que se trata de almas selectas y magníficas que excitan su especialísima gula. Pero también habrá que pensar que si tales almas están dispuestas a firmar el compromiso por el cual aceptan el infierno para toda la eternidad a cambio de algunos pases de prestidigitación y de algunas voluptuosidades de la carne o del espíritu, es evidente que en esas almas ya se da el germen y la concupiscencia del mal. No es necesario, pues, que el Diablo se convierta en esclavo de sus caprichos y en mediador de sus placeres: esos hombres, tan bien dispuestos a renunciar a Dios y a la salvación, caerán tarde o temprano por sí mismos en el pecado y en la perdición.

Bastará esperar o, a lo más, atizar esos perversos espíritus con algún toque de adecuada tentación. Concederles señorío sobre los espíritus del mal es un gasto superfluo e inútil. En caso de que tema un arrepentimiento *in extremis* del pecador, por el cual éste se le escape de las garras, el Diablo debe pensar que para la misericordia y omnipotencia de Dios no hay obstáculos y que de cualquier modo esa alma se salvará, aun cuando haya firmado cien pergaminos.

Por otra parte ¿dónde está la conveniencia de quien promete su alma al demonio? Si cree en Satanás y en el infierno, casi seguramente ha de creer, también, por necesidad lógica, en Dios y en su justicia. Ha de saber, por ello, al firmar el pacto, que existe una beatitud eterna y una eterna condenación. Pero ¿es concebible que un hombre no trastornado por la locura desee un pacto según el cual promete pagar con una tortura espantosa, física y espiritual, que no tendrá término, pocos años de satisfacciones terrestres? ¿Qué significan veinticuatro años —y aun cincuenta— de desahogo de las concupiscencias mentales y carnales, comparados con la eternidad? Unas cuantas curiosidades satisfechas, algunas jovencitas seducidas, uno que otro efímero prodigio, ¿pueden valer, aun a los ojos del más ávido de los intelectuales, la pérdida de una dicha inefable y perenne?

En la tierra hay hombres que por el deleite de una hora o de un día pierden la libertad para toda la vida; pero casi siempre se los considera víctimas de un furor invencible o de una naturaleza incurablemente perversa.

Pactos semejantes al del doctor Fausto presuponen, por ende, que el Diablo es estúpido y que el hombre es loco. Ni una ni otra cosa son absolutamente imposibles, como lo prueban la historia diabólica y la humana. Pero por otra parte el Demonio es famoso principalmente por su astucia. Y quienes le habrían vendido el alma son, por lo común, hombres de mucha ciencia e ingenio. El Diablo puede encarnarse en ellos y dominarlos, cuando así lo desee; pero me parece difícil que se avenga a ser su sirviente.

55

LOS ADORADORES DEL DIABLO

Aún hay en la tierra cerca de sesenta mil adoradores del Diablo. Son los yezidíes, que viven en el monte Sindyar, en la alta Mesopotamia. Se trata de una secta hereje musulmana que venera como héroe al califa Yezid, quien hizo morir al nieto de Mahomed Husaya.

Pero el Diablo que adoran no es, como algunos imaginan, el que Occidente conoce y teme. El demonio musulmán Iblis se condenó —según los teólogos del Islam— por su exclusivo amor a la pura idea de la Divinidad.

Según los libros sagrados de los yezidíes —el *Libro de la Revelación* y el *Libro Negro*— el Diablo es, sí, un Arcángel caído; pero fue luego perdonado, y Dios le confió el gobierno del mundo y la dirección de la transfiguración de las almas. Ese ángel, a quien los yezidíes llaman Malak Tawus, es decir el Ángel Pavo Real, es, por ello, un ministro de la Divinidad suprema, un rebelde arrepentido y perdonado y, en consecuencia, digno de reverencia y de culto.

A primera vista este Diablo podría parecer distinto del Satanás del Judaismo y del Cristianismo, pero toda la diferencia —esencial, en verdad— reside en el hecho de que Dios lo ha perdonado. Pero algunos antiguos Padres cristianos consideran, al igual que los yezidíes, que a Satanás le ha sido confiado el gobierno del mundo material; y uno de ellos, Orígenes, ha sostenido que, al final de los tiempos, también él será perdonado.

No estará de más agregar que los yezidíes veneran, junto al Diablo, al famoso Hallaj, crucificado en Bagdad, en 922, por su doctrina de la deificación del hombre mediante el puro amor de Dios.

La teoría de la deificación del hombre se halla también, aunque teológicamente desinfectada, en la filosofía cristiana, y puede verse justificada fácilmente en la Escritura. Pero sólo en la religión de los calumniados yezidíes, se dan, reunidos, estos dos paradójicos puntos culminantes de la fe: que el Demonio volverá a ser ángel y que el hombre llegará a ser semejante a Dios. Estos supuestos “adoradores del Diablo” —que adoran, en cambio, el perdón de Dios y la divinidad del hombre— constituyen uno de los más altos testimonios de la conciencia religiosa.

Pero su número decrece continuamente; y apenas si se susurra algo de ellos como de una extraña curiosidad provinciana del Asia ya decaída y supersticiosa.

56

EL APOLOGISTA DEL DIABLO

De los modernos, el único que haya escrito una apología del Diablo es, que yo sepa, un alemán: un médico alemán convertido en su juventud a la más germana de las filosofías —la de Kant—.

Se llamaba Juan Benjamín Ehrard (1766-1827); y cuando apenas tenía veintinueve años, en 1795, publicó en el *Philosophisches Journal* su *Apología del Diablo*. Aunque es probable que ese escrito haya sido concebido durante el Terror, en él no hay nada propiamente revolucionario, ni nada que sea histórico o teológico: el Diablo de Ehrard no es el Satanás del Cristianismo, ni el Ahrimán de Zarathustra, ni el Iblis musulmán, sino sencillamente un concepto abstracto que podría identificarse con el de la pura Maldad.

Ehrard cree que se puede construir junto al sistema de una moralidad fundada en el Bien, otro, de igual coherencia, fundado en el Mal; y se esfuerza por edificarlo y aclararlo, con lógica de filósofo y de jurista, mostrando cuáles son sus principios y cuáles sus consecuencias. Se trata, pues, de la fantasía dialéctica de un kantiano, y no, como podría hacer suponer el título del ensayo, de un intento de herejía satanista.

No vale la pena reproducir aquí los sutiles y con frecuencia agudos razonamientos del joven médico filósofo. Me limitaré a reproducir lo que a mi juicio es la parte más sabrosa del escrito de Ehrard, es decir, las siete normas de vida que se derivarían de una consciente moral de la pura Maldad.

“1. No seas nunca veraz, y trata de parecerlo. Porque, si eres veraz, los otros podrán contar contigo: servirás a los demás y ellos no te servirán a ti.

"2. No reconozcas propiedad alguna, pero afirma que la propiedad es sagrada e inviolable, y apodérate de todo. Si puedes poseerlo todo como si fuese tuyo incuestionablemente, todo ‘dependerá de ti.

”3. Sírvete para tus fines de la moralidad ajena, como si se tratase de una debilidad.

”4. Incita a todos al pecado, y finge al mismo tiempo reconocer la moralidad como necesaria.

”5. No ames a nadie.

”6. Haz desdichado a cuantos no quieran depender de ti.

”7. Sé totalmente coherente, y no te arrepientas jamás de nada. Resulte lo que resulte, haz, sin vacilaciones, lo que hayas decidido. De ese modo demostrarás tu independencia y, con la homogeneidad de tu conducta, cobrarás apariencia de hombre justo, y eso te proporcionará un medio eficaz para conseguir que los otros se conviertan, sin darse cuenta de ello, en esclavos tuyos.”[44]

Cuando se acerca a la vida concreta, como sucede en estas máximas, el abstractista kantiano demuestra ser un buen médico, es decir, un naturalista que sabe observar y prever la conducta de los hombres.

Meditando sobre esa página podemos, efectivamente, hacer un curioso descubrimiento. Esas máximas que según el pensamiento de Ehrard debían ser ficciones hipotéticas de una moralidad basada en el Mal puro, aparecen hoy aplicadas, a ojos vistas, por buena parte de “nuestra digna especie”. Y no sólo por los bribones y los malhechores, sino también por una gran mayoría de "personas respetables”, en la que no faltan hombres políticos y hombres de negocios, conductores de masas y hasta gobiernos íntegros. Lo cual, si no me equivoco, significa que mi Papa Celestino VI tenía razón cuando afirmaba que la verdadera doctrina que inspira la conducta de los hombres y de los pueblos —aun de los que se jactan de cristianos— no es el Cristianismo sino más bien el Ahrimanismo, o la Moral Humanitaria, o Solidarista, o Laica, y así sucesivamente.

La mayor parte de los hombres declara que quiere seguir el Bien, el Amor, la Justicia, la Verdad, la Ley Moral —ya se trate de la divina o de la humana—; pero luego, en la práctica efectiva de la vida, no son sino secuaces y discípulos del Diablo, es decir, diligentes traductores de las

máximas que aquel alemán kantiano enunció con tanta claridad y con tanta franqueza.

X

EL DIABLO Y LA LITERATURA

57

EL DIABLO Y LOS POETAS

Ya he traído a colación la denuncia de Baudelaire: “La mejor treta del Diablo es la de convencernos de que no existe.”

Frase especiosa, que gustó y que gusta. Pero ¿corresponde a la verdad? Aun cuando al Diablo se le haya ocurrido esa treta, no se alcanza a ver su éxito. El mismo Baudelaire, con sus *Letanías de Satán*, demostró que no había caído en la celada.

Y los poetas, mucho más sensibles que los teólogos, no se han quedado prendidos en el pegapega de Satanás, y se han preocupado por conservar viva la terrible figura, ante los ojos de la mayoría, es decir, de quienes leen poemas y tragedias y no han hojeado nunca un libro de teología.

La literatura de la Edad Media está poblada de diablos de todo tipo y figura. En el Renacimiento, fueron sobre todo los pintores quienes recordaron el Demonio a los hombres: basta con Signorelli y con Miguel Ángel.

Pero en los tiempos modernos fueron los poetas, especialmente, quienes mantuvieron despierta la imaginación de los pecadores. Tasso pone en primer plano a su Pluto al comienzo de la *Jerusalén*; el más grande de los poetas holandeses, Vondel, dedica su obra maestra a Lucifer (1654); Calderón lo pone en *El mágico prodigioso* (1637); Milton hace de él el personaje principal de su *Paraíso perdido* (1667); De Vigny (1824) y Lermontov (1840) hacen de él el héroe de pequeños poemas famosos; Goethe, en su *Fausto*, hace de Mefistófeles uno de los protagonistas de la tragedia; Leopardi bosqueja un *Himno a Ahriman* (1835); Víctor Hugo le dedica un libro íntegro, *El fin de Satanás* (1886); Dostoyevski lo hace hablar largamente en la más famosa de sus novelas, *Los hermanos*

Karamázov (1879-1880); Ibsen lo evoca con el nombre de “Gran Corvo”, en su drama más significativo, *Peer Gynt* (1867). Y no cito los menores que, como el Demonio, son legión.

Luego de la decepción de los teólogos, los poetas más famosos han ocupado el lugar de éstos, como escoltas de alarma; y gracias a ellos el Diablo ha fracasado en el diabólico propósito de conseguir que nos olvidásemos de su existencia.

58

EL DIABLO Y EL TITANISMO ROMÁNTICO

En el titanismo de los románticos del *Sturm und Drang* podemos advertir una resurrección y rehabilitación del Diablo. Como todos los extravagantes revolucionarios de la primera hora, los primeros románticos se sentían impulsados a ensayarlo todo, a destruirlo todo, a romper todos los yugos, a voltear toda autoridad.

No tiene por qué asombrar, pues, que en *Los bandidos* (1781) de Schiller, que fue uno de los más estrepitosos manifiestos del romanticismo alemán, aparezca una apología de Lucifer. Moor grita: “El ser que se atrevió a desafiar en duelo al Omnipotente, ¿no era un genio extraordinario?… Es preferible asarse en el fuego de Belial en compañía de Borgia y de Catalina, a sentarse a la mesa celestial con todos esos vulgares imbéciles.”

El pensamiento es de una ingenuidad infantil; sin embargo, constituye el eco de frases atribuidas a un hombre que pasaba por muy astuto: nada menos que Maquiavelo. El autor de *Belgafor archidiablo* habría dicho que prefería ir al infierno, donde hubiera podido tratar a tantos hombres doctos y de ingenio, a ascender al aburrido remo de los beatos.

No es cosa segura, ni mucho menos, que haya dicho esto. Pero si Maquiavelo lo hubiese dicho, tendríamos un argumento más a favor de Alfredo Oriani, quien quiso demostrar —y a mi juicio lo consiguió— que el Secretario Florentino fue, a pesar de su fama, mucho más ingenuo que sagaz.

59

EL NIÑO BYRON Y EL DIABLO

Cuando Jorge Byron tenía poco más de cuatro años, la madre lo mandó a la escuela de Mister Bowers, donde para ser iniciado en los misterios de la lectura había que pagar cinco chelines por trimestre.

En una de las primeras páginas del librejo de texto, el pequeño Byron leyó estas palabras que jamás olvidó: "Dios hizo a Satanás, y Satanás hizo el pecado.”

La niñera Mary Gray había educado a Jorge en un saludable terror a Satanás y a sus llamas. Pero ahora el libro de lectura enseñaba al niño que Satanás había sido hecho por Dios, y que ese hijo de Dios había tenido por hijo al pecado. ¿Cómo era posible que Dios hubiese creado a Satanás dándole la posibilidad de errar, de pecar, de hacer el mal? Dios era el padre de Satanás, Satanás era el padre del pecado; por lo tanto —pensó en seguida Lord Byron—, Dios es el abuelo del pecado. Hubiera debido no poner en el mundo a Satanás, o formarlo de una sustancia más pura, de modo que fuese incapaz de perjudicarse a sí mismo y de perjudicar a los demás.

Razonamientos de niño; de acuerdo. Pero ¿no dijo Cristo, acaso, que a los niños les será dado entender lo que a los sabios les resulta oscuro?

60

EL CANTOR DE AHRIMÁN

El verdadero “cantor de Satanás” no es, en Italia, Carducci, que bajo la influencia de Michelet vio en Satanás el símbolo de la libertad, de la ciencia, del progreso —es decir, un numen benéfico, contrapuesto al “Jehová de los sacerdotes”; en suma, un redentor, una divinidad buena, propicia, próvida y simpática—. El Lucifer de Carducci no tiene nada que ver con el verdadero Lucifer de la tradición y de la teología cristiana.

El auténtico “cantor de Satanás” —entendiendo a Satanás como principio y soberanía del Mal— es en cambio Giacomo Leopardi. En una famosa poesía había aludido al

> brutto poter
> che ascoso a común danno impera[45]

pero sin atreverse a llamarlo por su nombre. Pero se veía que ese “Poder maligno” era el Diablo y que sólo éste reinaba, no como antagonista de Dios, sino en el lugar del Único Dios.

Casi al final de su vida, Leopardi —que años antes había trazado el plan de algunos himnos cristianos— bosquejó un himno a Satanás; pero tampoco esta vez —acaso por un extremado escrúpulo verbal— se atrevió a llamarlo con su nombre hebreo y cristiano, y recurrió a la teología de Zarathustra: lo llamó *Arimane*.

Ese compendio de la religión satánica de Leopardi no fue terminado nunca, y quedó inédito hasta 1898, cuando una comisión presidida por el “cantor de Satanás” lo publicó junto con otros escritos.

En el bosquejo que nos ha llegado, el himno a Ahrimán no es largo, pero contiene todos los elementos del desesperado pensamiento de Leopardi. Vale la pena reproducirlo íntegro:

> “Rey de las cosas, autor del mundo, arcana
> maldad, poder supremo y suprema
> inteligencia, eterno
> dador de los males y rector del movimiento,

yo no sé si eso te hace feliz, pero mira y goza, etc. contemplando eternam., etc.

Producción y destrucción, etc., para matar, pare, etc. sistema del mundo, todo es padecim. La naturaleza como niño que deshace en seguida lo que ha hecho, vejez. Hastío o pasión llenos de dolor y de desesperación: amor.

Los salvajes y las tribus primitivas sólo te reconocen a ti, bajo diversas formas. Pero los pueblos civilizados, etc., con distintos nombres el vulgo te llama Hado, naturaleza y Dios. Pero tú eres Ahrimán, el que, etc.

Y el mundo civilizado te invoca.

Callo las tempestades, las pestes, etc., dones tuyos, que no sabes dar otra cosa. Tú traes heladas y sequías.

El mundo delira buscando nuevas ordenaciones y leyes y espera perfección. Pero tu obra permanece inmutable, porque p. naturaleza reinarás siempre. Audacia y engaño; sinceridad y modestia quedarán atrás, y la suerte será enemiga del valor, y el mérito no conseguirá abrirse paso, y el justo y el débil serán oprimidos, etc., etc.

Vives, Ahrimán; y triunfas y siempre triunfarás.

Envidia hacia los hombres atribuida a los dioses por los antiguos.

Animales destinados a ser comidos. Serpiente boa. Numen piadoso, etc.

¿Por qué, Dios del mal, has puesto en la vida apariencias del placer? ¿El amor?… ¿Para torturarnos con el deseo, con la comparación con los demás y con el tiempo pasado, etc.?

No sé si te agradan las alabanzas o las blasfemias, etc. Tu alabanza será el llanto, testimonio de nuestro padecimiento. De mí no obtendrás llanto, por cierto: tu nombre será maldito mil veces por mis labios, etc.

Pero yo no me resignaré, etc.

Si se le puede pedir una gracia a Ahrimán, etc., concédeme no pasar del 7° lustro. Yo he sido en la vida tu mejor predicador, etc., el apóstol de tu religión. No te pido ninguno de los llamados bienes: te pido la muerte considerado el mayor de los males (no te pido riquezas, etc. ni amor, único digno motivo de vivir, etc.). No tolero la vida, ya no la tolero.”[46]

Los conceptos son claros; más aun: demasiado claros; y se reducen a una sucinta y apresurada exposición del pesimismo leopardiano: el Mal triunfa y habrá de triunfar siempre; el autor y regidor de un mundo tan tétrico y desdichado no puede ser sino el mismo Dios del Mal, o sea, para decirlo a la manera persa, Ahrimán.

Leopardi sólo toma del zoroastrismo la divinidad malvada; no alude siquiera a Ormuzd (o Ahura Mazda), principio luminoso del Bien, y menos aun a su triunfo final, que el Avesta nos presenta.

Leopardi fue por momentos un gran poeta, pero como pensador es mediocre y sin originalidad, según lo demuestra también ese su himno a Ahrimán. Ni siquiera se acuerda del problema de la resistencia y de la supervivencia del mundo: si todo estuviese inspirado y dominado por el Mal, que es destrucción y suicidio ¿cómo podría seguir existiendo la vida?; ¿y cómo podrían los hombres imaginar el Bien, y definirlo, y desearlo, si el universo y la humanidad íntegros no fuesen más que formas, y leyes, y acciones del Maligno? Si él hombre se rebela contra el Mal, y si se queja, y si trata, como puede, de imponérsele y de derrotarlo, eso significa, ciertamente, que en él hay alguna idea, algún germen, alguna semilla, algún instinto, del Bien. El mismo Leopardi eleva su himno a Ahrimán con profunda amargura y con dolido sarcasmo. Eso quiere decir que su espíritu no se adhiere a ese Mal, sustancia total y verdadero dominador del mundo y de los hombres.

El himno a Ahrimán de Leopardi es infantil y contradictorio, como tantas otras tentativas filosóficas suyas; pero era preciso recordarlo porque representa, en la literatura italiana, el único testimonio de una teoría teológica del Mal absoluto, es decir, del Diablo.

61

EL DIABLO Y EL NOVELISTA NORTEAMERICANO

Indro Montanelli, el autor de *Incontri*, quiso entrevistar'in día, en Venecia, al famoso novelista norteamericano John Dos Passos. En cierto momento, el escritor italiano tuvo una imagen feliz y justa: "Toda explosión de motor es un acceso de tos del Diablo."

Pero Dos Passos no entendió el significado de la aguda comparación. "¿Cómo? ¿El Diablo? ¿Qué quiere decirme con 'el Diablo'?" Y Montanelli, sorprendido por la pre gunta, agrega: "Si yo fuese Dios, no confiaría en un hombre que no sabe quién es el Diablo, y lo mandaría al infierno para que lo conociese." (*Corriere della Sera*, 4 de octubre de 1949)

Bien pensado y bien dicho. Esa ignorancia es, además, escandalosamente vergonzosa en un novelista que manipulea y amasa el pecado como materia prima; y sobre todo en Dos Passos, que describe las formas más diabólicas de la vida norteamericana de nuestros días.

La creación de la obra de arte exige e implica cierta dosis de sensualidad y cierta dosis de orgullo, y supone por ello alguna complicidad con el Diablo, de la que el artista no siempre se da cuenta. Un artista que no tenga alguna familiaridad con el Diablo, aunque sólo sea para esquivarlo o para dominarlo, no puede ser un verdadero artista.

62

LIBROS INSPIRADOS POR EL DIABLO

La Sagrada Escritura es de inspiración divina, como enseña la Iglesia. En oposición a ella puede haber escrituras humanas de inspiración diabólica. Jamás se le ha negado al Diablo alguna forma de perversa genialidad, y sería extraño que no hubiese aprovechado, además de sus propias artes maléficas, el arte literario ejercitado por los hombres.

En la literatura europea hay algunas obras que por su contenido sofístico, blasfemo y nihilista, podrían haberse debido a dictados del espíritu de Satanás. Éste, no lo olvidemos, es "loico"[47], como dijo Dante, y se complace en la negación intelectual cuanto en las bajezas bestiales.

Algunos polemistas católicos tuvieron por "obra del Diablo" muchos libros que les parecían errados y nefastos por cuanto se oponían a los principios y a los intereses de la Iglesia. Pero empleaban esa expresión con demasiada facilidad y sin creer, probablemente, en una verdadera y auténtica inspiración directa de Satanás. Pero hay algunos libros para los cuales precisamente esa hipótesis de una colaboración demoníaca resulta bien verosímil.

Uno de esos libros es, desde luego, el *De Tribus Impostoribus*, donde se pretende demostrar que Moisés, Jesús y Mahoma no fueron sino astutos impostores. La primera edición del famoso y casi inhallable opúsculo es de 1598; pero se le atribuyó nada menos que al emperador Federico II de Suabia, que tenía fama de incrédulo. El autor del texto que poseemos es sin embargo muy posterior, seguramente. Y se han propuesto muchos otros nombres, entre ellos el de Fausto de Longiano.

En el mundo protestante, y especialmente en el inglés y puritano, estuvo muy difundida la opinión de que *El Príncipe* de Maquiavelo era una obra

inspirada por el demonio, ya que a aquellos cándidos fanáticos el libro les parecía un breviario de todas las artes infernales para dominar y suprimir a los hombres. Hoy nadie acepta esa maliciosa opinión —por lo menos entre los católicos—; y en cambio se podría atribuir, con mayor verosimilitud, inspiración diabólica a la obra de un inglés, el famoso *Leviatán* (1651) de Tomás Hobbes. Este libro es, como se sabe, una terrible síntesis del materialismo radical y del determinismo absoluto: Nada de espíritu, nada de libertad; la conclusión natural es que la vida humana consiste en la "guerra de todos contra todos”.

En el mundo anglosajón no faltan otras obras que podrían parecer inspiradas por el Adversario. Piénsese, por ejemplo, en *El Matrimonio del cielo y del infierno* (1790) de William Blake, donde los proverbios infernales tienen una irreverente desenvoltura que hace pensar en el futuro Nietzsche. Piénsese también en el *Manfredo* y en *El Vampiro* de Byron, y en el *Melmoth errante* de Maturin (1820), que narra la terrible vida de uno de los más aterradores monstruos morales creados por la llamada escuela de la “novela negra”. Y es necesario no olvidar el célebre ensayo *El asesinato como una de las bellas artes* (1827, 1839, 1854) de Tomás de Quincey, uno de cuyos ecos se oye en el famoso ensayo *Pluma, lápiz y veneno* de Oscar Wilde, publicado en el volumen *Intenciones* (1891), donde se cuentan las delictuosas hazañas de: diabólico criminal Thomas Griffiths Wainewright. Con su habitual y despiadada agudeza Edgar Alian Poe expone la teoría de esa complacencia en el mal por el mal en su célebre cuento filosófico *El instinto de la perversidad*, donde se describe la atracción del abismo. Aquellas ideas de Poe tuvieron mucha influencia en Baudelaire y, a través de éste, en no pocos decadentes europeos. Reflejos satánicos aparecen también en la obra de un contemporáneo de Baudelaire: *Madame Putiphar* (1839) de Petrus Borel. Éste fundó, pocos años más tarde, en 1844, un diario que se llamaba Satanás.

Francia conocía ya otro libro todavía más satánico, el *Testamento* del cura Mellier (o Meslier), muerto en 1729, del cual publicaron algunos fragmentos Voltaire (1762) y d’Holbach (1772).

En el *Testamento* se leía la frase macabra, famosa en la época de la Revolución Francesa, en la que el sacerdote Mellier decía que había que

ahorcar al último cura con las tripas del último rey.

También la obra maestra de Max Stirner, *El Único y su propiedad* (1843), que en nuestros tiempos ha llegado a ser el texto sagrado de la anarquía absoluta, puede hacer pensar, especialmente en su primera parte, en una tétrica insuflación del Adversario.

Diversas personas piadosas han creído encontrar el hálito y el soplo del dictado luciferino en la pequeña obra de Federicho Nietzsche *El Anticristo* (1888), una de las últimas que el filósofo escribió antes de la locura y en la cual se reafirma la condena de la moral cristiana de la piedad. Pero en *Zarathustra* y en otras obras de Nietzsche podrían verse, aún mejor, el tono y los arranques satánicos.

En la literatura contemporánea son innumerables los libros que parecen sugeridos por el Príncipe de las tinieblas. Pero el más tremendo, a pesar de la aparente mesura del relato, que no hace ningún despliegue de desahogos infernales, me parece que es la *Metamorfosis* (1916) de Franz Kafka. En la historia de aquel hombre mediocre que de pronto se convierte en gusano[48] y vive horrible pero silenciosamente su vida de gusano hasta el día en que tiran a la basura su blanduzca carroña, creo advertir la befa más siniestra que el Demonio ha imaginado para humillar y torturar al hombre. También en *El Proceso* (1925), del mismo Kafka, se adivinan las crueles intenciones de un Diablo clandestino y anónimo que turba las almas en forma indirecta pero implacable, destacando una misteriosa culpa que puede ser tanto el pecado original cuanto el de todos nosotros en todos los días de la vida.

El problema que se plantea es éste: ¿los autores de las obras que acabamos de recordar tuvieron o no conciencia, clara u oscura, de una inspiración satánica, total o parcial? Lo probable es que la mayoría no la advirtiese, porque una de las más famosas tretas del Diablo es precisamente la de no hacerse notar, como le sucede al traidor del dicho popular, que “tira la piedra y esconde la mano”.

Sólo uno de ellos, André Gide, tuvo presente ese problema y lo resolvió concluyendo que en todas las artes es necesaria la participación demoníaca. Con una franqueza que provoca admiración y temor, afirmó, en efecto, que “sin la colaboración del Demonio no hay verdadera obra de arte”[49].

63

LA TIERRA PROMETIDA DE SATANÁS.

De Julio César en adelante, se ha escrito copiosamente sobre la “dulce Francia”; pero nadie, creo, ha hecho acerca de ese país el extraño descubrimiento que aquí anuncio. Francia es la tierra prometida del satanismo.

No tomo esta expresión en el sentido vulgar, pintoresco y anecdótico. La tomo y la adopto en un sentido más justo y profundo: complacencia consciente en el mal por el mal; afición a las perversiones crueles; teoría y práctica de la rebelión contra Dios y contra toda ley moral, de manera especial contra la cristiana.

Me importa, ante todo, el florecimiento intelectual o, mejor, cerebral de esa pasión satanista; pero no sería difícil hallar en la historia de Francia ejemplos de “satanismo en acción”, ejemplos de ferocidad empecinada y triunfante. Podrían recordarse las hazañas (no legendarias) de Gilíes de Raiz y, en épocas más recientes, los espantosos suplicios de Damiens y de Ravaillac, las sanguinarias bravatas de Cartouche y de Mandrin, y, durante la Revolución las matanzas de setiembre, los “ahogamientos” en el Loira y los estragos de Lyon. Horrores parecidos y hasta tal vez más espantosos, podrían encontrarse en las crónicas rosas y negras de otros países; pero lo propio de Francia es la justificación filosófica, la delectación literaria, la glorificación poética de la crueldad por la crueldad, del mal por el mal, del delito gratuito y perfecto.

Amo inmensamente a Firancia, su ¡arte, su literatura y su civilización. No tengo, pues, ningún propósito de calumniarla. Y para demostrar que no hablo al azar ni en broma, me veo obligado a una larga enumeración de nombres y de obras.

El primer escritor que enunció repetida y prolijamente la teoría de la superioridad del mal sobre el bien y la de la belleza de la crueldad fue un francés, el famoso Marqués de Sade. Sus contemporáneos, siguiendo los fantaseos de Rousseau, pensaban que el secreto de la felicidad y de la bondad consiste en seguir a la naturaleza. Sade los tomó al pie de la letra y, con dialéctica infernal, demostró que en la naturaleza viviente hay continuos ejemplos de lucha feroz, de asesinato, de lujuria. En sus novelas, en sus diálogos, en sus obras de pensamiento, Sade se propone revelar la legitimidad de la tortura y del asesinato, la superioridad del vicio y del pecado sobre la virtud, la ridiculez de todo principio ético, la voluptuosidad de hacer sufrir a los semejantes. Asoció casi siempre esas teorías inhumanas y anticristianas a los placeres del sexo; pero en realidad su fecunda concepción de la vida como ejercicio y satisfacción del mal trasciende claramente los límites de la lujuria criminal, y es algo más amplio y general. La verdadera esencia del Sadismo es el satanismo en su sentido más radical y extremo.

La influencia de Sade fue, aunque subterránea, profunda; y se dilató cada vez más. Un contemporáneo del “divino marqués”, Lacios, presentó como protagonista de su *Liaisons Dangereuses* (1782) a una mujer de índole satanizante, aquella Marquesa de Marteuil, sádica menos vulgar pero aún más sutilmente perversa que cierta* horribles heroínas de las novelas de Sade.

También el Julien Sorel de *Rojo y Negro* (1830) de Stendhal tiene reflejos satánicos en su siniestro maquiavelismo ambicioso sin escrúpulos. Pero esos reflejos cobran aún más vida en otros héroes de la literatura francesa del Ochocientos. El Vautrin de Balzac es, antes de su última y tardía encarnación, una de las más famosas manifestaciones del Satanismo literario francés; el misterioso delincuente personifica la tendencia al delito por el delito, la venganza diabólica contra el mundo y la sociedad. De sus frases a Rubempré y a Rastignac se podría extraer un breviario de altanero y demoníaco cinismo.

En las obras de segundo orden del romanticismo francés, se podrían rastrear otras encarnaciones del monstruo sádico, emparentadas también

con las creaciones byronianas; pero aquí sólo quiero tener en cuenta, por honestidad en las pruebas, las figuras más significativas.

En Baudelaire ondula y asoma continuamente la inspiración satánica, y no sólo en las *Letanías de Satán* de las *Flores del Mal* sino también en algunos fríos y crueles apólogos de los *Pequeños poemas en prosa*. Recuérdese por ejemplo la cruel fantasía del Vitrier. Baudelaire tuvo por maestro no sólo a Sade sino también al Poe de *El instinto de la perversidad*.

Un escritor católico, pero no siempre conformista, Barbey D'Aurevilly, escribió un volumen íntegro de cuentos *Diaboliques*, y uno de los más famosos lleva este significativo título: *La felicidad en el crimen*.

El poeta épico del Satanismo francés es el desdichado Isidoro Ducasse, que, muy joven, publicó sus *Cantos de Maldoror* (1869) bajo el nombre imaginario de Conde de Lautréamont. Ese poema en prosa —considerado el texto clásico del Surrealismo— es un aquelarre de visiones satanistas. Ducasse tiene una cuestión personal con Dios y presenta a Éste como autor o inspirador de fantásticas torpezas, de crueles indecencias, de atroces porquerías. Por lo infernal de sus visiones protervas y sacrilegas, el falso Lautréamont resulta el principal heredero y continuador del satanismo de tipo sádico.

Con menor violencia, pero con intenciones polémicas y satíricas, el odioso héroe del mal por el mal reaparece en Villiers de l'Isle Adam, el autor de los *Cuentos crueles*. Su *Tribulat Bonnomet*, el "matador de cisnes", el sádico enemigo de la belleza, de la libertad, de la vida, es uno de los antecedentes del burlesco, pero bestial y feroz *Roi Ubu* de Jarry.

El último poema de Rimbaud es *Una temporada en el infierno*; y, como era de esperar, el poeta dialoga, sin estremecerse, con el Rey del Infierno: "Serás una hiena, etc…, —exclama el demonio, que me coronó con tan bonitas adormideras. —Conquista la muerte con todos tus apetitos y tu egoísmo, y todos los pecados capitales. —¡Ah, he tomado demasiado 1 pero, mi querido Satanás, os lo suplico: miradme con pupilas— menos feroces." Y el poema no es sino un fajo de hojas de su "carnet de un condenado".

Encontramos evidentes huellas de un satanismo más deliberado y, casi diría, pedante, en un escritor famoso que al final se hizo católico: en el

Huysmans de *Al revés* y *Allá lejos*. Pero en *Las cuevas del Vaticano*, de André Gide, con su teoría realmente diabólica del "crimen gratuito" cometido por su héroe Lafcadio, volvemos a encontrar un texto satanista, pero más auténtico y original. En el último libro escrito por Gide, hallamos esta extraña confesión: "Si creyese en el diablo (a veces he fingido creer —¡es tan cómodo!—), me parece que pactaría inmediatamente con él."[50]

Pero la atracción demoníaca es en Francia tan viva y permanente que no perdona, como hemos visto, ni siquiera a los escritores católicos. Georges Bernanos, que se hizo famoso con su novela *Bajo el sol de Satanás* (1926), está obsesionado a través de toda su obra por los íncubos y las trampas diabólicas. François Mauriac, el gran casuista del pecado, creó, en sus historias de familias infernales, personajes dominados por la salvaje pasión del mal; algunas de sus figuras de mujeres, espantosamente perversas, parecen escapadas de un erebo de monstruos morales.

El pensamiento misógino de Henry de Montherlant está saturado con frecuencia de espíritu satanista, especialmente en *El demonio del bien*. De ese libro bastarán algunas líneas, aquellas donde se afirma, y con demasiada claridad, la superioridad de Satanás: "Por todo lo que de Dios conocemos, por las palabras, los sentimientos, los actos que le han atribuido todas las religiones en los siglos de los siglos, sabemos que Dios es idiota. El Demonio es su antítesis, y de ahí que se lo pueda creer inteligente; por lo demás, acumula pruebas de ello."[51]

El Diablo no aparece en *El extranjero* de Camus (1942), pero su terrible protagonista, Meursault, en quien la indiferencia cínica llega al delito inútil y al desesperado desafío a cuanto hay de humano, es la más horrible figuración del satanismo existencialista. Si bien Meursault se mueve en la trivialidad de escenarios y de hechos corrientes y realistas, y no en el fantasmagórico y romántico pandemónium de los *Cantos de Maldoror*, el "extranjero" de Camus es aún más demoníaco que el héroe de Lautréamont y que el Lafcadio de Gide.

Satanás aparece sólo como una sombra en *El Diablo y Dios* (1951) de Sartre, pero Gotz, el condotiero, despiadado y sin prejuicios que en vano trata de convertirse al bien, pertenece a la familia de los héroes maléficos y bestiales salidos del obsceno regazo del Marqués de Sade.

Ni siquiera el cartesiano y mallarmeísta Valéry pudo sustraerse al hechizo cerebral que ha conducido hacia el Diablo al espíritu francés moderno.

En su drama inconcluso publicado en 1946, *Mon Faust*, no se conforma con hacer hablar al viejo Mefistófeles con la antigua ironía goethiana, sino que introduce tres repugnantes y vociferantes demonios, Bélial, Astaroth, Goungoune, que compiten en la jactancia de sus inmundos poderes y de sus extravagantes funciones en la empresa común de la persecución cotidiana[52].

Quede bien aclarado que en esta reseña de las encarnaciones del mal sólo lie recordado a los escritores de mayor valor y de mayor resonancia.

También en otras literaturas —principalmente en las de Inglaterra, de Alemania y de Rusia— podrían descubrirse personajes más o menos conscientemente satánicos; pero en ninguna se nota como en la francesa esa insistente continuidad durante casi dos siglos, en tantos y tan diferentes escritores, del tema infernal la maldad voluntaria.

¿Cuáles son, pues, las causas que hacen de Francia, como lo dije al principio, la tierra prometida del'satanismo?

Podría verse una causa remota de ello en la vaga simpatía por el pecado y por el delito que asoma en las obras de Villon y de Rabelais. La polémica antirreligiosa alentó y reforzó esas tendencias, especialmente del Setecientos en adelante y por hostilidad a la moral cristiana, y se ha visto favorecida por el espíritu de fronda y de befa tan constante en los escritores franceses y que ño siempre quedó satisfecho con las escaramuzas de Diderot o con la ironía de Renán. Esa libertad intelectual, de opinión y de palabra, que es uno de los elementos más admirables de la literatura francesa, arrastró a muchos ingenios a la admiración y a la apología del gran Adversario.

Pero hay tal vez otra causa —menos visible, porque es más profunda—. A partir del Seiscientos, Francia está dominada por el espíritu cartesiano que tiende a aislar en forma extremada los conceptos puros. Cuando la fe en Dios y en el bien vaciló y estuvo a punto de extinguirse —en el Setecientos y después del Romanticismo— los espíritus franceses más inquietos y temerarios se dieron a la búsqueda de un sucedáneo de lo absoluto en las

ideas opuestas a éste, es decir, en Satanás y en el mal. En virtud del amor a la exactitud y a la pureza conceptuales, ese análisis no se conformó con los fantasmas poéticos y fue llevado rigurosamente a sus últimas consecuencias, es decir, a la teoría y a la práctica del Satanismo.

El lema del enigma acaso se halle en este esclarecedor pensamiento de Huysmans: “Como es difícil ser santo, sólo nos queda llegar a ser satánicos, que es el otro extremo. La execración de la impotencia, el odio a lo mediocre es, quizás, una de las más indulgentes definiciones del diabolismo.” “Uno puede tener el orgullo de valer, por sus crímenes, lo que un santo vale por sus virtudes.”

El deseo de una perfección al revés, debido al *penchant* cartesiano, a distinguir bien y a definir bien sería, pues, el atenuante lógico de aquellos orgullosos celos que hicieron que tantos ingenios se precipitasen tras las huellas de Lucifer.

64

EL DIABLO Y EL ARTE

No espere aquí el lector una lista de todos los diablos feos o hermosos que los pintores han venido pintando y los dibujantes dibujando a partir de la Edad Media. Sería muy fácil, hojeando repertorios y compulsando catálogos, preparar una lista tan larga y erudita cuanto inútil y vana. No se trata de copiar aquí mazos de fichas para curiosidad de los coleccionistas de temas figurativos. Lo que me importa no es el Diablo en el arte, sino las relaciones entre el Diablo y el arte. Pero no está de más advertir que la mayor parte de quienes presentaron con líneas y colores la imagen del Príncipe de la Tinieblas no tuvieron con él ningún contacto intelectual y menos aún espiritual. Los más antiguos mosaiquistas y fresquistas se las ingeniaban para presentar, con el propósito de atemorizar a los fieles que lo contemplarían, un espantoso animalote puro garras, uñas, garfios, espinas y aguijones. Pero en verdad esos horripilantes bestiones no producían estremecimiento ni sacudimiento alguno en quien los hacía siguiendo las huellas de la tradición y por simple exigencia del oficio. Es preciso llegar al *Juicio Universal* de Miguel Ángel para encontrarse con rostros realmente demoníacos inspirados por el sentimiento íntimo de un genio que, como su Dante, creía en serio en la condena infernal.

Mucho se ha hablado en los últimos tiempos, también en Italia, de las diablescas fantasías de los flamencos, de los holandeses y de los alemanes del Renacimiento. Pero es fácil darse cuenta de que la mayor parte de esas pinturas no responden a una visión auténtica y profunda de los seres demoníacos considerados en su esencia tremenda y eterna. Casi siempre se trata de caprichos ingeniosos, unas veces humorísticos y otras macabros, donde predomina lo burlesco, exagerado hasta lo grotesco, y la invención

heteróclita, la extravagancia por momentos infantil y por momentos carnavalesca. Aquellos pintores se divertían y querían divertir a los demás. En ellos no hay ni asomo de sincero horror, de espanto cristiano, de conmoción no fingida. Todas esas mascaradas de animales antojadizos, de monstruos más grotescos que monstruosos, de ridículos hircocervos, constituyen un testimonio de la fecunda imaginación sin gracia de aquellos artistas, pero no tienen nada que ver con la sobrenatural y terrorífica majestad de Satanás.

Tampoco tienen nada de particularmente diabólico esos extraños seres, mitad humanos y mitad bestiales, que en ciertas pinturas o láminas germanas rodean y atormentan al pobre San Antonio: parecen funcionarios subalternos de una empresa infernal, que, plácidos e indolentes, fastidian, simplemente por obligación de su oficio y de su empleo, al santo ermitaño.

Mayor importancia tiene el tránsito del Diablo medieval espantajo extravagante al Diablo héroe tranquilo de los tiempos modernos. Mario Praz en su obra *La Carne, la Muerte y el Diablo* demostró[53] que esa transformación fue obra de los poetas, y más aún de Gian Battista Marino que de Milton. Pero *La degollación de los inocentes*, donde figuran los versos sobre la tristeza de Satanás, sólo se publicó en 1632; en tanto que ya en 1550 un gran pintor veneciano, Lorenzo Lotto, pintaba en el Palacio Apostólico de Loreto un Lucifer que desciende extraviado en las tinieblas y que no tiene ninguno de los repugnantes atributos de los diablos medievales. En aquella pintura, Lucifer es un joven hermosísimo que siente la ira y la tristeza de la caída, pero que no está desfigurado con disfraces de fiera ni de reptil. Acaso haya sido un pintor, y un pintor italiano, quien aún antes que los grandes poetas modernos vio en Satanás no al dragón gruñidor y contrahecho sino al héroe vencido. Víctima de esa imagen poética de Satanás que imperó en las fantasías de los últimos siglos —de Milton en adelante— fue, a comienzos del Novecientos, un artista ruso famoso en su tiempo como pintor sagrado, quien, en cierto momento, obsesionado por el *Demonio* de Lermontov, se puso a dibujar y a pintar a Lucifer en diversas formas y contra diversos fondos. Se llamaba Miguel Alejandro Wroubel y había nacido en 1856, de madre dinamarquesa y de padre polaco. Antes de que lo persiguiese la imagen del demonio, había ejecutado importantes

obras en las iglesias de Kiev, inspirándose en el antiguo arte bizantino y en los venecianos primitivos; pero cuando lo asaltó y trastornó la manía de representar a Lucifer, se olvidó y despreocupó de todo otro tema. Parecía un obseso y un poseído que no consiguiese liberarse de su temible enemigo sino trazando sus rasgos; y por fin, aún joven, en 1902, tuvo que ser encerrado en un hospicio donde poco a poco se fue quedando paralítico, ciego y, por último, loco; y en ese miserable estado terminó su vida, cuando sólo tenía cincuenta y cuatro años, en 1910. Wroubel es el único artista víctima del demonio, que yo conozca; valía por ello la pena recordarlo, si bien sus obras hoy están casi olvidadas. El ejemplo del infeliz Wroubel no parece confirmar la famosa teoría de André Gide, según la cual no puede haber gran obra de arte sin la colaboración de Satanás.

El Diablo colaboró, y demasiado estrechamente, con su súcubo eslavo, pero no puede decirse que de tal colaboración hayan nacido obras realmente grandes.

Un escultor italiano moderno, Libero Andreotti, rechazó en cambio toda colaboración con el Diablo. Enrico Sacchetti cuenta, en su hermosa biografía del artista, que vio un día en su estudio una gran cabeza de Cristo y junto a ella un boceto más pequeño que también representaba al Redentor. Sacchetti le dijo al amigo que el boceto le parecía mucho mejor; pero el escultor “empezó a reírse en forma extraña, en sordina, y, como si me confiase un secreto, me dijo en voz baja: —¡Ah, sí!, ¿te gusta más ésa? ¿Pero sabes quién la hizo? La hizo el Diablo… Sí, mi querido Sacchetti: la hizo efectivamente el Diablo; el Diablo, sí. —Y parecía de veras que hubiese visto al Diablo, allí, en el estudio, modelando la cabeza de Cristo. Y agregó: ¡Por suerte, me di cuenta! Pero ahora estoy tranquilo.”[54]

Andreotti no dio ninguna explicación de esa presunta paternidad diabólica; pero Enrico Sacchetti me decía, hace poco, que creía haber comprendido la razón que le inspiró al amigo tan extraña certeza.

El boceto de Cristo era realmente hermoso; pero se parecía muchísimo a la cabeza del escultor. Andreotti albergaba, pues, la legítima sospecha de que las obras donde predomina demasiado el *ego* del autor, tienen origen satánico y deben, por ello, ser desechadas.

También en el arte, el egocentrismo es un pecado y se debe, casi seguramente, por lo tanto, a la inspiración y a la colaboración del demonio.

En la afirmación de Gide que antes recordábamos, hay algo de verdad. Todo artista es a su manera un revelador de la obra divina; pero al mismo tiempo es, lo quiera o no, un imitador del Antidios. Sin un poco de orgullo, sin una punta de soberbia, no sería posible la creación de la obra de arte. Quien pretende ofrecer una visión propia de las criaturas o de las cosas del mundo en forma de provocar conmoción o de excitar la fantasía, se siente y se declara, aun sin tener conciencia de ello, superior a los demás hombres, es decir, provisto de virtudes particulares que lo hacen capaz de realizar ese milagro que es el arte. Y en cuanto a las artes figurativas, están dedicadas —o por lo menos así sucedía hasta mis tiempos— a la imitación de la realidad; podría insinuarse que también el artista merece ser llamado, aunque en un sentido más noble y puro, *simia Dei*, como se llamó al Diablo en la Edad Media. La insinuación diabólica ha adquirido hoy, sobre todo en pintura, una forma totalmente opuesta a la que venimos señalando. En efecto, muchos artistas de estos días se rebelan tenazmente contra la vieja costumbre de representar lo natural, y pretenden independizarse de toda forma sensible exterior, y sueñan con crear un mundo que no conserve rastro o reflejo alguno del mundo creado por Dios. Aquí ya no nos encontramos con la *simia Dei* sino precisamente con lo contrario, es decir, con la *simia Diaboli*, porque lo que se quiere es imitar al Diablo justamente en su carácter esencial, que es el de la rebelión. La afirmación de Gide podría parecer confirmada por el hecho de que en muchísimas obras modernas, especialmente en las narrativas, la parte principal queda absorbida por la representación y el análisis del pecado y del delito, es decir, del mal. El verdadero problema reside en la mayor o menor participación del artista en las alternativas que narra o evoca. El pecado y el delito se prestan mucho más que sus contrarios a excitar la fantasía de los lectores y, sobre todo —como en el caso clásico de Dostoyevski—, a escrutar en las más oscuras e inquietantes profundidades del alma humana. No se puede negar que algunos novelistas de nuestra época, y entre ellos algunos católicos —como por ejemplo François Mauriac y Graham Greene —, parecen atraídos y casi hechizados por cuanto hay de vicioso y odioso

en las criaturas de nuestro tiempo. Y puede suceder que en la descripción de las fealdades y suciedades morales busquen, aunque subconscientemente, una especie de liberación, de sublimación a través de la literatura, como la que Charles du Bos descubrió en Byron. Ha habido poetas que escribieron poemas para reprimir el instinto del estupro y del asesinato. Esos escritores católicos a que hemos aludido se sienten respaldados porque al final hacen intervenir la fe y la gracia, y eso les permite abandonarse libremente a la atracción de las tinieblas. Pero un artista no es forzosamente partícipe y cómplice del mal que en sus obras refiere. Muy a menudo acompañan con su desprecio, su rechazo, su repulsión, la representación de los actos obscenos y perversos de sus personajes. Mientras cruza los fozos de los condenados, Dante, por ejemplo, no se convierte en amigo del Demonio; Shakespeare no tenía en sí mismo nada de Macbeth ni de Yago, y en cada página de Dostoyevski sentimos su espanto y su horror por los raciocinantes criminales que creó su potencia de escritor y de moralista.

Era necesario llegar al contemporáneo Jean Genet, al ladrón homosexual celebrado por Sartre en una voluminosa biografía[55], para asistir al espectáculo de un culpable degenerado que cuenta las propias hazañas y las de sus semejantes con una mezcla de complacencia y de indiferencia. Pero tampoco en este caso bien reciente se confirma por completo la teoría de Gide, pues a pesar de la evidente colaboración de Satanás, *Notre-Dame des Fleurs* y el *Journal du Voleur* están lejos de ser obras maestras.

65

EL DIABLO Y LA MÚSICA

El Diablo entró personalmente en la historia de la música el año 1713. El famoso violinista y compositor José. Tartini sólo tenía entonces veintidós años y se hospedaba en el Sacro Convento de Asis. Una noche, mientras dormía en una celda del convento, se le apareció en sueños el Diablo, que tomando el violín empezó a tocar en un estilo extravagante y desconcertante y consiguió arrancar al instrumento inauditos efectos de virtuosismo, ignorados por los concertistas de aquella época. Mientras ejecutaba con brío creciente aquella música infernal, el Diablo gruñía y se retorcía; y, al terminar, desafió al virtuoso dormido a que repitiese en su instrumento lo que acababa de oír. El joven Tartini se despertó sobresaltado; y, aunque trastornado por la emoción que el sueño le había causado, trató de repetir en su instrumento y de transcribir en notas, luego, lo que el Diablo le había hecho escuchar. Naturalmente, no consiguió rehacer íntegra la sonata diabólica; pero lo que pudo recordar se conserva aún entre sus obras con el título de *Trino del Diablo*; y la composición contiene tales innovaciones de técnica, y tantas, que los historiadores y los críticos consideran que es el comienzo de una nueva época del arte del violín. Tartini ejecutó el *Trino* en muchos de sus conciertos; pero sólo se lo publicó durante la Revolución Francesa, en 1790.

No se trata de una leyenda. El mismo Tartini contó esa extraña aventura en una carta, y en el *Viaje a Italia*, de Lalande, publicado en 1769, hay un largo relato de ella. Esa aparición del Diablo resulta aún más diabólica cuando se piensa que tuvo lugar en un convento franciscano, en la patria misma del más grande imitador de Cristo de que pueda gloriarse la Cristiandad. También la de Tartini fue una tentación, pero no tan

absolutamente maligna y funesta como las otras, pues favoreció la carrera y la gloria del joven músico y determinó un auténtico progreso en el arte.

Parece que el Diablo prefiere el violín a todos los demás instrumentos de la música humana. Volvió a hablarse de él efectivamente, un siglo después, en los días de los clamorosos triunfos de Nicolás Paganini. Quienes vieron en sus conciertos, especialmente fuera de Italia, al prodigioso violinista, y contemplaron su figura larga y flaca, su cabellera desgreñada, la expresión extática de su rostro, los movimientos casi convulsivos de sus miembros, y se sintieron turbados y sacudidos sobre todo por los sonidos originales o infernales que salían de su instrumento mágico, pensaron que Paganini estaba poseído por el Diablo o que, al menos, había recibido de él el secreto de esos extraordinarios hallazgos virtuosistas que asombraban y confundían no sólo a las multitudes sino también a los músicos. Esa fama de demoníaco inspirado acompañó a Paganini durante el resto de su vida: tanto que, cuando murió, en 1840, en Niza, se le negó, por esa misma razón, sepultura en tierra santa. No fueron ajenas a esa reputación diabólica ciertas obras que compuso, ciertas variaciones que en, verdad tienen poder de evocación diabólica. Sobre todo sus *Brujas* —una de sus composiciones más famosas, escrita en 1813, precisamente un siglo después del *Trino del Diablo*—, que, si bien están inspiradas en las *Bodas de Benevento* de Sussmayer, son bien paganinianas por sus acrobacias sonoras y pudieron hacer pensar en una inspiración directa del negro autócrata de las hechiceras.

En muchas obras de Paganini se entrevé, realmente, esa cooperación satánica; en ciertas ansiosas y evocadoras insistencias; en ciertas salidas y arranques que hacen pensar en un escarnio luciferesco; en ciertas elevaciones o caídas de sonoridades sollozantes o estridentes que parecen brotar de una desesperada alma del Averno. Si alguna vez el. Diablo pensó hacerse músico, no hay duda de que se encarnó en el alto cuerpo espectriforme de Nicolás Paganini. Y después de él casi todos los violinistas —y especialmente los de sangre y estilo gitanos— tienen por momentos en la máscara del rostro oscuro y en la despectiva violencia de los sonidos un aura diablesca.

Satanás, bajo las formas de Mefistófeles, ha hecho además su aparición como personaje del teatro operístico; pero no siempre accedió a ayudar a los músicos que lo hicieron cantar. En el *Mefistófeles* de Berlioz hay algún toque satánico; en el de Boito, menos; y absolutamente ninguno en el de Gounod. Solamente Mussorgski, en la escena faustiana de la *Taberna de Auerbach*, consiguió dar voz musical a la sonora carcajada de Mefistófeles.

Pero hoy toda la música realiza, en cuanto arte mágico de origen mágico, la transformación mágica de las almas. Es casi necromancia, pues resucita a los muertos e infunde mayor vida a los moribundos; tiene, en suma, relaciones más o menos visibles, siempre, con lo demoníaco. La música negra o de imitación salvaje, por ejemplo, con sus insolentes eructaciones, con sus necios sollozos y con sus brutales tamborilazos, es la que mejor se adapta a la baja condición del personal del infierno. Pero el viejo Satanás es más artista y más refinado. Cuando quiere desahogar la rabiosa exultación del sábado con un poco de música, recurre, también hoy, al violín de Tartini y de Paganini.

XI

LOS DIABLOS EXTRANJEROS

66

EL DIABLO EGIPCIO

El Diablo más antiguo que haya aparecido en el mundo nació tal vez en el valle meridional del Nilo y fue en sus orígenes un Dios totémico de los pueblos que dominaron luego el bajo Egipto.

Set viene del desierto y representa, en la teología egipcia los dos flagelos más temidos por las tribus agrestes: la sequía y la tempestad. Es el Dios de la oscuridad, de la noche temible, y de la negra tormenta; y por ello es el enemigo jurado de los dioses de la luz, Ra y Horus.

"Set —escribe Erman— es el árido, lo que quema, la sequía. Es lo irracional y lo irreflexivo en el alma, la morbosidad y la perturbación del mundo: es el Mal."[56]

Como todos los diablos que vendrán detrás de él, es el enemigo de los dioses y de los hombres. Como calor y como torbellino ardoroso, seca las cosechas; como huracán, destruye y dispersa las mieses: quiere, pues, llevar el hambre a los hombres, condenarlos a muerte. Como simún y como tempestad oscurece el sol, mata la luz.

"El terror —dice Moret— es una fuerza enorme: hombres y dioses temían a Seth y adoraban su brutal poder." Por ello, y no obstante su misión nefasta y funesta, Seth fue considerado Dios y, más aún, uno de los mayores dioses constituyentes de la enéada heliopolitana. Los enemigos de los egipcios, los hyksos, los Reyes Pastores que durante un largo período reinaron en Egipto, identificaron a Set con su Dios supremo.

Set reinó muchos siglos antes de Moisés y de Homero; es, pues, más antiguo que el Satanás hebreo y que el Tifón griego: es el patriarca de todos los príncipes de las tinieblas. Pero su nombre siguió viviendo hasta los

primeros siglos del Cristianismo, pues estaba asociado a los misterios de Isis.

Set no fue sólo adversario de las divinidades de la luz sino que —y ésta es su eminente originalidad— llegó a ser famoso también por su fratricidio.

Instigado por los celos y por el odio, mató un día al hermano Osiris. Lo hizo acostarse, con engaños, dentro de un sarcófago; luego, traidoramente, puso la tapa al sarcófago, y lo arrojó al Nilo. Isis, la hermana de Osiris, que además era su esposa, consiguió dar con el cadáver; pero Set, aprovechando un viaje de Isis, cortó en catorce pedazos el exánime cuerpo del hermano.

No interesa contar aquí el resto del mito —el hallazgo de los trozos, y la venganza del hermano, cumplida por Horus, hijo de Osiris y de Isis—. Pero vale la pena recordar que el tema del fratricidio, iniciado por Set, aparece con frecuencia en las leyendas y en los relatos del mundo antiguo. Después de Set, el fratricidio desaparece para siempre del código de la criminalidad diabólica, pero se transfiere a las prácticas humanas e impera en ellas.

La historia de la humanidad empieza con el fratricidio de Caín, que reaparece con frecuencia en la historia del pueblo hebreo: Absalón, mata al hermano Amón; Salomón, al hermano Adomías; Jokanan, al hermano Jesna. La antigua Grecia cuenta con el doble fratricidio de Eteocles y de Polinices, del Timoleón Corintio, matador del hermano Timófanes; del rey escita Saulio asesino del hermano Anacarsis.

La historia de Roma comienza con el fratricidio de Rómulo y recuerda que Lucio Catilina, después de haber matado al hermano M. Sergio, lo hizo inscribir en las listas de proscripción de Sila. Prescindo, en homenaje a la brevedad, de los fratricidios de los siglos posteriores a Cristo.

El fratricidio es, indudablemente, uno de los delitos que más deshonran a la especie humana y, en muchos casos, puede deberse a sugestión satánica.

A Set hoy sólo lo conocen los egiptólogos; pero era necesario hablar de él, porque en ese furibundo demonio africano hemos descubierto al patriarca y al patrono de los fratricidas.

67

EL DIABLO PERSA

Ese gran Espíritu del Mal, alabado en Italia por Leopardi bajo el nombre de “Arimane” y por Carducci bajo el nombre de “Agramainio”, y que se llama —en el *Avesta*— Angramainyu, tiene un padre mortal seguro y famoso: el profeta Zarathustra. Éste transformó a los *devas* del primitivo paganismo iránico en una horrenda legión de demonios, y puso al frente de ella, como generalísimo, a Angramainyu, el “imbécil lleno de muerte”. En cualquier manual de historia de las religiones puede hallarse noticias sobre su índole perversa de torturador y destructor. A nosotros sólo nos interesa ver de qué modo se asemeja y se opone a nuestro Satanás.

Y descubrimos una diferencia esencial. Lucifer es una criatura de Dios que se rebela contra Dios y se venga de su ruina persiguiendo a los hombres. Angramainyu es, en cambio, como el Dios Malo de los gnósticos cristianos, una especie de demiurgo, que antes de ser destructor fue creador. Obras suyas son, según enseña la teología zarathustriana, las tierras y las aguas, las plantas y los animales. El mundo de la materia y de la vida no es, pues, como en el Cristianismo, una efusión de amor del Omnipotente sino factura del Maligno. Aunque no es un verdadero Dios sino el Antidiós, a Angramainyu se le podría aplicar la famosa blasfemia de Proudhon: “Dios es el mal.”

Naturalmente, Angramainyu teme y odia a Zarathustra, profeta y adorador del Dios bueno, de Ahura Mazda. Pero en un comienzo no se propone tentarlo sino suprimirlo. Desde las quebradas del Septentrión, el Príncipe del Mal manda a uno de sus despiadados acólitos, Druj (la Peste), para que haga morir al profeta. Pero Zarathustra, que está junto a las aguas

sagradas adorando a Ahura Mazda, no se conmueve ante las amenazas, y Druj, espantado, se retira sin tocarlo.

Llega entonces Angramainyu en persona y se encomienda a Zarathustra para que éste no destruya las obras que él ha creado. Si abandona a Ahura Mazda, el profeta obtendrá los dones y los privilegios que ya ha obtenido Vadhaghna, “el señor de las tierras”.

En ese ofrecimiento del Adversario asoma, quizás, la tercera tentación de Satanás a Jesús. Éste es el único, pero no seguro, punto de semejanza, pues poco o nada sabemos del misterioso rey Vadhaghna.

Estos dos intentos, brutal el uno y estúpido el otro, demuestran, de cualquier manera que el Diablo persa es acaso más feroz que el Diablo cristiano, pero sin duda un poco menos inteligente. Las tentaciones de Jesús revelan un ingenio más vivaz y más sutil. Con su diabólica astucia, Satanás ha de colaborar en el asesinato de Jesús, pero sólo porque esa muerte figuraba en los designios de la Redención.

Sea como fuere, Zarathustra resiste las tentaciones y los ruegos de Angramainyu, y éste seguirá combatiendo, con todos los medios y hasta el fin de los tiempos, a los fieles de Ahura Mazda. Pero cuando hayan transcurrido los doce milenios concedidos al mundo, otro hijo de Zarathustra, Saoshyant, el Salvador, derrotará para siempre a Angramainyu e inaugurará una era eterna de paz en el bien.

Hasta entonces el tenaz adversario de Ahura Mazda se hallará, como Satanás, presente en todas partes y soltará contra los hombres todas sus hordas de demonios desgreñados y furibundos.

68

EL DIABLO INDIO

También la India conoció a un Satanás, pero muy diferente del hebreo y cristiano. En la época de las Upanishad se llamó Mrtyu, y de él deriva, en época más tardía, Mara, famoso sobre todo porque tentó rudamente a Buda en vísperas de la revelación de la verdad liberadora.

La palabra Mara deriva de la raíz *mr*, que significa morir; y los teológos indios llaman a Mara, efectivamente, también "demonio de la muerte", pero —¡cuidado!— en un sentido totalmente distinto del que podrían suponer los occidentales. Mara no es el que mata a los hombres sino el que estimula la avidez de placeres y, sobre todo, el amor carnal, el amor que perpetúa los nacimientos y, por lo mismo, las muertes.

Mientras nuestro Satanás encarna la idea de la rebelión, de la soberbia, del odio, del renegamiento del bien y del desafío a Dios, Mara es, en cambio, esencialmente, el Dios del amor. Representa el restregamlento del goce erótico, la embriaguez y exultación de los sentidos, el ámbito de las ilusiones que llena la vida y conducen a la muerte. Freud lo llamaría, en su lenguaje, numen de la *líbido*.

Así se entiende por qué Mara se asusta ante la idea de que el príncipe Siddharta, que ya ha llegado a descubrir la verdad suprema, pueda proponerse enseñar a los hombres la doctrina de la liberación, que consiste, como se sabe, en la abolición del deseo, de ese deseo que constituye el fundamento mismo del poder de Mara. Por ello se dispone a combatirlo con todos los medios con que cuenta, y se acerca a Siddharta, que medita bajo el árbol sagrado, para tentarlo. Esas tentaciones se narran en varios textos budistas, indios y chinos: la relación más amplia y poética es la que aparece en el *Buddhacarita* del lamoso Asvaghosha, en el siglo I a. C.

Los sapientes e insolentes críticos europeos —orientalistas, comparatistas, ocultistas y anticristos, que brincan de alegría ante la idea de poder destruir la fe en la unicidad de Cristo— se han apresurado a descubrir, a toda costa, semejanzas y paralelos entre las tentaciones narradas en el Evangelio y las de los libros budistas. Y también en este caso se ve que el odio conduce a la ceguera. Entre las tentaciones de Mara a Buda y las de Satanás a Jesús no hay, para quien sepa leer los textos, ninguna afinidad.

En un principio Mara se contenta con apostrofar rudamente al príncipe acurrucado en meditación bajo la higuera, recordándole que es de estirpe guerrera y que su verdadera misión no es la de filosofar sino la de matar a los enemigos. Buda, naturalmente, ni se mueve ante esa ridicula intimación.

Mara recurre entonces a una tentación que considera infalible. Con su arco florido arroja al joven una flecha, la flecha que al herir a los hombres o a los dioses los vuelve frenéticos de celo, ávidos de amplexos y de voluptuosidades. Pero la saeta de la lascivia ni siquiera rasguña la carne ni el espíritu del impasible asceta, a pesar de que las procaces hijas de Mara, Voluptuosidad, Placer y Codicia, revolotean alrededor de él. Según otra leyenda, Buda se limita a transformarlas en tres viejas decrépitas y repugnantes.

Ante la resistencia de Siddharta, Mara queda estupefacto e iracundo. Viendo que las exhortaciones al heroísmo y a los halagos del placer no lo doblegan, resuelve apelar al terror. Llama, para que se aliste, a un interminable y horrible ejército de monstruos y de fieras, de demonios y de gigantes que rodean a Buda para amenazarlo y aterrorizarlo. Pero el sublime Iluminado no se inquieta. Las tinieblas descienden sobre la tierra. Se oyen truenos, estruendos y fragores. Los feroces servidores de Mara tratan entonces de golpear al príncipe, de herirlo con espetones y con flechas, de alcanzarlo con las clavas y con los troncos de árboles, de aplastarlo con grandes piedras. Pero las flechas se detienen en el aire a mitad de camino, los troncos y las piedras caen sobre los atacantes, los tizones ardientes se convierten en rojas flores de loto, las serpientes se paralizan hechizadas, los leones y las hienas no se atreven a clavar sus garras, los demonios se quedan atónitos e impotentes. Y una arcana voz

desciende del cielo y amonesta a Mara para que se sosiegue, pues corresponde que reconozca su derrota. Buda ha vencido las tentaciones diabólicas y anunciará la verdad que, de ser realizada por los hombres, pondrá término al reinado de Mara.

Yo quisiera saber, ahora, qué identidad o semejanza puede verse entre estas tentaciones y aquellas a que fue sometido Jesús en el desierto. Satanás tienta a Cristo de dos maneras: con la invitación al milagro (transmutación de las piedras, vuelo desde el pináculo del Templo) y con el ofrecimiento de los reinos de la tierra. Tiene que realizar prodigios y aceptar el imperio del mundo.

Mara, por el contrario, quiere vencer a Buda con la lujuria y con el miedo. Trata de hacer que se arroje en brazos de las mujeres, o de matarlo con las armas de sus espantosos secuaces. Los malignos adversarios de Cristo resultan también derrotados, en esa refriega, como su Mara.

Mara empezó por resignarse a la derrota, pero más tarde quiso tomarse un curioso desquite. En un poema indio del ciclo de Asoka, el Açokavadâna[57], se cuenta que un día Mara tomó tan perfectamente la forma y el aspecto de Buda, que hasta un piadoso monje, aunque íntimamente sabía que se trataba de un demonio, se postró ante él.

69

EL DIABLO GRIEGO

La “clase media” de la cultura, aleccionada en las bachilleriles leyendas de la "serena Hélade” y del “luminoso Olimpo” cree y piensa que el Diablo es un espantajo confeccionado en los desiertos del supersticioso Oriente, extraño al radiante y razonable mundo de la antigua Grecia. Los más llegan a pensar que se trata de un feo títere medieval inventado por los sacerdotes cristianos para someter mejor a la plebe campesina y ciudadana. La patria de Sócrates y de Euclides, la alegre morada de las Gracias y de las Musas, no podía imaginar un Lucifer ni temer a un Satanás.

La ignorancia del vulgo culto es, también en este caso, ridículamente vergonzosa. Grecia, la Grecia de Anacreonte y de Aristófanes, tuvo sus diablos horribles y pugnaces, conoció un Gran Demonio, feroz adversario de los Dioses y de los hombres.

La rebelión de los Titanes contra el Dios del cielo, contra el sumo Zeus, es la transfiguración helénica de la rebelión de los ángeles contra Yahveh. La caída de Prometeo y de Tizio arrojados de lo alto y encadenados a su tormento, es la versión griega de la condena de los arcángeles rebeldes.

Y uno de esos Titanes, el último y más terrible de ellos, Tifón, desempeñó en la mitología clásica el papel y la misión de Satanás. Hoy Tifón se ha convertido en un nombre común, el de un viento terrible que se enfurece en los mares de Asia; y ha dado título a una de las más felices novelas del ex capitán Conrad. Pero Tifón, o Tifeo, fue en la antigüedad clásica un verdadero y auténtico Diablo, un poderoso e iracundo símbolo del odio y del mal.

Según algunos, era hijo de Gea y del Tártaro; según otra tradición, su nacimiento se debió a la discordia conyugal de la suprema pareja celeste.

Hera, irritada contra Zeus, engendró, sin unirse a éste, a Tifón. Tifón fue, pues, el hijo del odio, y se valió de su fuerza para disputar a Zeus el dominio del universo. La guerra del cruel Titán contra el Rey del Cielo fue larga, encarnizada y espantosa; la tierra se sacudió hasta sus cimientos. Por último, Zeus consiguió fulminar al altivo dval, y del cuerpo de Tifón brotaron torrentes de fuego; aludes de llamas. Tifón no fue muerto; pero terminó gimiendo, encarcelado, en los subterráneos abismos de la tierra.

Ni aun después de la derrota se extinguió su poder maléfico. Tifón, lo mismo que Satanás, fue el Dios de la tiniebla y de la muerte, enemigo de la luz y de las divinidades solares, el autor de los cataclismos atmosféricos y telúricos que trastornan los elementos y amenazan y diezman a la débil raza de los hombres. Cuando con su mole de coloso desasosegado se debate en las tinieblas de los infiernos, la tierra tiembla, las ciudades se desploman, los mortales huyen en la noche entre el estruendo de los truenos subterráneos. Los cráteres de los volcanes son las bocas por donde Tifón vomita el fuego que devasta los campos y sepulta las casas de los hombres. Pero a veces irrumpe de su cárcel y sacude la atmósfera: es el Dios de las tempestades aciagas, de los temporales diluviales, de los huracanes tremendos. Los rayos son sus flechas; el furioso silbido del viento es su voz. En su ira destructora, Tifón quisiera desbaratar el Cosmos y matar a los hijos de Dios.

Como el Satanás del Génesis, también él está asociado a la Serpiente. Los artistas lo representan con torso de hombre y cabeza de sierpe. Ha elegido por esposa a Equidna, la Víbora, y con ella ha engendrado varios monstruos: la Quimera, Cerbero y las Arpías, que volveremos a encontrar en el infierno dantesco.

Nosotros sólo conocemos un Lucifer devorador de muertos, en el poema de Dante. Ningún comentador de la *Divina Comedia* se ha dado cuenta de que también la antigua Grecia tuvo un Diablo engullidor de cadáveres. Tenemos datos seguros de ello en la descripción que Pausanias hizo, en su *Periégesis*, o *Itinerario de Grecia*, de las pinturas de Polignoto en el recinto sagrado de Delfos. En aquella famosa decoración, el artista quiso representar el Averno, y en él aparece Eurynomo que “come la carne de los muertos, dejando sólo los huesos”. “El pintor lo representa —continúa

Pausanias— con un color entre cerúleo y negro, como el de las moscas que se posan en la carne. Muestra los dientes; debajo de su sitial hay, extendida, una piel de buitre.”[58]

Dante no conoció, desde luego, la obra de Pausanias; pero conviene enterar a los ignaros fantaseadores de una Grecia serena que en uno de los más famosos santuarios de la Hélade uno de los más célebres pintores hizo campear la siniestra figura negra y azul de un demonio caníbal.

Eurynomo es, probablemente, el símbolo de la putrefacción, así como Tifón es el responsable mítico de las convulsiones aéreas y telúricas. Se trata, por lo tanto, de dos diablos naturalistas, bien distantes de la malicia de la “antigua serpiente” y de las artes tentadoras de Mefisto y de sus compañeros. Más que insidiosos, refinados y astutos, como el Maligno de los tiempos modernos, son monstruos violentos y crueles. Pero en ellos se dan, sin embargo, los caracteres esenciales del Diablo Cristiano: la rebelión contra Dios, la voluntad de perjudicar a los hombres, la monstruosidad de su aspecto, la tenebrosa residencia subterránea.

Todos los otros “demonios” que a menudo aparecen en las antiguas obras griegas son de índole y origen completamente distinto.

El *daimon* griego, que vivía gustoso entre los hombres, se parece poco al Demonio de los cristianos. También Sócrates tuvo su *daimon* familiar; pero se trataba, más bien, de un apuntador benéfico y no de un seductor malvado.

No obstante ello, también en el demonio socrático veo algunos rasgos del futuro Mefistófeles goethiano: ya hay en él algo de juez sarcástico. Cuando el hijo de Sofronisco está en la cárcel, próximo a la muerte, aquel demonio le dice misteriosamente al oído: —Estudia música, Sócrates. Estudia música, Sócrates.

Ese consejo dado a un viejo de setenta años condenado a beber la cicuta tiene toda la apariencia de una befa diabólica. Pero hay todavía algo más: irrisión y enjuiciamiento. A mí me parece que el demonio quiso decir dos cosas que están muy lejos de ser laudatorias. Ante todo, le reprochaba a Sócrates que hubiese abandonado el arte para entregarse a la estéril dialéctica. Y le recordaba, además, que su vida y su pensamiento habían carecido del más divino don de la música: la armonía. En efecto, Sócrates

había sido, más que buen ciudadano y buen padre de familia, un empecinado discutidor y persecutor. Y también en su apostolado filosófico había habido poca armonía, pues Sócrates se complugo demasiado en el juego de las definiciones y de las deducciones, concediéndoselo todo a la árida inteligencia racional y nada, o casi nada, a lo que hay de más humano en el hombre. El demonio de Sócrates se convirtió por último en su juez; y, bien mirado, en un juez diabólico.

70

EL DIABLO MUSULMÁN

El Diablo no tiene en el Islam un papel de comprimario de gran calidad, como entre nosotros. Iblis (o *Saitán*) revela hasta en los nombres su descendencia del hebreo *Satanás* y del cristiano *Diabolos*.

También él es un rebelde contra Dios, un tentador de los hombres, un jefe de los malos espíritus. En un solo aspecto —pero esencial—, se distingue Iblis de nuestro Diablo; y por esa se a diferencia vale la pena de que hablemos de él.

Se trata del motivo por el cual se rebeló contra Alá y fue echado del cielo. El Corán (VII, 10-17) cuenta cómo sucedieron las cosas. Es el mismo Alá quien se dirige a los hombres: “Nosotros os hemos creado. Nosotros os hemos dado vuestra forma. Entonces nosotros dijimos a los Ángeles: ‘Prosternaos delante de Adán.’ Ellos se prosternaron excepto Iblis que no era de los que se prosternan. (Dios) dijo: ‘¿Qué te impide prosternarte cuando Yo mismo te lo ordeno?’ (Iblis) contestó: ‘Yo soy mejor que él. Tú me has creado de fuego, y lo has creado de barro.' (Dios) dijo: ‘¡Vete de aquí! ¿De qué puedes enorgullecerte? ¡Sal! En verdad tú eres (uno de los) despreciados.’ (Iblis) dijo: ‘Dame una tregua hasta el día en que ellos (los hombres) resuciten.' (Dios) dijo: ‘En verdad, tienes esa tregua.’ (Iblis) dijo: ‘Y como Tú me has inducido a error, yo los espiaré en Tu recto camino. Y vendré seguramente sobre ellos, adelante y atrás, a su derecha y a su izquierda, y Tú no hallarás muchos que te estén reconocidos.’ (Dios) dijo: ‘Sal de aquí, despreciado y expulsado. Y en cuanto a quienes te sigan… ¡llenaré el infierno seguramente con todos vosotros!’"[59]

Otro pasaje del Corán (XVIII, 48) alude al rechazo de Iblis, pero sin agregar nada nuevo.

Según Mahoma, la expulsión del ángel Iblis se habría debido a la desobediencia, a los celos, al orgullo. Iblis no se rebela contra Alá porque quiere igualarse a él, sino solamente porque no quiere arrodillarse ante el primer hombre, a quien considera un ser inferior. Algunos Padres de la Iglesia, como hemos visto, habían atribuido la caída de Satanás a sus celos por Adán; pero en el Corán aparece, más que los celos, un sentido de sombría altivez, un impulso de orgullo que se justifica por un principio de justicia; Mi naturaleza es más elevada que la de Adán; ¿por qué he de prosternarme, entonces, ante él?

Invoca una sola razón de esa superioridad: Iblis ha sido hecho de fuego; Adán, de fango. Y esta razón parece —hasta de acuerdo con la antigua jerarquía de los elementos— fundada y legítima. También en nuestra teología los espíritus angélicos están hechos de luz y de llamas, es decir, de un elemento más noble que el "lodo de la tierra"; el cieno es sinónimo de suciedad y de vergüenza.

Pero Alá no se preocupa por contestar al argumento de Iblis. ¿Por qué misterioso designio exigía el Dios de Mahoma que las criaturas angelicales se prosternasen a los pies de Adán? El Corán no lo dice, y nosotros debemos limitarnos a conjeturas. ¿Alá sabía, tal vez, que el hombre —como ya lo había dicho San Pablo— es en verdad superior hasta a los ángeles? ¿O más bien ha querido someter a prueba a las criaturas angelicales imponiéndoles un sublime acto de humildad?

Sea como fuere, Alá, aunque airado por la desobediencia de Iblis, no lo desprecia: "No era de los que se prosternan", dice el Corán; y estas palabras pueden interpretarse en dos sentidos: era demasiado soberbio para prosternarse; o, si no: la consciente dignidad de su rango le impedía tan humillante homenaje.

Efectivamente Alá no trata a Iblis con severidad inexorable. Le concede, sin más, la tregua que el desobediente le pide; y no le prohíbe siquiera la anunciada venganza. Iblis espiará a los hombres y los perseguirá por todas partes para demostrarle a Dios que no son dignos de sus beneficios. Alá se limita a advertir que todos, los demonios y sus secuaces, irán a poblar el infierno.

La influencia de la Biblia es manifiesta: también en el libro de Job vemos a Satanás indagando el comportamiento de los hombres; pero la explicación de la caída del Diablo que el Corán ofrece es bastante diferente de la que hallamos en las tradiciones judaicas y cristianas.

El Diablo musulmán se nos aparece, pues, bajo una luz muy distinta de la que circunda al Diablo cristiano. Su figura es menos grandiosa y majestuosa; pero también es menor la malicia de su pecado. En su desobediencia hay, sin duda, una levadura de orgullo; pero su negativa a adorar al hombre no es una rebelión abierta contra Dios como la del Satanás cristiano. Y es extraño que el Islam, que surgió como reacción a toda forma de idolatría, nos muestre a Alá, el Dios único, imponiendo a sus Ángeles un acto idolátrico en honor de un ser hecho de cieno. Desde el punto de vista del rigorismo musulmán, Iblis se muestra, en cierto modo, más musulmán que el mismo Alá.

XII

ASPECTO Y MODALES DEL DIABLO

71

LA FEALDAD DEL DIABLO

Predicadores y pintores han competido durante toda la Edad Media, y después de ella, para representar la horrible fealdad de Satanás: era, al principio, el más bello de los Ángeles; luego de su pecado se convirtió en el más feo de los monstruos. También Dante dice de su Lucifer

> S'ei fu si bello com'elli é or brutto…[60]

Y está bien que así fuese. Era justo que el Señor del Mal estuviese privado de toda belleza, inspirase horror.

Pero en la Biblia hallamos otra criatura que se le parece en fealdad. En el profeta Isaías leemos estos versículos: "No tiene apariencia ni belleza para que nos fijemos en él, ni aspecto para que en él nos complazcamos." (LII, 2) "¡Cuántos se horrorizarán ante él, pues desfiguración sin parecido humano ofrece su aspecto!" (LII, 14)

¿Quién es ese personaje presentado en forma tan terrible, y tan semejante al Satanás de los cristianos?

Es, como todos saben, el "siervo de Yahveh", el futuro liberador de Israel, el "hombre de los Dolores"; en suma, el Mesías. Toda la Cristiandad ha creído siempre que esos elocuentes vaticinios de Isaías anunciaban y figuraban al Redentor, el Cristo. Tanto es así que muchos han supuesto, basándose en esas palabras del gran profeta, que Jesús no era hermoso como lo imagina la gente y lo pintan los pintores, sino feo y casi deforme.

Esta inesperada semejanza entre Cristo y Satanás es, como las otras, sumamente misteriosa y acaso inexplicable. Pero de las palabras de Isaías

es lícito extraer una consecuencia segura: la fealdad de un ser no siempre es signo y prueba de su maldad.

72

LA BELLEZA Y LA NOBLEZA DE LUCIFER

Dante —como buen católico que fue siempre, a pesar de algunas opiniones suyas no del todo ortodoxas— vio con terror en el fondo del Infierno un Lucifer gigantesco y horrendo, pero no tan bestial como el que los pintores de su tiempo representaban.

Los poetas —y esto se prestaría a largas y sutiles disquisiciones— tuvieron siempre una secreta simpatía por Lucifer; y esa simpatía se trasluce a veces en el mismo Dante —por muy cristiano y medioeval que fuese—, pues en su poema se ve llevado a recordar el estado primero dé Satanás, su esplendor y su nobleza, más bien que su pavorosa apariencia actual.

Cuando lo divisa por primera vez, evoca efectivamente la antigua y maravillosa belleza:

S'ei fu si bello com'elli è or brutto…

(*Inf*., XXXIV, 34.)

Y en otra parte:

Vedea colui che fu nobil creato
più eh'altra creatura…[61]

(*Purg*., XII, 25-26.)

Y luego:

… il primo superbo

che fu la somma d’ogni creatura[62]

Dante estuvo dominado más por las imágenes de lo que Lucifer fue en un principio que por su espantosa figura actual: piensa en su estupenda belleza, en la nobleza de su índole original, en su superioridad sobre todos los demás seres creados.

La misión misma que Dante asigna a Lucifer no es, si se reflexiona sobre ella, una prueba o un motivo de auténtico desprecio. El poeta considera a los traidores como a los más condenables de los condenados e imagina que Lucifer tiene tres bocas para engullir a los más execrables de esos pecadores: Judas, que traicionó a Cristo; Bruto y Casio, que traicionaron a César. Para él Lucifer es, pues, un instrumento de la justicia de Dios contra quienes pecaron más gravemente. Instrumento feroz y monstruoso pero de todos modos instrumento de Dios, quien le ha puesto en las fauces al traidor mismo de su Hijo encarnado.

El Lucifer de Dante no es sonriente y socarrón, como otros lo vieron, sino que llora: “Lloraba con seis ojos.” Claro está que 110 llora por la suerte de los tres malhadados a quienes engulle. Llora por sí mismo, por su penosa suerte, tal vez por el espectáculo de dolor que hay alrededor de él; llora, tal vez, de rabia, pero acaso también por el remordimiento de su insensata rebelión. Y, sea como fuere, el llanto es siempre signo de sensibilidad y de nobleza. De acuerdo con la descripción de Dante, Lucifer no había perdido todo reflejo y rastro de la antigua nobleza de su índole. Y la confirmación de que en eso Dante no se equivocó nos la ofrece un docto príncipe de la Iglesia, el Cardenal Ildefonso Schuster, arzobispo de Milán. “El Demonio —escribe— es un espíritu que no ha perdido nada de la nobleza de su naturaleza.”[63]

Y si no ha perdido su nobleza originaria tampoco puede haber perdido por completo su belleza. Los poetas modernos, de Milton en adelante, nos presentan un Satanás triste y apesadumbrado, pero no exento de dolorosa y majestuosa belleza. Milton lo vió como un Arcángel en ruinas, pero que seguía siendo esplendoroso como un Serafín.

¿Os acordáis?

… his form had yet not lost
All her Original brightness, nor appear'd
Less then Arch Angel ruin'd and th'excess
Of Glory obscur'd…[64]

(Paradise Lost, I, 591-594.)

73

SATANÁS, COMO RAYO

Cuando los setenta y dos Apóstoles regresaron de la misión que Jesús les había confiado y refirieron cómo habían vencido en Su nombre a los demonios, la primera frase que Él les dijo fue ésta: “Contemplaba yo a Satanás caer del cielo como un rayo.” (*Lucas*, X, 18)

Aquí se alude a la decadencia de Satanás como resultado natural de la predicación del Evangelio.

Pero puede seguir pareciendo sorprendente la imagen que Cristo elige: Satanás cae del “cielo”. En la época de la Encarnación Satanás ya no estaba —y desde un tiempo inmemorial— en el cielo del cual fue precipitado luego de su rebelión en los primeros días de la creación. ¿Cómo podía, pues, caer ahora nuevamente del cielo? ¿Es que había regresado a él? Pero nadie sabe nada de ese regreso que estaría en contradicción con todo lo que sabemos acerca de la caída de los ángeles rebeldes. Más natural hubiera sido que Jesús luego de los triunfos obtenidos en Su nombre por los Apóstoles, lo hubiese visto hundirse aún más vertiginosamente en el abismo que constituye su morada.

Y también es notable la comparación con el rayo. Lo mismo que Satanás, el rayo quema y destruye, pero es sin embargo una de las manifestaciones de la luz, algo divino, y no apto, por lo tanto para designar al Tenebroso huésped de las Tinieblas.

Como toda palabra de Cristo es palabra divina, y por ello más verdadera que la misma verdad humana, en aquella imagen poética ha de haber un sentido arcano que nosotros no alcanzamos a descubrir totalmente. Tal vez algún antiguo Padre haya encontrado ese sentido; pero yo no lo conozco, y mi estupor todavía subsiste.

74

EL DIABLO Y EL FUEGO

Se ha creído que el elemento propio del Diablo es el Fuego: la quemadura de las tentaciones, el áurea sulfúrea que lo acompaña, las llamas del infierno.

Sin embargo, puede observarse que el fuego no está asociado únicamente a la figura y a la morada del Maligno. Ese elemento prodigioso y terrible aparece también en las manifestaciones de su victorioso Antagonista.

Dios entrega las tablas de la Ley en medio del Fuego de la Zarza Ardiente.

Dios desciende, bajo forma de Fuego, a consumir las víctimas del sacrificio.

Dios llama a su profeta Elías, sobre un carro de Fuego.

El Espíritu Santo desciende sobre sus discípulos, en el Cenáculo de Pentecostés, en forma de lenguas de Fuego.

Dios, como Satanás, puede ser identificado, pues, con el Fuego. La naturaleza del Fuego divino es diferente de la del diabólico; no obstante ello, se trata siempre del mismo elemento. El amor de Dios consume, como el odie del Diablo.

75

EL DIABLO, COMO SERPIENTE

La primera apariencia que Satanás cobró en sus encarnaciones terrestres fue la cíe la Serpiente.

Según el Génesis (III, 1) la serpiente era "el más astuto de todos los animales”. Pero ¿nos hemos preguntado alguna vez las razones de esa astucia —que es sagacidad y cálculo, o sea inteligencia— de la Serpiente? La Serpiente es el más astuto de los animales, porque es también el más mísero, el más desdichado. El Creador se mostró con él avaro hasta la crueldad. No tiene alas con que volar, no tiene aletas ni plumas, no tiene piernas, ni brazos, ni manos. De ahí que deba forzosamente concentrar en la cabeza toda su capacidad de ataque y de defensa: concentrarla en el veneno de sus dientes, en la inteligencia de su cerebro aplastado.

Toda miseria tiene su compensación. La Serpiente debe arrastrar su cuerpo en el polvo y en el fango de la tierra; pero es, sin embargo, el único animal que puede hacer de sí mismo un círculo, cerrar y ceñir la superficie del mundo dentro de un límite, como hace precisamente la inteligencia.

La serpiente no es a *priori*, pues, un animal innoble; es más infeliz que despreciable. Tanto es así que cuando Moisés, en el desierto, vio a su turba errabunda afligida por un mal ardoroso, hizo preparar una Serpiente de bronce; y quien la miraba quedaba curado de aquel mal. Esa Serpiente de Moisés, levantada en un astil, fue interpretada muchos siglos después como una prefiguración simbólica del Cristo Salvador.

En una de sus visiones, Isaías vio dos serafines con seis alas, que estaban junto al Señor. Pero nosotros sabemos que la palabra *saraf* significa en hebreo “que quema” y también “serpiente”; y el mismo Isaías la emplea en el sentido de dragón. Es probable, pues, que el nombre de los Serafines

—el orden más elevado de los ángeles— derive de *saraf*, que significa también serpiente.

¿La Serpiente del Génesis era entonces un Serafín —el caído serafín Lucifer— en forma de serpiente reptante? Eso no resultaría increíble, porque Lucifer, el más alto de los Ángeles, tenía que haber pertenecido, sin duda, al orden más elevado, es decir, al de los Serafines.

Jesús no amaba a las serpientes. Entre otras facultades taumatúrgicas, dio a los Apóstoles la potestad de caminar sobre ellas (*Lucas*, X), y llamó raza de víboras a los escribas y a los fariseos. Pero, como ya hemos dicho, una vez exhortó a los Discípulos a que imitasen la prudencia de la Serpiente.

Falta explicar la profecía que el Señor dirigió a la Serpiente después de la caída de la primera pareja humana.

“Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra; sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los días de tu vida.” (*Génesis*, III, 14-15) Eso significa que en el momento de la tentación la Serpiente no era como hoy la vemos nosotros. Si está condenada a arrastrarse sobre su vientre y a alimentarse de polvo, eso quiere decir que hasta aquel día podía caminar como los demás animales y que su alimento no era el polvo de la tierra, sino algo mejor. También la Serpiente es un ser caído; pero Dios no dice, por lo menos aquí, que se convertirá en el jefe de los demonios y en el “Príncipe de este mundo”.

76

MODERNOS RETRATOS DEL DIABLO

Sabemos muy bien qué fue el Diablo en las fantasías y en las pinturas de la Edad Media, y también en pleno Renacimiento, hasta el siglo XVII, por lo menos según la iconografía popular; un monstruo brutal, hirsuto y deforme, con ojos de fuego y boca gruñidora, casi siempre desnudo, provisto de largos cuernos y de larga cola con vasos equinos o caprunos, que difundía en torno hedor fecal y tufos sulfúreos.

Pero en el Ochocientos todo cambia. El Diablo ya no aparece como el horrendo bestión medieval y ni siquiera como una criatura que conserve rastros de su origen sobrehumano. Se transforma, se desanimaliza, cobra aspecto y figura de hombre, de un hombre un tanto singular, un tanto excéntrico, un tanto enigmático, pero que, sin embargo, no se distingue mucho de nuestra especie, salvo por sus actos y sus palabras. Ya no es ángel ni bruto, sino, casi siempre, un hombre más o menos bien vestido que a primera vista podría confundirse con cualquiera de los muchos hombres raros y misteriosos que andan sueltos por nuestras ciudades.

Uno de los primeros escritores que lo vio bajo ese aspecto moderno y familiar fue Adalberto von Chamisso en *La asombrosa historia de Pedro Schlemil* (1813). El Diablo se le apareció como un “hombre de edad, pálido, delicado, delgado y fino” que llevaba una “levita de tafetán color gris ceniza”. Su rasgo característico era la delgadez, tanto que un interlocutor de Pedro Schlemil lo compara con “una hebra de hilo que se ha salido de la aguja de un sastre”.

Muchos escritores del Ochocientos representaban al Diablo bajo apariencias totalmente humanas; pero la descripción más completa y prolija es la que encontramos en *Los hermanos Karamázov* de Dostoyevski.

El Diablo que se le aparece a Iván Karamázov en el capítulo noveno de la cuarta parte de la gran novela tiene la extraña figura de un caballero pobre y venido a menos. “Era un caballero o, mejor dicho, un *gentleman* ruso de cierta clase, algo entrado en años, *qui frisait la cinquantaine*, como dicen los franceses, no muy canoso, de pelo oscuro, bastante largo y denso, y barbita recortada en punta. Vestía chaqueta marrón, obra visiblemente de un buen sastre, pero ya usada, que le habrían hecho tres años antes y ya estaba fuera de moda, pues ningún elegante, hacía dos años, las gastaba ya así. La camisa, la corbata en forma de chalina, todo era igual a lo que se estila entre los *gentleman de chic*, pero la camisa, si se la miraba de cerca, se veía que estaba sucia, y la chalina muy deteriorada. Sus pantalones, a cuadros, le sentaban muy bien, pero también resultaban demasiado claros y un tanto estrechos, como ya no se usaban, así como el sombrero blanco, de castor, que ya era impropio de la estación. En resumen: que tenía una apariencia decorosa y de hombre de escasos recursos económicos… Reloj no tenía, pero sí unos impertinentes de concha con un cordoncito negro. En el dedo medio de la mano derecha mostraba un sortijón de oro con un ópalo de poco precio.”[65]

En 1904, en un cuento fantástico titulado *El Demonio me dijo*, yo también quise describir al Diablo con apariencias humanas. “El Demonio, al menos como se me ha aparecido hasta ahora, es una figura que sale de lo común. Es alto y muy pálido; bastante joven todavía, pero con esa juventud de quienes han vivido demasiado, y que es más triste que la vejez. Su rostro blanquísimo y alargado sólo tiene de particular los labios finos, cerrados y apretados, y una arruga única y muy profunda que se yergue perpendicularmente entre las cejas y se pierde casi en el arranque de la cabellera. Nunca he conseguido saber bien de qué color son sus ojos, pues nunca he podido mirarlos sino un, instante, y tampoco sé cuál es el color de su pelo, porque un gran birrete de seda que nunca se quita lo oculta por completo. Viste decorosamente, de negro, y sus manos están siempre impecablemente enguantadas.”

Muy diferente de esos diablos humanos es el que en nuestros días se le apareció al músico Adrián Leverkühn (tal vez inspirado en Arnold Schonberg) y que Thomas Mann describe en su *Doktor Faustus* (1947). "Es

un hombre más bien poca cosa, no tan alto, ni con mucho como Schles, más pequeño incluso que yo, con una gorra inglesa caída sobre una oreja y que deja ver, por el lado opuesto, un tufo de pelo rojo que le cubre gran parte de la sien. Rojas también las cejas y enrojecidos los ojos, reluciente el cutis, la punta de la nariz ligeramente torcida. Llevaba una camisa de paño, a rayas horizontales; una chaqueta a cuadros; y las mangas, muy cortas, dejaban ver las abultadas manos, de dedos como salchichas; muy ajustado, hasta resultar chocante el pantalón, y tan gastados los zapatos de color que ya era imposible pensar en limpiarlos. Un alcahuete, un explotador, con la voz y la entonación de un actor."

Pero en el transcurso de su largo coloquio con Adrián ese ser tan vulgar se transfigura: "Mientras pronunciaba este último discurso, ocurría, por otra parte, con el personaje que tenía delante, algo anormal. Lo miraba fijamente y me daba cuenta de que su aspecto no era el mismo de antes. Seguía sentado en el sofá, pero no con su aspecto de alcahuete inmundo… sino con otro, de persona de buena condición. Llevaba cuello blanco, corbata de lazo y anteojos de concha, detrás de los cuales brillaban unos ojos húmedos y oscuros, ligeramente enrojecidos. Se mezclaban en su rostro los rasgos de dureza y de blandura: bien netos los labios y la nariz, pero carnosa la barbilla, con un hoyuelo, y otro igual en la mejilla; pálida y abultada la frente, el pelo negro peinado hacia atrás, abundante y lanoso a los costados… Manos delgadas y blandas, con las cuales se acariciaba de vez en cuando el pelo de las sienes… mientras con ademanes ligeramente torpes iba subrayando sus palabras."[66]

En los escritores del Ochocientos y del Novecientos podríamos encontrar muchas otras figuraciones del Diablo humanizado; pero las ya citadas bastan para advertir qué radical transmutación se ha producido en nuestra época en el Príncipe de las tinieblas. Estamos lejos, muy lejos del Lucifer dantesco, colosal y tricéfalo, y de los bestiones peludos y furiosos, gruñidores y flamígeros de los fresquistas y de los miniaturistas de la Edad Media.

A partir de Milton, Lucifer recuperó, en las postrimerías del Renacimiento, su tétrica belleza heroica y conservó siempre en su aspecto algo de su origen sobrenatural. Pero hoy el Diablo ha descendido

resueltamente a la esfera humana: se ha hecho hombre, a imagen y semejanza del hombre; un hombre que, por momentos, puede parecer un burgués acomodado, un caballero que ha caído en la miseria, un poeta vagabundo, un vulgar alcahuete, pero que no se diferencia, en resumen, de esos hombres más o menos descuidados o raros que todos los días podemos encontrar en las aceras de una gran ciudad. Esta transformación moderna del viejo y horrendo Satanás no se debe únicamente a motivos estéticos. Hoy los hombres sienten que el Demonio está continuamente entre ellos; que representa el mal y el tormento que hay en ellos mismos; y que, por ello, se les parece en todo, aun en la vestimenta: es un compañero de ruta y de vida, una hipóstasis de ellos mismos, un sosias, un doble, un hermano carnal. El Diablo se ha encarnado, se ha hecho hombre: es el hombre.

77

EL DIABLO EDULCORADO

No es cierto que la Edad Media —la santa y profunda Edad Media— sólo haya visto en el Diablo a un monstruo feroz, obsceno, peludo y uñoso. Por el contrario, y especialmente en la literatura, el Ángel vencido se presenta con frecuencia como una criatura educada y suave, como un caballero que conoce el arte de cortejar a las mujeres y a los hombres. Cuando quiere demuestra que es capaz de astutas adulaciones y de insistentes halagos.

Bastarán dos ejemplos. El primero está tomado de una pieza sagrada francesa, mejor dicho normanda, del siglo XII. Le Jeu de Adam. El Diablo aprovecha un alejamiento de Adán para hablar con Eva. Sus juicios sobre Adán son curiosos y contradictorios: Adán es loco, tosco y además servil. Y, dirigiéndose a la Mujer, prosigue: “Si no quiere atenderme, que por lo menos te atienda a ti. Tú eres muy débil y tierna, y más fresca que la nieve; eres más blanca que el cristal, que la nieve que cae en el valle sobre el hielo. El Creador ha hecho de vosotros una pareja mal avenida: tú eres demasiado suave y él demasiado rudo; pero tú eres la más cuerda, pues sometes tus sentimientos a la razón."

El arte de Satanás es aquí más sutil que de costumbre. Finge creer que la suave belleza de Eva habrá de sufrir por el contacto con la rudeza de Adán: parece un amante que quisiera robarle la delicada mujer a un marido áspero y tosco. Y habla, en efecto, como un enamorado, con imágenes dignas de un trovador; y no alaba sólo la belleza de Eva sino también su cordura. El anónimo autor de *Le Jeu de Adam*, un normando astuto, ha querido explicar lo que el Génesis no explica: es decir, con qué procedimientos fue conquistada y convencida Eva.

El otro ejemplo es totalmente distinto. Satanás se dirige esta vez a un convertido, a un asceta, a un hombre medio santo. El mismo que la sufrió y la dominó es quien refiere la tentación: el gran poeta Jacopone da Todi.

En el loor cuadragésimo séptimo (de la edición de 1490) titulada *De la battaglia del Nemico*, el fraile todinense reproduce los desmesurados elogios que, con la esperanza de hacerlo caer en el pecado capital de la soberbia, le dirige Satanás.

Lo Nemico sì me dice: — Frate, Frate, tu se? santo
grande fama e nominanza—del tuo nome è en omne canto[67]

Pero como Jacopone no cae en esas trampas, el Diablo recurre a otros argumentos y le reprocha que haya cargado con excesivas penitencias ese su cuerpo "viejo y caduco".

Tu dovevi amar lo corpo — como ami l'anima tua,
che t'è grande utilitate — la prosperitate tua[68]

La disputa prosigue, vivaz, y Satanás, con tal de insistir en la primera tentación, llega a confesarse vencido:

—Frate, frate, hai me vinto — non te saccio più che dire veramente tu se' santo — sì te sai da me coprire[69]

Pero claro está que los poetas —el francés del siglo XII y el italiano del XIII— comprenden bien que el arma más insidiosa del Diablo no es la violencia y el terror, sino la suavidad y el halago. En la mujer bella, alaba la belleza; en el fraile santo, la santidad. Satanás es feo y perverso; pero, a pesar de ello, y con tal de triunfar, canta lo que le falta: la belleza y la santidad.

78

LAS ALEGRÍAS DEL DIABLO

Giambattista Marino fue quizás el primer poeta moderno que habló de la tristeza de Satanás:

Negli occhi ove mestizia alberga e morte…[70]

Los demás poetas, a partir de Milton, cargaron las tintas, y el Diablo fue representado, especialmente por los románticos, como un ser condenado a perpetua angustia.

Pero ese oscuro dolor solamente existiría en el caso de que el Diablo lamentase la felicidad perdida. No tenemos la seguridad absoluta de eso. Lamentarse significa dar valor a lo que nos ha sido quitado; si Lucifer lamentase el amor de Dios y la beatitud celeste, podría creerse que concede importancia a esos bienes, es decir, que admite que constituyen una felicidad, y desea, por lo tanto, recuperarlos. Pero un sentimiento de esa clase bastaría, tal vez, para salvarlo, pues sería signo de remordimiento, de marcha hacia el amor.

Podría ser que tuviese *memoria* de su primera beatitud; pero la memoria, si la acompañase el desprecio que deriva del orgullo, no bastaría, por sí sola, para darle tristeza. Sería necesaria la *lamentación*; y si se lamentase, sinceramente, el Diablo podría, acaso, ascender al cielo.

Pero si en él no existe esa dolorosa nostalgia —y por lo menos no tenemos pruebas de ello—, puede razonablemente suponerse que la vida del Diablo no carece de motivos de júbilo.

Su fin supremo, como venganza contra Quien lo desterró, es el de aumentar el número de los condenados, es decir, robarle almas a Dios. Y como tal acrecentamiento es, a juzgar por lo, que en la tierra sucede, continuo y progresivo, el Diablo ha de alegrarse, y no poco, de su victoria. En las almas que consigue hacer suyas, el Demonio vence a su rival, es decir, a Dios; y eso ha de proporcionarle un no pequeño goce.

En ciertas horas de la historia humana, cuando la siega de las almas resulta más fácil y copiosa, es lícito imaginarse a un Satanás chisporroteante de perversa voluptuosidad.

79

¿PUEDE EL DIABLO PERDONAR?

Si el Diablo, como hemos visto, es capaz de alegría, podemos aventurar la hipótesis de que es capaz de perdonar.

La embriaguez de la victoria lleva, por lo general, a la clemencia. Eso sucede con las almas humanas, aun con las malvadas. ¿Puede pensarse, entonces, que también Satanás, en un momento de jubilosa satisfacción se incline a la indulgencia, tenga algún rasgo de generosidad, tienda a conceder gracia a quien esté por sucumbir a sus tentaciones, y lo deje en paz?

Ha de parecer increíble que Satanás retire sus ávidas uñas de la víctima ya casi vencida. Se dirá que Satanás no es capaz de perdón, porque el perdón supone piedad y la piedad nace del amor, que le está negado; pero podría suponerse que el Diablo se comporta de ese modo no ya por misericordia sino por simple capricho, por un impulso extravagante que nace en él por la desbordante abundancia de las presas o, tal vez, de su mismo desprecio al ver almas demasiado inermes.

XIII

LA UTILIDAD DEL DIABLO

80

¿ES NECESARIO EL DIABLO?

Satanás es el gran apóstol y cómplice del pecado, y por ello lo execran y combaten todas las religiones de los pueblos civilizados. Pero ¿somos realmente justos en esta condena universal y total?

Si observamos la vida corriente de los hombres, con método realista, fuera de los esquemas simplistas del “si no es blanco, es negro”, y tal como todos los días se presenta a cualquier observador sin prejuicios, debemos reconocer que nuestra vida, o por lo menos la de la mayoría, no sería posible sin alguna forma de pacto con el pecado, es decir con el Diablo.

Sin cierta dosis de orgullo, a veces admitida y confesada, no existirían los poetas, ni los artistas, ni los filósofos, ni los grandes jefes de pueblos, ni los héroes. Dante, a quien sin embargo se considera el más grande poeta católico, no oculta el alto concepto que tenía de su genio. Lo que por indulgente costumbre llamamos “amor propio” no es sino una forma —aunque atenuada y ennoblecida— del antiguo orgullo, del pecado de soberbia.

Y sin el estímulo de la “libido”, de la concupiscencia carnal, se interrumpiría la aparición de las almas en la tierra: sin un mínimo de lujuria no nacerían las vírgenes ni tampoco los santos.

La ira —bajo los nombres de “supremo desdén” y “legítima indignación”— conduce al deseo de justicia y a su satisfacción.

La pereza es también uno de los pecados capitales; pero el fundador del taoísmo —aquel Lao Tse a quien muchos consideran superior a Confucio— puso como fundamento de su doctrina la sabiduría del “no hacer”.

La misma avaricia, si bien es el más sórdido de los pecados, contribuye a la virtud del ahorro y a la prosperidad de los pueblos. El famoso médico

Mandeville demostró, en su *Fábula de las abejas* (1705), que los vicios privados son necesarios para la prosperidad general.

Así, pues, algunos pecados contribuyen, aunque sea en pequeña escala, y sublimados y refinados, a la conservación de la especie humana. Más que en sugerir pecados, la verdadera maldad del Diablo consiste en querer agigantarlos, en incitar a sus excesos.

Pero la intervención del Diablo es útil, y podría decirse que necesaria, también en otro sentido, negativo y no ya positivo. Todos los manuales de moral y de ascética enseñan la táctica y la estrategia de la "lucha espiritual", es decir de la diuturna defensa del hombre contra las celadas y los embates de Satanás. La tentación diabólica es la piedra de toque del auténtico "hombre de Dios". Una criatura floja, fría, insensible, que por mera indiferencia e impotencia, por simple pereza o por falta de imaginación, no hiciese el mal, y no se viese nunca, por lo tanto, en la necesidad de rechazar una tentación, de luchar con el Demonio, jamás tendría mérito alguno ante Dios, que prefiere, justamente, a los vencedores y no a los mediocres.

La actividad del Diablo es, entonces, una ayuda para la salvación de las almas, porque éstas sólo llegan a merecer el premio de la beatitud cuando están sometidas a pruebas y saben superarlas. Las tentaciones diabólicas colaboran a la obra de la salvación, cuando se las vence, y no cuando se las obedece. Sin la victoria sobre el Demonio no hay verdadero mérito, no hay paz última. Las artes y las armas de Satanás son, pues, instrumentos que, contra su voluntad, llevan a la salvación; instrumentos crueles, pero de los cuales en ciertos casos no se puede prescindir. Con su odio tenaz, Satanás puebla el

Infierno, pero al mismo tiempo puebla también el Paraíso. Y muchos no gozarían la dicha de la luz si no hubiesen superado felizmente la prueba de las tinieblas.

Eso se manifiesta con magnífica evidencia en la santidad. La santidad es el mal vencido y rechazado; si no existiese el mal (Satanás), no existirían los santos. Satanás cumple, pues, una función irreemplazable, una función providencial. Y en este sentido puede afirmarse que el Diablo es, por voluntad divina, un coadjutor de Dios. Satanás es el Adversario; pero sin adversario no habría lucha, y sin lucha no habría victoria ni gloria.

Quien pretendiese quitar al Diablo la parte que en justicia le corresponde le quitaría también algo a Dios, que no lo ha constituido en Príncipe de este mundo sin un fin y un propósito cuya sobrenatural sabiduría podemos entrever, aun cuando no nos sea posible comprenderla plenamente. El Diablo es odio; pero hasta su odio —y esto constituye una de las más dramáticas paradojas del Cristianismo— es necesario para que el Amor triunfe.

82

¿TODO EL MAL PROCEDE DE SATANÁS?

¿Estamos realmente seguros de que todos los pecados de los hombres se deben a las provocaciones y maquinaciones del Diablo? ¿No sucederá, por lo menos algunas veces, que estamos calumniando al calumniador?

Sabemos que en nosotros es común, y fuerte, la resistencia —aún más, la repulsión— a reconocer nuestras culpas, a aceptar nuestra responsabilidad. A todos, cristianos o no cristianos, les resulta sumamente agradable golpear el *mea culpa* en el pecho ajeno. Y cuando el pecado es íntegramente nuestro e intransferible, siempre recurrimos a alguna entidad que nos sirve de cómodo expediente para aliviarnos de las cargas más pesadas: unas veces el Destino y el Determinismo; otras, la Fatalidad histórica; otras, la prepotencia del instinto y del inconsciente, y, más a menudo, y no sólo entre los creyentes, las instigaciones de Satanás. Si escuchamos a los pecadores —tanto a los que están recluidos en las cárceles como a los que andan sueltos— todos son inocentes. Todos son puros como corderitos, víctimas de las insidias ajenas o de fuerzas oscuras.

Los antiguos hebreos habían dado forma visible y ritual a ese rechazo de la culpa, y cada siete años expulsaban ignominiosamente al desierto un Chivo Emisario, al que le habían sido transmitidos, con ceremonias mágicas, todos los pecados del pueblo. Su nombre, Azazel, se ha convertido en uno de los nombres del Diablo; y el macho cabrío figura asociado con frecuencia al culto brujesco de Satanás.

Hasta en nuestros días el Diablo hace las veces, con frecuencia, de Chivo Emisario. Olvidamos gustosos los nocivos fermentos de nuestra sangre, las innatas concupiscencias de nuestra carne, las perversas tendencias de nuestro ánimo, los recidivos morbos de nuestro espíritu, y

gustosos cargamos todos nuestros errores y furores a las sugestiones de Satanás.

No hay duda de que el Maligno cumple día y noche su terrible y subrepticio trabajo en las almas de los hombres; y que lo cumple con mucha más frecuencia de lo que “espíritus fuertes, libres y esclarecidos” están dispuestos a admitir. “El Demonio —decía justamente Huysmans— no necesita, para atestiguar su presencia, presentarse con rasgos humanos o bestiales: le basta, para afirmarse, elegir su morada en las almas; corroer, incitar a crímenes inexplicables. Luego, puede sujetarlas, gracias a que les insufla la esperanza de que, en vez de habitar en ellas, como de hecho lo hace y como a menudo las almas ignoran, obedecerá a las invocaciones, se presentará, y convendrá notarialmente las ventajas que habrá de conceder a cambio de ciertos beneficios. La sola voluntad de pactar con él puede, a veces, hacer que el Diablo nos invada.”

La técnica del Adversario es refinada y compleja, tanto que un antojo fugaz y hasta el mismo escepticismo pueden servirle para que los hombres accedan a sus deseos. Pero atribuir todo el cúmulo de los pecados humanos a la actividad demoníaca sería peligroso para nosotros, e injusto para él. Si el Diablo es, en todos los casos, más fuerte que el hombre, y si todo el mal del mundo es obra suya, de ello se seguiría que todos los hombres son en realidad inocentes, y que cualquier condena resulta inconcebible.

Sabemos, sí, que el pecado original ha hecho degradar la naturaleza humana y la ha convertido en manceba del Tentador; pero también es cierto, por lo menos para los cristianos, que Cristo ha venido a devolver a los hombres la posibilidad de la salvación, a liberarlos del vasallaje de Satanás. Cuando se habla de Rescate, esta palabra ha de ser interpretada y sentida en su significado concreto: Cristo pagó por nosotros; ha vuelto a comprar a las criaturas esclavas del mal, para devolvernos plena libertad. Es muy cómodo, después de la Pasión y de la Redención, amontonar todas nuestras culpas en los hombros del Demonio. Al hacer eso, no nos damos cuenta de que convertimos al Diablo en un facsímil de Cristo. Éste es el Cordero que asume todos los pecados del mundo; Satanás es la Serpiente a la que se le cargan todos los pecados del mundo. El hombre se convertiría, por ello, en un simple campo de batalla entre el Bien y el Mal, entre el Amor y el Odio,

entre el Salvador y el Tentador: era la teoría de Lutero, pero no puede ser la de los católicos.

Aun prescindiendo de la caída de Adán, el hombre tiene una determinada naturaleza propia, una determinada norma de conducta que no puede ser obra de Satanás. Satanás es un destructor, no un creador. Ha corrompido al hombre, pero no lo ha modelado con sus manos. Los sentidos y los órganos del hombre no fueron hechos por el Diablo; hay algo que nos pertenece, que nos es propio, y que no siempre es ajeno a las desviaciones del pecado. La llamada "carne”, es decir, el cuerpo humano con sus necesidades y sus deseos y que tantas veces perturba y trastorna nuestra alma, no es un invento de Satanás. Él la aprovecha, pero no podría aprovecharla si la sustancia de que estamos hechos fuese más firme y resistente, si nuestra voluntad estuviese más despierta y aguerrida. Nuestra desventura estriba, ante todo, en el hecho de que no resistimos a sus tentaciones; pero ¿podemos honestamente culpar siempre de esa incapacidad, de esa debilidad, al Tentador? Quien atribuye al Diablo la responsabilidad de todos los pecados, lo convierte —aunque no lo sospeche — en un ser omnipotente, es decir, en otro Dios.

La “lucha espiritual” de que hablan moralistas y ascetas no es una expresión vana, ni una metáfora platónica. Se nos ha invitado a guerrear contra Satanás; acaso haya que entender en ese sentido la famosa frase de Cristo según la cual Él no vino a traer paz sino espada. ¿Es lícito afirmar, por el hecho de que en esa guerra seamos vencidos con tanta frecuencia, que la culpa es siempre de Satanás más que de nuestra debilidad o, hablando en plata, de nuestra imbecilidad?

82

EL DIABLO
COMO LIBERADOR DEL MAL

“El Diablo —escribe Weininger— es la objetiva y genial personificación de un pensamiento, que ha facilitado a millones de hombres la lucha contra el elemento maligno encerrado en el pecho de cada uno, y que los ha ayudado a proyectar fuera de sí al enemigo, y a distinguirse y a separarse de él.”[71]

Es decir que Weininger, aunque era hebreo' de nacimiento y se convirtió luego al protestantismo, no cree en la existencia real de Satanás; sin embargo atribuye a la creencia en Satanás un valor catártico en contradicción con las opiniones dominantes.

Eso significa que el Diablo ya no es el ser que inspira o acrecienta la maldad del espíritu humano, sino una entidad mental que el hombre concibe para combatir mejor el mal, es decir, para disminuir la influencia que éste ejerce sobre él y para disminuir su poderío. El imaginario Satanás de Weininger ya no es el Tentador sino, en cierto modo, el Liberador del pecado.

Si esta curiosa teoría fuese cierta, deberíamos comprobar una efectiva disminución del mal en quienes realmente creen en él. Es muy cierto que los santos creen en la existencia real del Demonio, y que en ellos, más que en los demás, se atenúan o borran las huellas del pecado original. Pero en el Diablo creen, con igual firmeza, las plebes cristianas, y creen, sobre todo, quienes se jactan de tener trato íntimo con él, como los magos, los brujos y cierto tipo de ocultistas. Pero la moralidad del pueblo ha sido siempre bastante baja, aun en los países cristianos. Y en cuanto al linaje de los

satanistas, sabemos o sospechamos cuánta abyección hay en sus pensamientos y en sus prácticas.

83

EL DIABLO Y EL PAN SIN SUDOR

Como sabemos por el Génesis (III, 19), Dios condenó a Adán, después de la culpa, a procurarse el sustento, con duros esfuerzos, del suelo árido y espinoso: “Con el sudor de tu rostro comerás pan.”

Recuérdese, ahora, la primera tentación de Satanás a Jesús: “Haz que estas piedras se conviertan en pan.” Es decir que el Tentador querría que el pan se produjese, como con un milagro, por la súbita transformación de las piedras; querría que Jesús librase a los hombres del duro esfuerzo y del sudor; querría, en fin, la abrogación de la antigua condena divina. Satanás, que es el Antidios, querría que fuese abolido un antiguo decreto de Dios, y que el hombre dejase de verse obligado a comer su pan a costa de sudores.

¿Se trata, en este caso, de un intento subrepticio para conseguir que Dios mismo, en la persona del Hijo, invierta la decisión que el Creador había adoptado para castigar al desobediente?

¿O no se trataría, más bien, del deseo de acudir en ayuda del hombre —condenado por aquella culpa a la milenaria expiación del trabajo— invitando a Dios a que, con un prodigio, le suministrase el pan? ¿Habrá habido en el ánimo de Satanás un sentimiento de remordimiento por aquel sudor del rostro humano, sudor que a través de milenios se había venido derramando como consecuencia de su maligna instigación?

En tal caso Satanás se nos aparecería bajo una luz totalmente nueva: como un liberador, como un rescatador del hombre. Con tal de oponerse a las leyes divinas, quiere redimir a los hijos de Adán de por lo menos una de las consecuencias del pecado. Satanás se nos aparecería —junto al Redentor espiritual— como un Redentor material, como un amigo del hombre.

XIV

EL FIN DEL DIABLO

84

EL DIABLO VUELVE A SER ÁNGEL

En la segunda Epístola de San Pablo a los Corintios hallamos una afirmación sorprendente en grado sumo: “El mismo Satanás —escribe el Apóstol— se transfigura en ángel de luz.” (XI, 14),

Si no fuesen de Un Santo inspirado por Dios, estas palabras podrían parecer asombrosas y casi increíbles. Por la Escritura y la tradición cristiana sabemos que Satanás se ha presentado bajo diversas apariencias y con diversos disfraces: como reptil, como perro, como mujer, como sátiro, como monstruo. Pero ¿es concebible que retome su primer aspecto de “ángel de luz”? ¿Es lícito pensar que después de haberse hecho indigno, por su rebelión, de aquella resplandeciente vestidura, pueda, llegado el caso, ponérsela otra vez para engañar a los hombres y para traicionarlos más fácilmente?

Sin embargo, las palabras de San Pablo no dejan lugar a dudas. Hasta insiste en ese concepto, y continúa así “no es mucho, pues, que también sus ministros se transfiguren cual ministros de la justicia…”

Pablo se refiere, claramente, a aquellos falsos apóstoles que en nombre de Cristo podían deslumbrar y confundir a los fieles con las apariencias de una falsa santidad. Pero a pesar de ello el misterio de esa su tan neta afirmación sigue siendo oscuro.

Si a veces el Diablo se ha mostrado en forma de ángel de luz ¿eso no hace surgir necesariamente una duda: la de que aquellos cristianos que tuvieron visiones y a quienes se les aparecieron ángeles hayan sido engañados por el mismo Príncipe de las Tinieblas?

En la segunda Epístola de San Pablo a los Corintios hallamos una afirmación sorprendente en grado sumo: “El mismo Satanás —escribe el Apóstol— se transfigura en ángel de luz.” (XI, 14),

Si no fuesen de Un Santo inspirado por Dios, estas palabras podrían parecer asombrosas y casi increíbles. Por la Escritura y la tradición cristiana sabemos que Satanás se ha presentado bajo diversas apariencias y con diversos disfraces: como reptil, como perro, como mujer, como sátiro, como monstruo. Pero ¿es concebible que retome su primer aspecto de “ángel de luz”? ¿Es lícito pensar que después de haberse hecho indigno, por su rebelión, de aquella resplandeciente vestidura, pueda, llegado el caso, ponérsela otra vez para engañar a los hombres y para traicionarlos más fácilmente?

Sin embargo, las palabras de San Pablo no dejan lugar a dudas. Hasta insiste en ese concepto, y continúa así “no es mucho, pues, que también sus ministros se transfiguren cual ministros de la justicia…”

Pablo se refiere, claramente, a aquellos falsos apóstoles que en nombre de Cristo podían deslumbrar y confundir a los fieles con las apariencias de una falsa santidad. Pero a pesar de ello el misterio de esa su tan neta afirmación sigue siendo oscuro.

Si a veces el Diablo se ha mostrado en forma de ángel de luz ¿eso no hace surgir necesariamente una duda: la de que aquellos cristianos que tuvieron visiones y a quienes se les aparecieron ángeles hayan sido engañados por el mismo Príncipe de las Tinieblas?

85

¿EL DIABLO SERÁ SALVADO?

La teología católica enseña que las penas infernales son eternas y que, por ello, Satanás no volverá a ser admitido jamás en el coró de los ángeles. Pero algunos teólogos de los primeros siglos cristianos y algunos poetas de los tiempos modernos opinaron de otra manera.

El gran Orígenes creyó y sostuvo —inspirándose en la doctrina estoica de los ciclos cósmicos— que la Redención era el comienzo del regreso de todos los seres creados —ahora divididos y corrompidos— al seno infinito de la perfección divina. Según Orígenes, la Redención no atañe simplemente a los hombres sino a todas las cosas del mundo. Al comienzo del tiempo, fue la espiración de Dios —la Creación—; pero con la Encarnación había empezado la aspiración, es decir, el gran regreso, de las profundidades hacia las alturas, de la materia hacia el espíritu, del mal transitorio al bien eterno. En esta grandiosa concepción, la historia del universo se dividía en dos edades, marcadas por dos momentos del inmenso respiro de Dios: la efusión creadora y la reasunción redentora. El descendimiento de Cristo constituía el centro de la alternancia cósmica: Dios, que se expande en las criaturas; las criaturas, que regresan a Dios. El objeto último de la Redención era el gran regreso, la reconciliación universal, lo que Orígenes llamaba la *apocatastasis*.

Esa idea hacía que el teólogo alejandrino admitiese también la salvación final del Diablo. En efecto, cree que los Demonios volverán a ser Ángeles: "Unos antes, otros después, regresarán, luego de largos y duros tormentos, a las legiones angélicas, y se elevarán más tarde a los grados superiores y llegarán a las regiones invisibles y eternas…” (*De Principiis*, I, 6, 3) Y al final el mismo jefe de los Demonios será redimido.

Orígenes, que tenía conciencia de la audacia de su teoría, no llama al Diablo con su verdadero nombre sino con el de Muerte, y recuerda que, según la expresión de San Pablo, la muerte entró en el mundo con el pecado. Pero el texto de Orígenes demuestra que se trata realmente del Diablo: "El último Enemigo, que se llama Muerte, será destruido, y ya no habrá más tristeza, y ya no habrá más oposición, porque el Enemigo habrá desaparecido. Este último Enemigo será destruido, no en el sentido de que sustancia, hecha por Dios, habrá de aniquilarse, sino en el sentido de que desaparecerá la *perversidad de su voluntad*, que es obra suya y no de Dios." (*De Principiis*, III, 6, 5)

La opinión de Orígenes fue aceptada por San Gregorio de Nisa, si nos atenemos a dos pasajes de su *Discurso Catequístico* (XXVI, 5, 9). San Gregorio de Nisa afirma que en virtud del lazo que con la Crucifixión de Cristo tendió al Diablo, Dios "no ha hecho un bien solamente a la criatura perdida, sino también al autor de nuestra perdición". Y más adelante reafirma que con esas etapas que terminan en la prueba de la muerte, Dios "al liberar al hombre del vicio ha curado también al autor mismo del vicio".

Cuando joven, San Jerónimo fue gran admirador de Orígenes; y en su *Comentario a la Epístola a los Efesios* (16) declara que cree en la salvación final del Príncipe de este mundo: "En la época de la recuperación universal —escribe San Jerónimo—, cuando el verdadero médico, el Cristo Jesús, venga para curar el cuerpo de la Iglesia, hoy dividido y desgarrado, cada uno… retomará su puesto y volverá a ser lo que en el origen fue… El Ángel Apóstata volverá a su estado primero, y el hombre entrará de nuevo en el Paraíso del que fue expulsado."

Hallamos un último eco de esa misericordiosa esperanza en un escritor de fines del siglo IV, hoy conocido con el nombre de "el Ambrosiasta", quien en su *Comentario a la Epístola a los Efesios* (III, 10), repite que al final todas las criaturas serán salvadas, incluso los Demonios.

Pero después de esa época ningún otro autor eclesiástico se ha atrevido a retomar el amoroso vaticinio de Orígenes. Acaso una de las mayores rémoras para que se aceptase la teoría de Orígenes fue el famoso versículo contenido en el discurso de Jesús acerca de las cosas últimas, donde al hablar de los chivos que estarán a su izquierda los amenaza de este modo:

“Apartaos de mí, vosotros los malditos, al fuego eterno, preparado para el Diablo y para sus ángeles.” (*Mateo*, XXV, 41)

Esta amenaza ha parecido una prueba irrefutable de la eternidad de las penas infernales; pero se trata de una interpretación demasiado fácil y aceptada también con demasiada facilidad.

En realidad, la palabra *eterno —aiónios*, en el texto original griego— tiene el sentido de “siempre”, es decir, de algo perenne en el tiempo; pero de ningún modo indica —como también resulta de la acepción, más antigua, aplicada a la duración de la vida humana— un concepto absoluto y metafísico de la eternidad, es decir, de la eternidad que, por definición, trasciende el tiempo.

Adviértase, simplemente, que lo que en verdad es eterno no tiene principio ni fin, ni puede tenerlo; en tanto que, como sabemos, el infierno fue creado y, en consecuencia, tuvo principio y habrá necesariamente de tener fin.

A la mente humana le repugna la idea de una eternidad que haya tenido comienzo; lo eterno presupone en todo momento un “siempre”, tanto en el sentido del pasado como en el sentido del futuro.

El infierno no fue “siempre”, pues sólo comenzó con la caída de los Ángeles rebeldes, y nada nos impide esperar que tenga fin junto con todo el resto del mundo creado.

Por ello es lícito creer que una de las consecuencias de ese fin será también el fin de la rebelión, es decir, el feliz regreso de Satanás y de los suyos al fulgor de la eternidad.

En los tiempos modernos, sólo conozco un testimonio de esta opinión —tan conforme con el concepto cristiano de Dios—; pero está contenida en la obra inédita de un muy católico escritor italiano ortodoxo, Gustavo Benso de Cavour, hermano del famoso Camilo. En el archivo Cavour, de Santena, se conserva, manuscrito, su *Essai sur la destination de l’homme*, donde en cierto momento se dice que la misericordia de Dios es tan grande que hasta podría liberar del infierno a los condenados. Cavour, que era discípulo y amigo de Rosmini sometió su obra al examen del gran filósofo de Rovereto, quien en una nota autógrafa escrita a lápiz, que se lee en el manuscrito del Essai, aprueba y justifica la opinión de Cavour y agrega que

“si bien los condenados ya no pueden tener esperanza de redención en un mediador o enviado, no ha de aceptarse sin embargo como necesaria la consecuencia de que a Dios le sea imposible sacar, por su absoluta potencia y bondad, las almas del infierno”.

Ese pensamiento de Rosmini no es precisamente el de Orígenes; pero se acerca bastante a él, porque admite que Dios puede, por su omnipotente caridad, interrumpir las penas eternas; y esta opinión, natural en quien fundó el Instituto de la Caridad, tiene gran importancia, porque procede de uno de los más puros y profundos filósofos católicos de los tiempos modernos. Tal vez puedan encontrarse* otros testimonios semejantes a éste en las obras de los filósofos y de los teólogos; pero sabemos que tal doctrina no forma parte de la enseñanza oficial de la dogmática.

A partir del siglo XVI, la idea de Orígenes fue retomada, en cambio, por los poetas.

Puede hallarse un primer indicio de ello en Joost van den Vondel (1587-1679), gran poeta dramático, considerado justamente el Shakespeare holandés. En la última escena del cuarto acto de su *Lucifer* (1654), el coro de los Ángeles fieles pide a Dios el perdón del Rebelde: “Padre, Tú…, fuente de cuanto existe, Tú ves cómo el jefe de los espíritus se atreve a levantarse contra Tus mandamientos; cómo hace resonar su tambor y su trompeta, y, enceguecido por la ambición, te desafía desde lo alto de su carro. Ten piedad de ese acto sacrilego.” Y el Arcángel Rafael se une a esa imploración: “Perdona; en Tu misericordia, perdona al que quiere poner sobre su cabeza la corona de las coronas…”

En ese momento de la tragedia de Vondel aún no se ha producido la batalla entre las milicias angélicas, que habrá de terminar con la derrota de Lucifer; pero ya se ha producido la rebelión: se ha consumado el pecado máximo del Arcángel; sin embargo, los ángeles todavía esperan que pueda ser perdonado.

Pero para volver a encontrar la idea de la redención final de Satanás es necesario esperar a los románticos del Ochocientos. Alfredo de Vigny compuso en 1824 *Eloa*, donde imagina que una mujer, por amor al maldito, accede a vivir con él en el infierno. Más tarde, de Vigny pensó escribir una continuación de *Eloa*, una *Salvación de Satanás*, de la que sólo nos quedan

algunos apuntes, publicados póstumos en el Diario de un poeta. El poeta imagina que un día Eloa, allá abajo, en el infierno, se atreverá a mirar a lo alto y sonreír. Satanás se sorprende.

Y ella le contesta:

“¿No oyes? ¿No oyes el estrépito de los mundos que explotan y caen hechos polvo? El tiempo ha llegado a su fin. Estás salvado.

"Lo toma de la mano, y los recodos del infierno se abren para darles paso… Cuando avanzan ven los mundos hundidos. *Cielo*. Cuando llegan, Dios ya lo ha juzgado todo con una mirada. Los ángeles están sentados. Entre ellos hay un lugar vacío: el primero.

"Una voz inefable pronunció estas palabras: Has sido castigado en el tiempo; has sufrido mucho, porque fuiste el ángel del mal. Pero amaste, una vez. Entra en tu eternidad, El mal ya no existe.”

Pocos años más tarde, en 1856, un poeta italiano, Giuseppe Montanelli (1813-1862), publicó en París, donde estaba exilado, un pequeño poema dramático, *La Tentación*. Allí aparece Satanás, quien, luego de haber tentado a algunos hombres célebres, se convierte; y, cuando Cristo lo perdona, vuelve a ser un querubín resplandeciente.

Algunos años después, el tema de Satanás perdonado reaparece en un poeta mucho más grande y famoso que Giuseppe Montanelli: Víctor Hugo. En un poema de su vejez, *El fin de Satanás* (publicado póstumo en 1886), Víctor Hugo imaginó que, gracias al ángel de la Libertad, también Lucifer queda redimido. Bastará citar los últimos versos donde hace hablar a Dios:

L’Archange ressuscite et le démon finit.
Et j’efface la nuit sinistre et rien ríen reste.
Satan est mort; renais, o Lucifer céleste.[72]

En nuestra época, el poeta Ferdinando Tirinnanzi (1879-1940) ha vuelto en Italia a la gran visión de Orígenes; y en alguno de sus escritos —sobre todo en *El beso de Judas*, que en otro capítulo he citado ampliamente— ha hecho suya la esperanza, la cristiana esperanza, de una redención de Satanás, ni imposible, ni lejana.

Esa coincidencia, a tanta distancia, entre los teólogos de los primeros siglos cristianos y los poetas de los últimos siglos, puede sorprender; pero también puede hacer meditar. De todos modos, no debería escandalizar.

La doctrina de la redención total y final de todos los seres en Dios, no forma parte de la enseñanza de la Iglesia de Roma; pero quien conozca la historia del pensamiento cristiano sabe que a través de los siglos hubo cambios y enriquecimientos en lo que respecta a los mayores dogmas de la fe. Algunas opiniones, enseñadas durante mucho tiempo, fueron suprimidas, si no condenadas, con el transcurso de los niños; otras, nuevas, las reemplazaron; y una renovación análoga podría y debería repetirse en los siglos próximos. Con tal de que no se altere ni se niegue la esencia del dogma, siempre son posibles otras interpretaciones y demostraciones, más auténticas y más profundas que las antiguas. Debemos observar que mientras muchos cristianos han amortiguado su fe, o han desertado de ella, hay otros, aunque sean menos, que han profundizado cada vez más el sentido del Cristianismo por el hecho mismo de vivirlo en toda su plenitud con la guía de los más absolutos preceptos del Evangelio. Estos cristianos van siendo cada vez más íntimamente cristianos, de acuerdo con el espíritu del Cristianismo eterno, aun cuando en ocasiones lean la letra de otra manera.

Hasta hace algunos siglos, la idea de la llama devoradora de hombres —ya fuese la de las hogueras o la del infierno— no afectaba la sensibilidad ni la mente de los buenos católicos. Pero desde hace algún tiempo hay en los mejores de ellos un sentimiento bien diferente: su ánimo no aprueba ni la muerte de los herejes, ni las penas eternas de los pecadores. Estos cristianos que son cada día más cristianos no niegan la existencia del infierno; pero creen que está despoblado, casi desierto, y así lo desean. Para estas almas más que amorosas, hoy hay que invertir el cruel calvinismo del Quinientos: el infierno, vacío; el Paraíso, colmado.

Esas almas creen que un Dios realmente padre no puede torturar eternamente a sus hijos; consideran que un Dios todo amor, como Cristo mismo nos lo presentó, no puede negar su perdón eternamente, ni siquiera a sus más afamados rebeldes. Al fin de los tiempos, es decir, del mundo actual, la misericordia se sobrepondrá también a la justicia. Si así no fuese,

deberíamos pensar que ni siquiera el mismo padre de Cristo es un perfecto cristiano.

No pretendemos que estos sentimientos y estos pensamientos sean hoy aceptados por la doctrina oficial de la Iglesia docente; y mucho menos pretendemos hacer las veces de la Iglesia ni sustituirnos a ella. Pero lo que no es lícito enseñar como verdad cierta y segura puede y debe ser admitido como cristiana y humana esperanza. Los tratados de teología seguirán diciendo "no” a la doctrina de la reconciliación total y final; pero el corazón —“que tiene sus razones que la razón no conoce”— seguirá anhelando y esperando un “sí”. E11 la escuela de Cristo hemos aprendido que lo imposible, sobre todo, es creíble.

El Eterno Amor —cuando todo esté cumplido y expiado— no podrá renegar de sí mismo ni siquiera ante el negro rostro del primer insurgente y del mis antiguo Condenado.

Noviembre, 1953

APÉNDICE

XV

EL DIABLO TENTADO

XV

RADIOGRAMA EN TRES TIEMPOS

RADIOGRAMA EN TRES TIEMPOS

PRIMER TIEMPO

Plaza inmensa, desierta. En el medio una catedral gigantesca con torres y agujas que apenas se divisan en el cielo nublado de un crepúsculo de otoño. Es el 29 de setiembre, fiesta de San Miguel Arcángel. Por el alto portal de bronce, entornado, sale un canto suave y solemne, satanás camina de un lado a otro, meditabundo, delante de la oscura catedral. De cuando en cuando se detiene para escuchar junto al portal, como si el canto lo atrajese. Llegan bastante claras las palabras del coro:

Contra ducem superbiae
Sequamur hunc nos principem
ut detur ex Agni throno
nobis corona gloriae.[73]

Mientras Satanás, absorto, escucha el canto en alabanza de su vencedor, llega, casi corriendo, un diablo en forma humana: Uriel

URIEL

¡Príncipel ¿Qué haces? Nuestra gente te busca. Allá.

SATANÁS

Estremeciéndose

¿Allá? ¿Dónde?

URIEL

Allá, sí, en tu reino, en nuestro reino.

SATANÁS

También éste es mi reino. ¿No está escrito, acaso, que yo soy “el príncipe de este mundo”?

URIEL

No te reconozco, señor. Hoy hablas con las palabras de tus enemigos. ¿Qué sucede?

SATANÁS

Vuelve a oírse el coro

Déjame escuchar ese canto.

URIEL

¿Pero acaso no sabes que hoy la plebe de los arrodillados celebra la fiesta de tu vencedor? Y te quedas ahí en la puerta, escuchando como un niño al que han echado del teatro y se conforma con oír las voces por la rendija de la puerta.

SATANÁS

¿Desde cuándo los alumnos se permiten dar lecciones al maestro? Tú no puedes entender. ¿No sabes, acaso, que el vencido puede estar ligado al vencedor mucho más que a su hermano?

URIEL

No; no entiendo. Sé que ahí adentro una turba de ovejas berrea para festejar tu derrota. ¿Y tú, Satanás el grande, te dignas escucharla?

SATANÁS

Te creía más inteligente, Uriel. Si hubiese pensado antes de qué tipo eran mis secuaces, a lo mejor no hubiera… Escucha. Si yo hubiese derrotado al ejército del Gran Amo, ¿no me hubieran levantado a mí esta torre? ¿Y las multitudes humanas, siempre dispuestas a seguir a los triunfadores, no cantarían ahora mis alabanzas? Aunque vencido, me siento mucho más próximo a Miguel de lo que tú crees.

URIEL

Nunca te he oído hablar así. Y jamás creí que te oiría decir semejantes palabras.

SATANÁS

La compañía de los condenados te ha imbecilizado todavía más. ¿Nunca se te ocurrió, bestia de las tinieblas, que, si yo hubiese vencido a Miguel, los dominadores del cielo, los legítimos representantes del bien, seríamos ahora nosotros?

URIEL

No quiero ni pensarlo. Esa fantasía sería una tortura más. Y, sin embargo, en nuestra condición de malditos hay una voluptuosidad tremenda. Como tú mismo nos lo enseñaste, el imperio del Mal es tan amplio como el del Bien.

SATANÁS

Pero aún no te he dicho otra verdad: el infierno no es sino el paraíso al revés. Una espada reflejada en el agua cobra forma de cruz. Un incendio que se espeja en el mar parece una fiesta de luces. A pesar de todo, seguimos siendo hermanos de quienes nos derrotaron, de esos que quedaron allá Arriba.

URIEL

Perdóname, pero no te entiendo. ¿Eres realmente tú, Satanás, el emperador del abismo, quien habla así?

SATANÁS

Creí que le estaba hablando a un genio del fuego y me doy cuenta de que tengo delante de mí a un tizón apagado. ¿Realmente no recuerdas nada de nuestra primera morada, de nuestro esplendor que dominaba al de los soles, de nuestra felicidad que se parecía a la de Dios? ¿Nunca sientes, ni siquiera por un momento, la nostalgia de la altura, de la luz, de la dicha? Y aun cuando esta nostalgia fuese un tormento más, ¿debería acaso asustarnos, a nosotros, atormentados y atormentadores, a nosotros, que por esencia, por condena, no somos sino dolor?

URIEL

Me desconciertas. ¿Es que después de tantos milenios tienes remordimiento por tu rebelión? ¿No fuiste tú quien nos convenció a todos para que nos rebelásemos?; ¿no fuiste tú la causa de nuestra derrota? Y ahora, tú, el soberbio, hablas como una mujerzuela repudiada que siente nostalgia de su antiguo y tranquilo hogar. Esas nenias frailunas te han perturbado. Ya no eres el mismo que conocíamos y al que obedecíamos. Vuelve en ti. Abandona este lugar pestilente.

Se oye de nuevo el emito de los fieles

¿No oyes cómo se regocijan recordando tu vergüenza? Vamos. No sigas escuchando.

SATANÁS

No me comprendes. Si estuviese realmente arrepentido de mi osadía, ya no estaría aquí: sería digno de volver a subir a mi patria; estaría próximo a la salvación. Lo mío no es remordimiento, sino únicamente recuerdo: recuerdo ofuscado y desesperado por la felicidad perdida. En mi espíritu, el orgullo no se ha debilitado: yo no reniego de nada. Todavía no consigo perdonar a Aquel que no quiso perdonarme. No quise servir; y sin embargo tengo que servir, condenado como estoy a la más horrible servidumbre: la de robarle el alma a los hombres. ¿Y qué hay de extraño si al esclavo encerrado en la oscuridad de la ergástula se le aparece de nuevo por un instante la visión del cielo libre donde antes el sol lo acariciaba? ¿Tú mismo no fuiste, una vez, únicamente luz?

URIEL

Para nosotros ese recuerdo no puede ser sino un desgarramiento y un suplicio. ¿No tenemos ya bastante? Ahuyéntalo. Vuelve en ti, y sígueme, adonde te llaman.

SEGUNDO TIEMPO

Aparece, de pronto, el Arcángel RAFAEL, *blanco, rodeado de luz. Se acerca a los dos Diablos. Satanás, cohibido, calla y no se mueve*

URIEL

Es un secuaz de Aquél, es un enemigo nuestro, es el compañero de Miguel. Huyamos, Satanás. Yo no quiero verlo.

SATANÁS

¿Tú, aquí?

RAFAEL

Sí, soy yo: Rafael, el que en un principio fue tu hermano.

SATANÁS

¿Me buscas a mí? ¿A mí, de veras?

RAFAEL

Él me ordenó que viniese a buscarte.

SATANÁS

¿Te ordenó que vinieses a buscarme? ¿A mí, al réprobo, al maldito, al desechado, al rebelde, al vencido?

RAFAEL

Sí, precisamente a ti,, al infeliz.

SATANÁS

Pero ¿qué sucede, entonces, allá Arriba? Tiene que suceder algo inaudito. Han pasado siglos de siglos, millones de noches y de soledades y ninguno de ustedes ha venido a buscarme. Después de la victoria, nadie se atrevió a acercarse al monstruo que fue precipitado a las tinieblas inferiores.

RAFAEL

Hubiera bajado antes, si tú me hubieses llamado antes.

SATANÁS

¿Llamado? Tú deliras. ¿Quién te ha llamado?

RAFAEL

Tú mismo, Satanás. Las palabras que hace poco le dijiste a tu compañero de desgracia llegaron allá Arriba, y Él las oyó. Y Él me ha mandado a ti.

SATANÁS

¿Mis palabras? Pero ¿qué he dicho? Yo no he dicho nada que se parezca a una plegaria, nada que pueda interpretarse como un reniego. Yo quise ser el Primero, y soy el Primero, aunque sólo sea en un mundo muy diferente del tuyo. Pero la monarquía del Mal no tiene confines, precisamente como la de tu Amo.

RAFAEL

Aún no sientes remordimientos. Pero en ti se despierta un recuerdo, y en ese recuerdo hay un dejo de nostalgia, y en la nostalgia un asomo de deseo,

y en el deseo un aguijón de dolor; y el dolor ya es un comienzo de expiación, y la expiación es…

SATANÁS

¡Basta, basta! Se ve que en mi ausencia tú también te has vuelto razonador. Podrías ser un cuaresmal pasable, si no estuvieses ocupado en otra tarea mejor. Tu palabra es dulce, pero yo no soy mosca para esa miel.

RAFAEL

Déjate de burlas, Lucifer. Hace un rato no le hablabas en ese estilo a tu obtuso compañero. Desde el primer momento de tu condena, Dios esperaba las palabras que has pronunciado, esperaba que tu recuerdo se despertase: el recuerdo de aquel fulgor que te embriagó. Y si aquella vez mandó contra ti a Miguel, con todas sus espadas de fuego, hoy me manda a mí, con las palabras de la invitación.

SATANÁS

Lo prefiero a Miguel. Miguel es un guerrero, y por eso puede entender mi violencia y mi humillación. Como ves, yo estaba escuchando ahí, junto a esa puerta, el himno en loor suyo.

RAFAEL

Miguel será el primero en recibirte, cuando vuelvas, si quieres volver; y todos tus viejos compañeros esperan como yo que regreses antes de la muerte de los tiempos. El que lamentes la pérdida de tu primera gloria ya te facilita su recuperación. Confiando en tus lamentos, Aquel que te amó y te maldijo me ha mandado a hablar contigo.

SATANÁS

El Viejo Señor procede siempre con precipitación: ahora lo mismo que antes. Tal vez yo no merecía una pena tan despiadada; tal vez yo 110 sea digno de esa piadosa solicitud. Dile que espere: es su oficio.

RAFAEL

El sarcasmo es la careta cíe tu angustia. Tira la careta y escúchame. Dios sufre por ti; y eso no es de hoy. Su amor te espera desde el mismo día en que te hirió su justicia.

SATANÁS

¿Es cierto?; ¿es cierto que quiere volver a verme? No puedo creerte. ¿Y entonces por qué no vino nunca, si sabía qué horrible es mi suerte y qué destrucción llevo a los hombres, a sus amados hijos?

RAFAEL

Dios no podía ni puede ser quien dé el primer paso. Te precipitaste por ti mismo, por tu soberbia; por ti mismo, con tu humildad, volverás a elevarte.

SATANÁS

Pero si no me equivoco fue él quien me creó. Me creó, entonces, capaz de soberbia, de rabia, de todos los males. ¿Qué padre castiga a su hijo si éste nace escamado como una serpiente, o peludo como un oso?

RAFAEL

Tu mente sigue oscurecida por la caída. Te olvidas de que Él te hizo, entre otros, un don realmente divino: la libertad. Si abusaste de esa libertad para rebelarte, la culpa es únicamente tuya.

SATANÁS

¡Claro! Si a una criatura inexperta le hago el don divino del fuego, la culpa es suya si se incendia la casa.

RAFAEL

No blasfemes. Tú no eras un niño inexperto sino el más perfecto, el más sapiente, el más alto de los ángeles.

SATANÁS

¡Y precisamente por eso tuve la tentación de igualarme a Él! Si me hubiese hecho simple de espíritu, como a Miguel, como a ti, yo no hubiera caído

RAFAEL

¿Ves?: hasta en esas palabras asoman, sin que te lo propongas, tus lamentos. No lo ocultes; en vez de sofocarlos, confiésalos. Tienes delante de ti a alguien que te amó y que quisiera salvarte. Y piensa en el dolor de Dios, infinito como Él mismo lo es; en su dolor de haber tenido que transmutar en Príncipe del mal a quien más se le asemejaba y más cerca estaba de Él.

SATANÁS

¿El dolor de Dios? Pero ¿es que Dios puede sufrir? ¿Puede la imperfección turbar al perfectísimo?

RAFAEL

Dios es amor, y no hay amor sin dolor. Si no hubiese sufrido por la infelicidad humana, ¿hubiera hecho descender a la tierra a su Primogénito pará que fuese El Hombre de los Dolores?

SATANÁS

Conocí personalmente a tu Hombre de los Dolores hace algunos siglos. Y hasta hemos tenido juntos varias conversaciones, allá, en el desierto de Judea. Por cierto que no me disgustaba ese Hombre Dios o ese Dios Hombre. Hasta debo reconocer que me trató con bastante cortesía y no brutalmente como había hecho tu fogoso Miguel. Pero si realmente era Dios, mandado por Dios, ¿por qué no me ofreció su paz? En vez de eso, lo que al final me dijo fue: “Vade retro.” Y yo retrocedí, retrocedí tanto que ahora eso de rehacer el camino hacia arriba tendría que pensarlo.

RAFAEL

Como te he dicho, Dios esperaba una señal tuya; pero tú, por el contrario, demostraste ser el mismo, frenético de orgullo, tanto que le pediste a Cristo, al Hijo de Dios, que se postrase a tus pies y te adorase.

SATANÁS

Pero ¿no había venido a perdonar a todos? ¿Y no predicaba el amor a los enemigos? Yo era el Adversario, el Enemigo por excelencia; y Él hubiera debido dar el ejemplo ofreciéndome su perdón y su amor.

RAFAEL

Él había descendido a la tierra para salvar de tus garras a los hombres, tus víctimas, y no por ti. Y tú entraste en Judas; y bajo las apariencias del discípulo, lo vendiste a sus verdugos.

SATANÁS

También esa vez perdí la partida. Y ahora no tengo ganas de volver a empezar.

RAFAEL

Tú, que eres el engañador, quieres engañarte también a ti mismo. Pero Dios, que es únicamente Amor, no abandona a nadie: ni siquiera a ti, que fuiste el primero en abandonarlo. Si la Pasión del Hijo rescató a los hombres, la Pasión del Padre podrá rescatar a los ángeles rebeldes. Si tu dolor contesta a su dolor, estarás salvado.

SATANÁS

¿Y qué espera entonces el Misericordioso? ¿No soy íntegramente dolor, y nada más que dolor, desde el día en que quedé abismado en la gran tiniebla?

RAFAEL

Te equivocas. El tuyo no es un verdadero dolor sino un nido de serpientes, hecho de soberbia herida, de impotente cólera, de rencor servil, de furibunda venganza. Sufres, y sufres justamente; pero aún no te has elevado hasta la tristeza purificadora. En las palabras que le decías a ese empecinado subalterno, cuando le recordabas la beatitud perdida, cuando pensabas que sin aquella insensata rebelión hubieras podido estar aún a la diestra del trono de Dios, se insinuaba en cambio un dolor auténtico.

SATANÁS

Tus palabras me producen un efecto extraño. Yo estoy acostumbrado a tentar a esas miserables criaturas humanas que lo que más quieren es ceder; y ahora te apropias de mi oficio y quieres tentarme con tus halagos. El Tentador tentado: ¡lindo título para un drama de mis amigos los románticos!

RAFAEL

¿No has advertido aún que los hombres ya se preocupan poco por tu persona, si bien siguen tu doctrina? ¿No estás cansado de tentar a quien no se resiste? Si experimentas una amarga voluptuosidad arrastrando a los

demás hacia abajo, ¿no podrías experimentar una dicha infinitamente más profunda dejándote raptar hacia lo alto?

SATANÁS

Precipitarse hacia abajo, precipitarse hacia arriba. Precipitarse eternamente. ¿No habrá, entonces, nunca una tregua de paz, para mí y para todos los seres?

RAFAEL

No hay descanso sino en el seno del Eterno. Vuelve a acordarte de tu antigua felicidad, de la rápida danza, del éxtasis que te invadió cuando surgiste de la nada. No olvides; recuerda, recuérdalo todo: La luz que te vestía como un manto de oro y de diamantes; el silencioso canto que ascendía de tu corazón puro; el amor que te quemaba y que se acrecentaba sin consumarse; la continua presencia del Creador que te hacía a ti, sí, Su Arcángel predilecto…, semejante a £1. Piensa que un solo impulso de arrepentimiento podrá devolverte a aquella plenitud de dones y podrá consolar el dolor de Aquel que quería ver en ti a un ser beato. ¿No tendrás, por fin, compasión de Dios, del Dios que sufre por tu culpa?

SATANÁS

¿Cómo dices? ¿Pides piedad a quien no tiene piedad? ¿Dios ha llegado a ser tan mísero que implora caridad a su mayor enemigo?

RAFAEL

Es el más misterioso de sus misterios; y sin embargo es así, como tú dices. Dios es infinita prodigalidad de amor; y sin embargo es el eterno Mendicante que pide a todos la limosna de su amor; y, en tanto haya uno solo que se la rehúse, el Emperador del universo seguirá siendo el pobre infatigable que llama a la puerta de la primera y de la última de Sus criaturas. Satanás: ten misericordia de ti y de Él.

SATANÁS

Es demasiado tarde. Él me ha fulminado. Me ha convertido en cenizas; ¿y quiere ahora que de estas negras cenizas salte aún una chispa? ¿Pero no adivinas que el más atroz de mis dolores consiste precisamente en mi incapacidad de sentir ese otro dolor que me pides; en mi desesperada impotencia de amar, de amarme siquiera a mí mismo?

En ese momento se abren las puertas de la catedral. La multitud de los fieles sale como un torrente. Rafael y Satanás retroceden hasta un tilo gigantesco que hay en la plaza

La gente pasa y se dispersa entre murmullos. La última en salir es una mujer, sola, que mira en torno. Es joven y hermosa, de rostro pálido, encuadrado en un chal negro. Satanás la observa y se acerca a ella. Rafael desaparece en la sombra

TERCER TIEMPO

La mujer está sola en la plaza desierta. Se detiene como si no supiese qué camino tomar. Satanás se le acerca

SATANÁS

Señora… Empieza a oscurecer y tal vez usted no conozca estos lugares. Si puedo serle útil… Estoy a sus órdenes.

VIRGIA

Se equivoca, señor. No necesito guía ni compañía. Le agradezco.

SATANÁS

Tal vez usted no confíe en mí, porque es la primera vez que me ve. No tema, señora. Soy un caballero, un viejo caballero mucho más viejo que lo que usted pueda imaginar.

VIRGIA

No me preocupa la edad de los demás. Puede ser que usted sea viejo; pero me temo que no sea un caballero. Los verdaderos caballeros no abordan a la gente así como lo hace usted.

SATANÁS

Sin embargo, le aseguro, señora, que soy el primogénito de una familia antiquísima, de una familia principesca; la primera que hubo en el mundo. Si no hubiese sido por una repentina locura…

VIRGIA

Le ruego que me ahorre la historia de su ilustre prosapia y que me deje seguir mi camino.

Se dispone a andar, pero no consigue dar un paso

SATANÁS

Ya verá, señora, que no soy un cualquiera. Todavía me queda algo de mi antiguo poder; la prueba de ello es esa inmovilidad. Usted no podrá moverse de aquí, mientras yo no lo quiera.

VIRGIA

Ya veo. Usted no es un caballero, sino uno de esos muchos brujos que andan por el mundo para burlarse de los cristianos. Pero este juego ya ha durado bastante, y le ruego que me deje ir.

SATANÁS

Simpática señora: su definición no es muy exacta, pero tiene algo de verdad. Yo estoy un poco por encima de los brujos vulgares; y más, para que lo sepa: ésos son sirvientes y subalternos míos. Así que no pretenda escaparse.

VIRGIA

Usted… ¿Será posible? ¿Quiere hacerme creer que es Él?

SATANÁS

¿A qué Él se refiere?

VIRGIA

¡Usted pretende engañarme! ¡Trata de aprovecharse de mi credulidad! ¿Qué puede haber de común entre yo y Él?

SATANÁS

Más. de lo que usted cree, mi dulce señora. Por de pronto, el hecho de existir, es decir, de sufrir. Luego, la caída: unos cayeron ayer, otros caerán mañana; pero todos estamos destinados a tener ese mismo fin. No se asuste; no es tan terrible como cuentan los curas.

VIRGIA

No le creo. No quiero creerle. Déjeme ir. No me interesa saber quién es usted. Yo estoy con Dios, y no busco otras conversaciones.

SATANÁS

También la primera mujer con la que tuve el gusto de hablar —hace tiempo, bastante tiempo— estaba cerca de Dios. Y hasta su hermoso cuerpo había sido modelado por las manos mismas de Dios. Sin embargo, me escuchó con mucha benevolencia. No se indignó, Como hace usted; al contrario: fue tan cortés que aceptó una modesta sugestión que le hice… ¿No ha oído hablar de eso?

VIRGIA

(¡Ahora te reconozco! ¡Pero no te tengo miedo! Tú eres el Maldito, el Caído, el Adversario, el Tentador. Pero Dios te ha condenado; Miguel te ha vencido; Cristo nos ha liberado de tu dominación. No quiero tener nada que ver contigo. Déjame ir.

Se agita. Trata de huir, pero no lo consigue

SATANÁS

Por fin has comprendido quién soy y yo he comprendido quién eres. Eres Virgia, la hija del famoso poeta, la que no conoció varón y desea ser esposa de Cristo. Ahora que están hechas las presentaciones, podemos conversar mejor. Se ha roto el hielo, y poco a poco entraremos en confianza…

VIRGIA

¿Confianza? ¿Pides confianza? La tendrás. Acepto el desafío. Ya te he dicho que no te tengo miedo. Tengo en mi alma un aliado mucho más fuerte que ti.

SATANÁS

No lo dudo, querida niña. Aquí estoy yo para dar testimonio de eso. Pero tú sabes que en la criatura humana hay dos partidos: el partido del espíritu y el de la carne. Y esta última es casi siempre mi aliada. Tú eres hermosa, joven; tus venas están llenas de sangre que fluye; tus ojos, llenos de imágenes; tus manos tiemblan impacientes por acariciar… No se han perdido todas las esperanzas.

VIRGIA

Por más que seas un demonio, esta vez falla tu inteligencia diabólica. Yo no soy una de esas mujeres que caen en sopor o en deliquio a las primeras exhalaciones de los que son como tú. Pero ya que me tienes clavada aquí, en tu presencia, quisiera ser yo la que hable, y con esa confianza que deseas. ¿Permitirás que una humilde mujer le hable libremente al “Príncipe de éste mundo”?

SATANÁS

Con mucho gusto. Yo siempre tuve avidez de novedades. Hasta ahora, las mujeres me obedecieron o me rehuyeron. Tengo curiosidad por saber qué quieres decirme.

VIRGIA

Gracias por la deferencia. Quiero decirte lo que tal vez ningún hombre tuvo la ocurrencia o el deseo de decirte. Tú eres la encarnación del Mal, y yo no puedo amar el Mal. Pero en este momento me esforzaré por ver en ti únicamente al antiguo Arcángel; tu alma fue creada en un principio por Dios, y yo puedo, sin pecar, amar esa alma.

SATANÁS

¿Una declaración de amor? ¿A mí?

VIRGIA

Olvídate por un momento de que eres el Maligno, y escúchame. Contempla, tú que puedes hacerlo mejor que nosotros, el espectáculo del mundo. Sabes que el género humano se ha vuelto cada vez más loco y que sus locuras han multiplicado sus desgracias y que esas desgracias multiplican sus locuras. Desde que creen cada vez menos en tu existencia, los hombres son cada vez más tus siervos y tu presa. Ya no necesitas siquiera tentarlos. Acuden a ti en enjambre, son como insectos alrededor de la lámpara en la noche. Ponen en práctica tus máximas, sin saberlo; aceptan tu código aún antes de haberlo leído. No te pido piedad para ellos: sé que no eres capaz de piedad. Me dirijo únicamente a ti, a tu dignidad de príncipe: ¿no estás cansado de tanta docilidad? ¿No te da náuseas esa obediencia tan fácil? Fuiste siempre un combatiente, un héroe, a tu manera; siempre te gustó persuadir, vencer. ¿Qué satisfacciones puedes obtener ahora de esas turbas de ovejas feroces, que no te reconocen como pastor ni como lobo, y que se convierten en esclavos tuyos aun antes de que hayas pronunciado una palabra, de que hayas movido un dedo? En tu lugar, yo me avergonzaría de esa pasividad universal y me retiraría del juego, que ha dejado de ser juego porque ya no hay resistencia ni lucha.

SATANÁS

Hay algo de verdad en lo que dices. Te confieso que me aburro cada vez más en la tierra, entre esos rebaños domesticados y corrompidos. Pero, a pesar de todo, la victoria produce siempre placer, de cualquier modo que se la obtenga. No puedo permitirme otros placeres, desde el tiempo en que…

VIRGIA

¿Desde cuándo? ¿Desde cuando estabas, inocente y hermosísimo, junto al gran corazón de Dios? ¿Y acaso 110 podrías volver? Dios es quien en este momento me inspira para que te revele un gran secreto. £1 no puede perdonarte, porque pecaste contra Él; pero los hombres, sí, pueden perdonarte, porque lo que hiciste y haces contra ellos es un resultado de tu condena y no de tu voluntad. Si los hombres te perdonasen con sinceridad de corazón todo el mal que les hiciste o quisiste hacer, ¿te atreverías a pedirle perdón a Dios? Contéstame sin burlarte de mí… Te lo suplico, en nombre de tu primera esencia celeste.

SATANÁS

¿Perdonarme? Me parece haber oído ya, en Judea, hace muchos siglos, una palabra así; pero nunca ha podido tener entrada en mi diccionario. Permíteme que me recobre de mi sorpresa, y después acaso te conteste.

VIRGIA

No recurras a tus torpes escapatorias, enemigo de ti mismo más que de los hombres. Hiciste caer al género humano valiéndote de una mujer; y ahora es precisamente una mujer la que quiere levantarte de tu caída.

Cierto: yo no soy más que una simple mujer, una mujer desconocida, débil, de poca ciencia y experiencia; sin embargo, estoy segura de que Dios me dará fuerza para mantener la promesa que en nombre de todos te hago: Los hombres te perdonarán, si prometes dejarlos en paz y reconciliarte con Dios. Nadie te formuló nunca ese ofrecimiento; pero yo me atrevo a formularlo, porque el amor me hace temeraria y tal vez imprudente; pero el amor no conoce la duda ni el miedo. El Hijo de Dios nos ordenó amar

también a nuestros enemigos; ¿y no eres tú, acaso, el más encarnizado y cruel de nuestros enemigos? Tienes derecho, pues, a que te amemos más que a nadie.

SATANÁS

¿Estás loca, mujer? ¿Te olvidas a quién es que te atreves a hacerle semejante ofrecimiento? Los hombres, lo sé, aman el Mal; pero ¿conseguirá un cristiuno amar al mismísimo soberano del Mal?

VIRGIA

Ya te lo he dicho. Yo no amo el Mal. Pero tú también eres una criatura de Dios y fuiste uno de los hijos predilectos de Dios. No puede ser que en ti se haya borrado todo rastro de tu primitiva naturaleza. Aunque sólo te quedas en un recuerdo y un deseo infinitamente pequeños de aquella luz… yo amo en ti lo que fuiste en el tiempo feliz, amo en ti al futuro hijo pródigo que regresará al Reino del Padre.

SATANÁS

Amar. Amor. Perdón. Palabras inusitadas y ya olvidadas por mis oídos y más aún por mi alma. Ningún hombre, ninguna mujer me habló jamás como tú me hablas. Soy como un hombre dormido a quien despiertan de pronto y que no consigue entender claramente lo que le dicen.

VIRGIA

Despierta, sí; y escucha. Otra vez los cielos están abiertos ante ti. Hiciste caer al hombre; y el hombre, para liberarse y liberarte, te levantará de tu caída. Rogaremos todos por tu salvación, como no hemos rogado nunca. Basta que tengas un dejo de lamentación, un asomo de remordimiento, una sola gota de amor. Nosotros haremos lo demás.

SATANÁS

¿Pero puede haber una criatura humana capaz de amarme? Hasta ahora los hombres han sido mis esclavos o mis enemigos; han cedido o me han odiado: ninguno de ellos me amó, porque ninguno de ellos es capaz de imaginar que puede amarme. Amar significa convertirse en una sola cosa con aquel a quien se ama. ¿Y quién querrá identificarse con la más malvada e infeliz criatura del universo? Deliras, Virgia; no sabes lo que dices ni lo que prometes.

VIRGIA

Sin embargo, en algunas de tus palabras he adivinado una sombra de lamentación, el eco de una nostalgia. No has olvidado por completo la infinita felicidad que tuviste; confesaste que has llegado a sentir tedio de esa tu dominación demasiado fácil. Da otro paso, un solo paso más, y me entenderás.

SATANÁS

Déjame. Estás en libertad. No te retengo más. Nunca podré olvidarte; pero ahora déjame; huye.

VIRGIA

No, no quiero huir. Ahora que he roto el círculo de encantamiento que me sujetaba a esta laja musgosa, ahora que podría correr a la casa de mi padre, no quiero abandonarte. Esta mujer, a la que no olvidarás, aún tiene algo que decirte.

SATANÁS

Te digo que me dejes. Déjame a solas con mi inextirpable dolor.

VIRGIA

Pero ese dolor es precisamente mi punto de apoyo y la prenda de mi esperanza. Yo podría hablarte de los innumerables dolores que hacen delirar a los hombres y que son obra tuya. Podría hablarte del furor de los pueblos, de la sangre que todos los días pudre la tierra, del infinito llanto nocturno de los heridos y de los pecadores, de la infamia que envilece y corrompe a innumerables almas, de la angustia que retuerce y tritura tantos corazones, de las epidemias incurables, del odio, de la concupiscencia, de la bajeza y del pecado, de todo eso que humilla, mortifica, desgarra, infecta y deshace, por tu culpa, a mis hermanos. Pero no quiero hablarte del dolor de los hombres. Hago un llamado a tu dolor, a tu inconfesado deseo de volver a la dicha. Confío en tu memoria, que no se ha extinguido por completo; en tu milenario hartazgo; en esa tu desesperación de tener que desesperar siempre. Te invoco en ayuda de ti mismo.

SATANÁS

Vete. Te digo que te vayas. Tú me ofreces lo imposible. Tus palabras aumentan mi tortura. Dices que me amas; pero tampoco tú me amas, porque me haces sufrir.

VIRGIA

Si tienes la valentía de renegar de ti mismo, yo te prometo el perdón del género humano. Si tienes la fuerza necesaria para llegar a ser el que fuiste, yo te prometo el amor del género humano. Y mientras tanto acepta, como prenda humildísima, mi amor.

SATANÁS

¡El Tentador, tentado! ¿Lo que un ángel no consiguió habrá de conseguirlo una mujer? Sería demasiado absurdo creer en lo que me ofreces. Haces brillar ante mis ojos lo imposible. ¿Cómo he de creerte? Yo también hice muchas promesas; y no eran más que trampas y celadas. ¿Cómo he de llegar a creerte? Vete, déjame.

VIRGIA

Te dejo. Pero tú mismo has pronunciado hace un instante palabras que confortan mi esperanza. Has dicho que no podrás olvidarme. Y no me olvidarás. Tú mismo me buscarás. Y yo conseguiré salvarte, porque en’ adelante tu dolor será el cómplice de mi amor.

Virgia se aleja; llega Uriel

URIEL

¿Estás solo, por fin? Vamos, entonces.

SATANÁS

Vamos. Pero… ¿adónde?

Notas

[1] *Il Tragico Quotidiano*, Florencia, Lumachi, 1906, págs. 39-51. El 26 de abril de 1903 yo ya había presentado una comunicación sobre *Los adoradores del diablo* (yezidíes) a la Sociedad Italiana de Antropología. En el *Archivio per l'Antropología ed Etnología* de ese año puede hallarse una nota al respecto. <<

[2] ALAIN, *Propos sur la Religion*, París, Rieder, 1937. [Salvo cuando se trata de versos, traduzco en el texto todas las citas que el Autor hace en otros idiomas. N. del t.] <<

[3] M. J. SCHEEBEN, *I Misteri del Cristianesimo*, al cuidado del P. Inocencio Gorlani, O.F.M., Brescia, Morcelliana, 1949, pág. 231. <<

[4] MATEO, IV, 3-10; LUCAS, IV, 3-12; JUAN, VIII, 44; XII, 31; XIV, 30; XVI, 11; I JUAN, III, 8; *Apoc*., II, 13; XII, 13; XIX, 20; I PEDRO, V, 8. <<

[5] P. VALÉRY, *Lettres à quelques-uns*, París, Gallimard, 1952, pág. 29. <<

[6] MIGNE, *Patrologia Latina*, LIX, 1007-1078. <<

[7] MIGNE, *Patrologia Latina*, CLXIX, 1215-1502. <<

[8] Trad. de Bover y Cantera Burgos, con dos ligeras variantes forzosas para mantener la coherencia entre la cita y el comentario de Papini: “astro matutino” en vez de “estrella rutilante” y “tú que pisoteabas a las naciones” en vez de “tú que derribabas a las naciones”. N. del t.] <<

[9] PIETRO GASPARRI, *Catechismus Catholicus*, Roma, Tipografía Poliglotta Vaticana, 1930, pág. 25. <<

[10] CARDUCCI, *Opere*, IV, 91. <<

[11] MANZONI, *Los novios*, cap. XXII. <<

[12] [“Alzo las cejas contra su hacedor.”] <<

[13] S. IRENEO, *Adversus haereses*, V, 24, 4. <<

[14] San Gregorio de Nisa, *Discurso Catequístico*, VI, 5. <<

[15] [“El primer soberbio, que filé la mayor de todas las criaturas, cayó verde por no haber esperado la luz.”] <<

[16] [Trad. de Julián Alameda. El Autor cita aquí el texto latino, que dice: “Non solum autem voluit esse acqualis Deo, quia prasesumpsit habere propriam voluntatem, sed etiam maior voluit esse, volendo quod Deus illum velle nolebat, quoniam voluntatem suam supra voluntatem Dei posuit.” (*De casu Diaboli*, cap. 1)] <<

[17] [El que fue creado más noble que cualquier otra criatura. La mayor de todas las criaturas.] <<

[18] [Trad. de Fr. Raimundo Suárez. El Autor cita aquí el texto latino de Santo Tomás: “Si considereretur motivum ad peccandum, maius invenitur in superioribus, quam in inferioribus. Fuit enim daemonum peccatum superbia, cuius motivum est excellentia, quae fuit maior in superioribus”… “Et ideo Gregorius dicit, quod ille qui peccavit, fuit superior inter omnes.” N. del t.] <<

[19] [PASCAL. *N. del t.*] <<

[20] 0RÍGENES, *Homilía sobre Ezequiel*, VI, 6. [El Autor presenta en el t^xto una traducción italiana que a mi ve¿he traducido literalmente. La traducción latina (*Origenis Opera Omnia*, Venecia, MDCCXUII, vol. III, pág. 208 y sig.) del original griego perdido, dice: "… Salvatorem. Descendit in terras miserans humanum genus, passiones perpessus est nostras antequam crucem pateretur, et carnem nostram dignaretur assumere. Si enim non fuisset, passus, non venisset in conversationem humanae vitae… Quae est ista quam pro nobis passus est passio? Charitas est passio. Pater quoque ipse et Deus universitatis, longanimis et multum misericors et miserator, nonne quedammodo patitur? An ignoras quia quando humana dispensat, passionem patitur humanam? *Supportavit enim mores tuos Dominus Deus tuus, quomodo si quis supportet homo filiam suum*. Igitus mores nostros supportat Deus, sicut passiones nostras portat filius Dei. Ipse pater non est impassibilis. Si rogetur, miseretur et condolet, patitur aliquid charitatis…" He traducido también literalmente la traducción que el Autor ofrece de la traducción latina —que no coincide con la Vulgata— de la traducción griega del texto bíblico. Ha sido forzoso recurrir a este procedimiento, pues de lo contrarió habrían surgido incoherencias entre el pasaje del Deuteronomio y el comentario que en seguida hace el Autor. *N. del t.*] <<

[21] [El comentario que sigue explica por qué ha sido necesario traducir literalmente la traducción italiana que el autor cita, y no optar por las traducciones castellanas de ese pasaje de Mateo. *N. del t.*] <<

[22] [Job, II, 1. *N. del t.*] <<

[23] [En este pasaje, como en los anteriores, la versión citada por el Autor trae siempre “Jahveh”. La traducción de Scío de S. Miguel, que es la que reproduzco, opta por la forma castellana “Señor”, que he reemplazado por “Yahveh” para respetar el título que el Autor ha puesto a este parágrafo. La expresión “todo lo que es posible está en tu poder” es traducción literal de la versión citada por el Autor; ha sido necesario respetarla en razón del comentario hecho luego por el Autor en los párrafos finales de este capítulo. *N. del t.*] <<

[24] [Trad. de Alonso Álvarez de Toledo.] <<

[25] [*Fausto* II, V, VIII, Trad. De Cansino Assens.] <<

[26] Otto Weininger, *Intorno alle cose supreme*, Turín, Bocca, 1923, pág. 244. <<

[27] *Suma*, 1, LXIV, 1; *De Malo*, 9, 16, 6-7-8. <<

[28] *Suma*, I, CX, 4; *De Malo*, 9, 16, 9 y 11-12. <<

[29] [En la versión de Bover y Cantera Burgos “jefes”, que cambio por “príncipes” para conservar la coherencia con lo que sigue. *N. del t.*] <<

[30] Ferdinando Tirinnanzi, *Il narratore forse di se stesso*, Florencia, Sansoni, 1912, págs. 159-62. <<

[31] [Una vez más, para conservar la coherencia con lo que sigue, introduzco una variante en la versión de Scío de S. Miguel, donde la ultima frase dice: “Mándete el Señor.” La versión citada por el Autor dice: “Ti punisca il Signore!”] <<

[32] [Majestad horrible de su aspecto feroz.] <<

[33] Liutprando, *Liber de rebus gestis Ottonis Magni imperatoris* (en Pertz, Mon. Germ. Script., III, 343). La intimación del Sínodo está también reproducida en F. Gregorovius, *Storia della Città di Roma nel Medio Evo*. Trad. de R. Mancato, Turín, Sten., 1925 (vol. II, t. I, pàg. 51). Véase también A. Graf, *Miti, leggende e superstizioni del Medio Evo*, Turín, Chiantore, 1925, pàg. 297. <<

[34] La obra de Benón fue publicada, por primera vez, por Eneas Silvio Piccolomini (Basilea, 1520), el futuro Pío II. Puede leérsela ahora en *Mon. Germ. Libell*, Hannover, 1892, t. II, págs. 379-403. <<

[35] [Vi venir a un poderoso coronado con signos de victoria. Sacó de allí la sombra del primer padre, la de su hijo Abel… *Inf*., IV, 53-56.] <<

[36] [Pero la causa de tal exilio no fue, hijo mío, el que yo hubiesf saboreado (el fruto) del árbol, sino el que hubiese ido más allá de mi signo. *Par*., XXVI, 115-117.] <<

[37] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II, 165, 1, 2. <<

[38] FRANCESCO QUARESMIO, *Elucidatio Terrae Sanctae histórica theologica et moralis*; Antwersiae, ex officina plantiniana; 1639, 2 vol. <<

[39] MEISTERMANN, *Nuova guida di Terra Santa*, Florencia, Alfani y Venturi, 1925, pág. 149. <<

[40] Véase el curioso y raro libelo de PIETRO GIORDANI, *Il peccato impossibile*, Palermo, Pedone Lauriel, 1889. <<

[41] Recuerdo por ejemplo a Monseñor Don Giovaríni Neuschel, Obispo de Borgo S. Donnino (Fidenza, 1836-1843), y al Padre Angelo Domenico Anearani. <<

[42] ANTONELLO GERBI, *Il peccato di Adamo ed Eva*, Milán, La Cultura, 1933. <<

[43] PAUL VALÉRY, *Mauvaises Pensées*, París, Gallimard, 1942, pág. 95. <<

[44] G. B. EHRARD, *Apologia del Diavolo*. Trad. de Benedetto Croce, págs. 34-35, Bari, Laterza, 1943. <<

[45] [Poder maligno que, oculto, impera para daño de todos.] <<

[46] GIACOMO LEOPARDI, *Scritii Vari*, Florencia, Sucesores de Le Monnier, 1910, págs. 114-115. (Los edtiores de los *Scritti Vari* atribuyen a ese bosquejo la fecha de 1835; pero del contexto resulta con claridad que se lo compuso antes del 28 de junio de 1833.) <<

[47] [Es decir “lógico”. N. del t.] <<

[48] [Gusano (“verme”), que es la interpretación más viable de *la metamorfosis*, aun cuando al comienzo del relato se emplee la palabra “insecto”. *N. del t.*] <<

[49] A. GIDE, *Dostoiewski*, París, Plon, 1923, pág. 253. <<

[50] A. GIDE, *Ansi soit-il ou les jeux sont faits*, París, Gallimard, 1952, pág. 83. <<

[51] H. DE MONTHERLANT, *Le Démon du bien*, París, Grasset, 1937, pág. 278.
<<

[52] PAUL VALÉRY, *Mon Faust*, París, Gallimard, 1946, págs. 117-120. <<

[53] MARIO PRAZ, *La Carne, la Morte e il Diavolo*, Florencia, Sansoni, 1948, pág. 58. <<

[54] ENRICO SACCHETTI, *Vita d'Artista*, Milán, Treves, 1935. <<

[55] JEAN-PAUL SARTRE, *Saint Genet comédien et martyr*, París, Gallimard. 1952. ¡Es un volumen que tiene sus buenas 573 páginas! <<

[56] ERMAN, *La religione egizia*, Bergamo, Istituto d'Arti grafiche, 1908. <<

[57] [Açokavadâna, *La Légende de l'empereur Açoka*, trad. de J. Przyluski (Paul Geuthner, París, 1923). *N. del t.*] <<

[58] PAUSANIA, *Viaggio in Grecia*, X, 28, 7 (trad. de S. Ciampi, Milán, Sonzogno, 1841). <<

[59] [El Autor sigue aquí, como en el otro pasaje, anteriormente citado, del Corán, la traducción de Edouard Montet (París, 1929, Payot), que es la que a mi vez sigo. *N. del t.*] <<

[60] [Si antes fue tan hermoso como feo es ahora…] <<

[61] [Veía al que fue creado más noble que cualquier otra criatura.] <<

[62] [El primer soberbio, que fue la mayor de todas las criaturas.] <<

[63] IDELFONSO SCHUSTER, *Liber Sacramentorum*, vol. III, pág. 286, Turín, Marietti, L927. <<

[64] [Sin embargo su forma no había perdido por completo el primitivo esplendor, ni parecía menos Arcángel, aunque en ruinas y aunque se hubiese oscurecido su exceso de Gloria.] <<

[65] [Trad. de Cansinos Assens, ligeramente modificada.] <<

[66] [Trad, de Eugenio Xammar, ligeramente modificada.] <<

[67] [Así me dice el Enemigo: Hermano…, Hermano: eres santo; por todas partes tu nombre goza de gran fama y de renombre.] <<

[68] [Deberías amar tu cuerpo como amas a tu alma, pues la salud te es muy útil.] <<

[69] [Hermano…, hermano, me has vencido; ya no sé qué más decirte; realmente eres santo, pues sabes defenderte en esa forma de mí.] <<

[70] [En los ojos donde se albergan la pesadumbre y la muerte…] <<

[71] O. WEININGER, *Intorno alle cose supreme*, Turín, Bocca, 1923 pág. 54.
<<

[72] [El Arcángel resucita, y se acaba el demonio. Y yo bono la noche siniestra, y nada queda de ella. Satanás ha muerto. Lucifer celeste: ¡Renace!] <<

[73] [No sigamos al señor de la soberbia sino a este príncipe, para que nos dé la corona de gloria del trono del Cordero.] <<